

Relatos breves con grandes historias 2026

Donde llegues recorriendo sus páginas es cosa tuya



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE TRANSPORTES
Y MOVILIDAD SOSTENIBLE

INSTITUTO
GEOGRÁFICO
NACIONAL



Relatos breves con grandes historias 2026

Donde llegues recorriendo sus páginas es cosa tuya

Relatos breves con grandes historias 2026

Relatos del concurso de Narrativa Breve IGN 2026

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es>

Editado en agosto de 2026.

Publica:

© de esta edición, O. A. Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG), 2026.

Autoría:

Jorge J. Codina, Santiago Inuca Chicaiza, Pedro Adalid, Edgar Antonio Osorio Carrasquel, Irene Aguado Álvarez-Palencia, José Luis Gavira García, Esther García, Sabrina Cabaña, Devamma Miró Ledesma, Ignacio Urtiaga, Chus Comellas, Rodrigo Javier Barraza Peñaloza, Manuel Losada.

© Instituto Geográfico Nacional (IGN), 2026.

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado de la Subdirección General de Cartografía y Observación del Territorio del IGN.

Imagen de portada:

Cristina Serrano Argüello @CNIG

NIPO papel: 198-26-045-5

NIPO digital: 198-26-046-0

ISBN: 979-13-7001-133-8

Depósito Legal: M-20607-2026

DOI: <https://doi.org/10.7419/162.28.2026>

Los derechos de la presente edición digital son del editor. Agradecemos que la difusión electrónica masiva se realice a través de un enlace al apartado correspondiente de la página web oficial.

En esta publicación se ha utilizado papel de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública vigente.



Calle General Ibáñez de Ibero, 3

28003 - Madrid (España)

www.ign.es / www.cnig.es

consulta@cnig.es

Índice

Presentación	
Rafael Guerra Posadas	5
Prólogo	
Emilio López Romero	9
La aguja muerta	
Jorge J. Codina	13
Las estrellas nuevas	
Santiago Inuca Chicaiza	37
El cartógrafo de los suspiros	
Pedro Adalid	49
Pálpitos en el barranco	
Edgar Antonio Osorio Carrasquel	69
La contadora de estrellas	
Irene Aguado Álvarez-Palencia	87
El meridiano enterrado	
José Luis Gavira García	107
Los vértices de su vida	
Esther García	121
Cartas a un cielo estrellado	
Sabrina Cabaña	137
La verdad, el terreno que siempre aflora	
Devamma Miró Ledesma	147
El extraordinario suceso astronómico de Pablo García	
Ignacio Urtiaga	161
El error perfecto	
Chus Comellas	175
El hombre de las escalas	
Rodrigo Javier Barraza Peñaloza	195
El día que cambiaron las coordenadas	
Manuel Losada	209

Presentación

Rafael Guerra Posadas

Cuando en el año 2018 el Instituto Geográfico Nacional decidió convocar la primera edición del concurso de narrativa breve, tuvo dos aciertos iniciales, que el tiempo ha refrendado: el género literario elegido y el tema sobre el que deberían versar los relatos.

El cuento o relato breve es un género indispensable en la historia de la literatura, desde los relatos populares, que transmitieron, primero oralmente y después por escrito, historias, leyendas, enseñanzas y valores de generación en generación, hasta los más recientes microrrelatos, inspirados en los haikus japoneses y que encontraron en Augusto Monterroso su máximo exponente. Hoy, más que nunca, el cuento se acomoda a la necesidad del lector moderno de absorber historias cortas y sorprendentes.

El cuento no es una novela corta, sino que responde a una estructura diferente. Tal y como señaló Vladimir Propp, en su «morfología del cuento», este se organiza en tres fases. En la primera se sitúa al lector en un lugar y un momento concreto, se define al personaje y se centra el motivo de la historia, muchas veces y si el escritor es hábil, todo eso se hace en una línea. Por ejemplo, el comienzo del relato ganador del accésit «Las estrellas nuevas»: «El día que mi madre dejó de reconocer el cielo, yo tenía treinta y siete años y aún creía que las cosas podían arreglarse con suficiente atención». En apenas una línea, Santiago Inuca Chicaiza nos describe, con ternura poética, la evolución de la demencia de su madre astrónoma.

En la segunda fase, el nudo, se expone el problema, la tensión o la dificultad en que se basa la historia, como la alteración de un mapa fruto de una venganza, en el relato ganador del concurso «La aguja muerta». Y la tercera y última fase es la del desenlace, donde se resuelve el conflicto. El cuento, a diferencia de la novela, no puede desarrollar largas historias o definir decenas de personajes de una forma pormenorizada, sino que sitúa a un protagonista ante una situación concreta y la resuelve, en un final cerrado o, como yo prefiero, abierto para que el lector aporte, con su imaginación la continuación del relato; como en «El error perfecto» que termina con la enigmática frase «El sistema tolera márgenes. Clara decidió vivir dentro de uno».

El segundo acierto de este concurso consiste en la temática sobre la que deben desarrollarse los relatos presentados y que se relacionan con alguna de las disciplinas y actividades del Instituto Geográfico Nacional o del Centro Nacional de Información Geográfica: Cartografía, Topografía, Fotogrametría, Geodesia, Teledetección, SIG, IDE, Astronomía, Geografía, Sismología, Vulcanología y Geofísica. De esta forma se fusionan la literatura y las ciencias de la Tierra y el espacio, dando lugar a historias apasionantes y muy bien documentadas.

El concurso de relatos breves del IGN se ha consolidado definitivamente, alcanzando en esta novena edición los 113 relatos presentados, de muy alta calidad literaria, humana y científica. En este libro se publican 13 de esos cuentos: el ganador, el merecedor de un accésit y once más.

Así, en el relato ganador «La aguja muerta», Jorge J. Codina nos sitúa en la Sevilla del siglo ^{xvi}, en una historia en la que, ciñéndose a la extensión marcada en las bases, intervienen cartógrafos, arcabuceros, inquisidores, matrimonios concertados, venganzas, expediciones transatlánticas y la determinación de una mujer a que nadie decida sobre su futuro.

En el segundo de los relatos y merecedor de un accésit, «Las estrellas nuevas», Santiago Inuca Chicaiza describe, con una ternura poética, el proceso por el que la demencia fue consumiendo a su madre y las lecciones sobre el tiempo y nuestro papel en el universo, que ella anotó en su estudio como astrónoma de las estrellas variables, estrellas que cambian, primero desde el

Observatorio Astronómico de Quito y más tarde desde una silla de mimbre en el patio de su casa.

Pedro Adalid, en el relato «El cartógrafo de los suspiros», pone la ciencia, con todos sus recursos, documentados con un gran nivel de precisión, al servicio de las personas que buscan revivir sensaciones y recuerdos. Lucía le dice a su tío: «Cada vez que geolocalizamos un suspiro, estamos certificando que ese instante fue real y que la Tierra lo custodia con celo, para nosotros. (...) Tío, ya no somos simples cartógrafos. Somos los guardianes del rastro que dejamos al vivir».

En «Pálpitos en el barranco», Edgar Antonio Osorio Carrasquel relata una historia de corrupción urbanística desarticulada por la profesionalidad e integridad de un técnico y del propio IGN. El Mapa de siniestralidad sísmica y su boletín cobran protagonismo en esta historia como banderas de transparencia y defensa del territorio y la población.

Irene Aguado Álvarez-Palencia, en «La contadora de estrellas», rinde un merecido homenaje a las primeras mujeres que trabajaron en el observatorio astronómico de Harvard, a finales del siglo XIX y principios del XX, en unas condiciones especialmente difíciles. Su determinación, su sacrificio y su deseo de conocimiento se impusieron sobre las dificultades que la vida y la sociedad de aquella época les intentaron imponer. Siempre son de agradecer los testimonios literarios que nos recuerdan a quienes, con su sacrificio personal, hicieron avanzar la ciencia.

Que la evolución del tiempo es circular y, por mucho que avance la ciencia, volvemos a los mismos lugares y rituales que el pasado, es el argumento de «El meridiano enterrado» de José Luis Gavira García. Colocar un teodolito en un cerro cerca de Medina Sidonia en 1882, lleva al técnico del IGN, bajo las órdenes del general Ibáñez de Ibero, a lograr un delicado equilibrio entre la ciencia y la preservación del pasado arqueológico.

En «Los vértices de la vida», Esther García narra la historia de una amistad, entre un verano en Asturias en 1983 y el apagón de 2025 y cómo la vida y la ciencia acabó por reunir a dos amigos en la órbita del IGN.

El agradecimiento a las enseñanzas de un padre, sobre la vida y las estrellas, en el patio de un pequeño pueblo, tras un viaje desde Córdoba, es el sentido de «Cartas a un cielo estrellado» de Sabrina Cabaña.

En «La verdad, el terreno que siempre aflora», Devamma Miró Ledesma narra, en apenas doce páginas, la investigación del asesinato de un topógrafo realizada por una topógrafa forense, donde se describen muchas de las técnicas e instrumentos que manejan y producen el IGN y el CNIG: escáner terrestre LiDAR, ortofotografías o una reconstrucción fotogramétrica.

En «El extraordinario suceso astronómico de Pablo García», Ignacio Urtiaga convierte en protagonista a un personaje secundario recurrente de su imaginaria literaria y en él confluyen, en un relato original, el eclipse del 12 de agosto de 2026, el amor y una óptica.

En el relato críptico «El error perfecto», Chus Comellas construye una historia en la que la alteración de un vértice no es sabotaje, sino ingeniería moral.

«El hombre de las escalas» de Rodrigo Javier Barraza Peñaloza muestra a un geofísico que vive un terremoto y descubre la sabiduría popular de quienes habitan en zonas cercanas a los cinturones sísmicos y ya están acostumbrados a sus efectos. «—Mire. Póngale el nombre que quiera. Si el mar se recoge raro, uno sube el cerro».

Finalmente, en «El día que cambiaron las coordenadas» de Manuel Losada, un técnico del IGN detecta una anomalía en una señal e insiste en advertir de sus posibles riesgos. Entre la responsabilidad por señalar el peligro y las conversaciones con su padre en el hospital, el protagonista comprende la verdadera naturaleza de su trabajo.

Los trece relatos que recoge este libro contienen muchos más matices y mensajes, pero sirva esta presentación para despertar el interés del lector, ávido de literatura y ciencia, para adentrarse y disfrutar de su lectura.

*Rafael Guerra Posadas
Subsecretario de Transportes
y Movilidad Sostenible*

Prólogo

Emilio López Romero

La novena edición del Concurso de Narrativa Breve del Instituto Geográfico Nacional (IGN), correspondiente al año 2026, ha vuelto a contar con una participación muy destacada, alcanzando los 113 relatos presentados procedentes tanto de España como de diversos países de Hispanoamérica. Esta respuesta confirma la consolidación de un certamen que, edición tras edición, se afianza como una iniciativa cultural de referencia y como un espacio de encuentro entre la literatura y las ciencias de la Tierra y del espacio.

La diversidad temática de los relatos recibidos ha sido especialmente notable. Los autores han encontrado inspiración en numerosas disciplinas desarrolladas por el Instituto Geográfico Nacional, como la astronomía, la cartografía, la geodesia, la topografía, la sismología o la volcanología, demostrando que el conocimiento científico también puede convertirse en fuente de emoción, reflexión y creación literaria.

El jurado, integrado en su mayoría por personas con experiencia en anteriores ediciones, ha llevado a cabo una tarea tan exigente como enriquecedora. La evaluación de los originales ha requerido una lectura atenta y rigurosa, valorando aspectos como la calidad literaria, la creatividad, la originalidad y el cuidado tanto estilístico como ortográfico de cada propuesta. La elevada calidad media de los trabajos presentados ha hecho especialmente compleja la selección final.

Tras las correspondientes deliberaciones, el fallo del jurado fue adoptado por consenso:

- **Primer premio:** *La aguja muerta*, de Jorge J. Codina.
- **Accésit:** *Las estrellas nuevas*, de Santiago Inuca Chicaiza.

La aguja muerta nos traslada a la Sevilla del siglo xvi para narrar una historia donde confluyen ciencia, poder y supervivencia. Su protagonista, Leonor, una mujer marcada por la adversidad, la pobreza y una discapacidad física, se ve envuelta en una intriga relacionada con los secretos de la navegación y el conocimiento cartográfico de la época. Gracias a su inteligencia y a los conocimientos heredados de su padre cosmógrafo, evoluciona desde una posición de vulnerabilidad hasta convertirse en una figura capaz de desafiar intereses políticos y económicos de enorme alcance.

Nos encontramos ante una obra de gran calidad literaria, con una prosa cuidadosamente construida y un notable dominio del lenguaje histórico. La narración consigue transformar cuestiones aparentemente técnicas, como el nordesteo de la aguja magnética o la representación cartográfica del mundo, en una profunda reflexión sobre el conocimiento, la verdad y el ejercicio del poder. El relato pone de manifiesto cómo disciplinas científicas caracterizadas por el rigor y la objetividad, como la cartografía o la geodesia, pueden tener consecuencias históricas y políticas decisivas, y cómo la manipulación de la información puede llegar a alterar el destino de personas, territorios e incluso imperios enteros.

Por su parte, **Las estrellas nuevas** aborda con sensibilidad y delicadeza la relación entre un hijo y su madre, una astrónoma cuya memoria comienza a deteriorarse a causa del Alzheimer. A través de la mirada del narrador asistimos al difícil proceso de acompañar a un ser querido mientras se desvanece lentamente aquello que definió su vida y su identidad.

El relato se apoya en una hermosa metáfora astronómica: la idea de que la luz de las estrellas siempre nos llega con retraso y que, cuando observamos el cielo, contemplamos en realidad el pasado. Esta reflexión se convierte en una poderosa imagen de la memoria, la pérdida y el amor, pues el hijo continúa

reconociendo a su madre incluso cuando ella misma ya no puede reconocerse plenamente. El resultado es un texto emotivo, conmovedor y profundamente humano, escrito con una prosa serena, evocadora y elegante, que invita al lector a reflexionar sobre el legado que dejamos en quienes nos rodean.

Junto a los relatos galardonados, el jurado ha considerado que otras obras merecen igualmente formar parte de esta publicación por su calidad literaria, originalidad y capacidad para acercar al lector a diferentes ámbitos del conocimiento geográfico y científico. Son las siguientes:

- *El cartógrafo de los suspiros*, de Pedro Adalid.
- *Pálpitos en el barranco*, de Edgar Antonio Osorio Carrasquel.
- *La contadora de estrellas*, de Irene Aguado Álvarez-Palencia.
- *El meridiano enterrado*, de José Luis Gavira García.
- *Los vértices de su vida*, de Esther García.
- *Cartas a un cielo estrellado*, de Sabrina Cabaña.
- *La verdad, el terreno que siempre aflora*, de Devamma Miró Ledesma.
- *El extraordinario suceso astronómico de Pablo García*, de Ignacio Urtiaga.
- *El error perfecto*, de Chus Comellas.

Deseo que la lectura de este volumen resulte tan estimulante para quienes se acerquen a él como lo ha sido para quienes hemos tenido el privilegio de participar en su evaluación. Confío en que estas historias contribuyan a despertar o reforzar el interés por las ciencias geográficas, astronómicas y cartográficas, y que animen a nuevos lectores y escritores a formar parte de futuras ediciones de este concurso.

Emilio López Romero
Presidente del jurado

La aguja muerta

Jorge J. Codina

Relato ganador del Primer Premio del
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2026»

La aguja muerta

Jorge J. Codina

I. El crimen angular

Real Alcázar de Sevilla.

Noche del 11 de noviembre de 1558, tras las campanadas de completas.

La tinta de corteza de roble tarda una cuenta de doce en secar sobre el pergamino de vitela si el aire es húmedo, y esa noche Sevilla se cubría con un sudario de niebla del Guadalquivir que pegaba hasta los párpados.

Leonor contó once y sopló con delicadeza.

—Date prisa —susurró Lázaro desde la puerta.

La mujer no lo miró, pero escuchó el sonido metálico de su navaja cabriterera al abrirse: ¡Clac!

—Si yerro, mandaré a pique más galeones de los que quiero —respondió ella. Su voz era un hilo tenso y tembloroso, pero no su mano derecha, acostumbrada a trazar o escribir todo tipo de falsedades para cobrar a nobles idiotas, que ahora sostenía la pluma de ganso con la firmeza de un cirujano al amputar un miembro gangrenado.

Estaban dentro del sanctasanctórum del IMPERIO: la Sala del Padrón Real en el Alcázar. Frente a ella, colgado como un tapiz sagrado, el mapa padre: la

copia reservada para uso del rey, la que contenía todas las correcciones que el piloto mayor no registraba en el ejemplar público de la Casa de Contratación. Mirarlo sin licencia era un delito. Copiarlo era un crimen. Alterarlo, traición.

Leonor, en cierto modo, estaba haciendo las tres cosas y aún algo peor: estaba consumando una herejía matemática.

Se apoyó en la pierna sana. La de madera de guayacán le mordiscaba el muñón —un dolor sordo y caliente, exacerbado por la humedad—, pero había tenido que subir cuarenta y dos escalones de piedra a toda prisa, para llegar antes del cambio de guardia. El dolor era el precio de estar aquí. Y lo pagaba sin quejarse.

Aquí estaba el Cabo de San Agustín; ahí, las Antillas. Y allí, la línea invisible que obsesionaba a medio mundo desde el Tratado de Tordesillas: 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde.

—Quedarán un par de minutos, Cañita —dijo Lázaro, esta vez con un tono inquieto.

Oyeron pasos de botas ferradas en el piso de abajo. La guardia de alabareros. Leonor mojó la pluma en el tintero de cuerno.

—Ya voy.

Con una precisión diabólica, dibujó un pequeño banco de arena inexistente a tres leguas al oeste de las Azores y alteró la variación de la aguja, desviándola dos grados respecto del norte verdadero. Era una alteración minúscula. Mas un piloto cansado, mirando la carta a la luz de un candil en medio de una tormenta, no advertiría la diferencia: dos grados, el grosor de una uña sobre el pergamino. Mil millas después, la diferencia entre las Molucas y el fondo del océano.

Una cuenta de doce.

—Hecho.

Cerró el tintero y lo guardó en su jubón. Se separó del mapa. El mundo seguía pareciendo el mismo. Ella apretó la mandíbula y bajó la vista al suelo.

—Vienen —advirtió Lázaro. Se pegó a la pared, fundiéndose con las sombras.

Podía huir. Él tenía dos piernas sanas y un instinto de rata callejera. Ella no. Leonor se apresuró y la prótesis crujió: ¡Crac! El sonido retumbó en la sala abovedada como un cañonazo. Los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta de nogal. Una voz ordenó algo con premura. La cerradura empezó a girar.

—La ventana —señaló Lázaro con la cabeza hacia el balcón abierto—. Hay una cornisa.

—No puedo saltar, por Dios bendito.

—No tienes que saltar; solo dejarte caer, yo te cojo.

La puerta se abrió de golpe. La luz de una antorcha irrumpió en la sala, proyectando la sombra alargada de un alabardero sobre el océano Atlántico recién modificado. Leonor no miró al guardia. Miró el mapa por última vez, como si pretendiera cerciorarse de que la tinta estaba seca. Al brincar sobre la balaustrada, rezó para que Lázaro, que la había precedido, o la madera de su pierna, aguantaran el impacto contra los brazos de él o, puestos en lo peor, los adoquines.

Sin cerrar los ojos por completo, se lanzó a la noche acuosa de Sevilla.

II. La tasación

Casa de los Arza.

Mañana del 10 de noviembre de 1558.

La madera de guayacán no gruñe: es densa, negra, recia como una conciencia calvinista; absorbe los golpes sin astillarse. Leonor de Arza, en cambio, crujió. Sentada en el borde de la cama, con las faldas remangadas hasta las

ingles, untaba sebo de carnero en el muñón. La piel estaba roja, irritada por el roce de la cazoleta de cuero tras un día entero de pie dibujando cartas astrales por cuatro maravedíes. Un polvo otrora aristocrático flotaba en los hilillos de luz que se colaban por las persianas rotas para iluminar la miseria de la Casa de Arza. No quedaba plata en los aparadores. No quedaban tapices. Solo quedaban libros y orgullo, y ninguno se podía comer.

Alguien golpeó la puerta con tres toques indecisos.

—Entrad —dijo Leonor, bajándose las enaguas a toda prisa. La madera de la pierna golpeó el suelo: ¡Toc!

Don Atanasio, su tío y albacea de la ruina familiar, asomó la cabeza tonsurada. Se cubría la nariz con un pañuelo impregnado en agua de rosas.

—Está abajo —dijo el canónigo con voz lánguida—. Ha venido con un escribano público... y con una caja de caudales.

Leonor se puso en pie. Necesitó un momento para ajustar su centro de gravedad a la asimetría del mundo. Agarró su muleta, un palo de fresno rematado con una placa de latón, lo único de valor que su padre no había vendido para pagar deudas de juego.

—¿El portugués?

—El primogénito del Comendador de Crato, don Duarte da Costa, Caballero de la Orden de Cristo. —Atanasio entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí—. Escúchame bien, niña. No estamos para negociar. Si pide ver los dientes, abres la boca. Si pide ver... la pierna, te levantas la falda.

Leonor le sostuvo la mirada. Con los dedos de la mano libre, por instinto, apretó ella el mango de la muleta. Los ojos del cura huyeron hacia el crucifijo de la pared.

—¿A eso ha venido, tío? ¿O a comprar ganado?

—Ha venido a salvarte de morir en un hospicio. Ofrece una dote inversa: él paga tus deudas, y tú marchas con él a Lisboa.

—¿A cambio de qué?

—De ti.

El Tío Atanasio mentía. Leonor lo sabía porque se alisó la sotana, un gesto que repetía desde que falsificaba bulas en su juventud a cambio de dádivas, monetarias o carnales—. Asegura que busca una esposa española de sangre ilustre.

Leonor soltó una carcajada rota. Cojeó hasta la ventana. Abajo, en la replaceta empedrada, un carruaje negro con el escudo de armas de los Avis esperaba como un coche fúnebre de lujo. Junto a él, un hombre alto, vestido con jubón de terciopelo morado y capa corta, no miraba hacia la ventana. Admiraba su reloj de bolsillo, de Núremberg.

—Nadie compra una esposa tullida de veintiocho años por su sangre ilustre.

El hombre de la replaceta cerró el reloj y levantó la cabeza. Tenía el rostro picado de viruela que pretendía disimular bajo una capa de maquillaje blanco y unos ojos de un azul acuoso, casi transparente. Duarte da Costa. Leonor pensó en fray Rodrigo y en la carta que le había mandado esa misma mañana, antes de que el carruaje negro doblara la esquina de la judería. La respuesta ya debería estar en camino.

—Ponte el vestido de seda azul —ordenó el canónigo—. Y el manto que cubre el lado derecho. Que no vea el defecto hasta que haya firmado.

—Verá lo que tenga que ver.

«Un alazán árabe ya me destrozó la rodilla; no lo hará con mi vida un asno lusitano».

El salón principal de la casa era un escenario de fantasmas. Duarte da Costa recorría la biblioteca con las manos a la espalda, enguantadas en piel de cabritilla perla, leyendo los títulos en los lomos de los libros sin tomar ninguno.

—*Suma de Geographia* de Fernández de Enciso —murmuró el portugués, deteniéndose ante un estante—. ¿Primera edición de 1519? Un texto admirable.

Aunque... —se volvió hacia Leonor, que acababa de llegar marcando el paso con su toc, toc, toc deliberado—, obsoleto, ¿no cree, doña Leonor?

De inmediato, él desvió la atención a los pies de la mujer, a la falta de simetría en el andar.

—La verdad, incluyendo la geográfica, no caduca, señor. Solo cambia de dueño —respondió ella desde el umbral, donde permanecía. No hizo reverencia alguna: la pierna de guayacán se lo impedía —la excusa para no doblegar la rodilla ante nadie—.

Duarte sonrió con una línea fina bien ensayada frente al espejo que apenas se adivinaba en la comisura de los labios.

—Tenéis la lengua de vuestro padre, el gran cosmógrafo. Espero que también conservéis sus legajos.

Ese era el interés, la estocada que Leonor sospechaba. El canónigo carraspeó, nervioso, y se apresuró a servir un vino agrio en copas de estaño.

—Mi sobrina es muy devota, don Duarte. Y muy dócil. Y los papeles son cosa de hombres muertos.

Duarte ignoró al cura como a un mosquito. Caminó hacia Leonor, tan cerca, que ella percibió enseguida que atufaba a mercurio a pesar del perfume caro para enmascarar el hedor de la sífilis tratada en secreto.

—He oído que Manuel de Arza trabajaba en un problema... teórico, cuando murió.

—Duarte sacó un objeto del jubón. No era el anillo de compromiso que el canónigo esperaba; era un compás de puntas secas—. El nordesteo de la aguja. La idea de que la brújula miente de forma diferente según el lugar por donde uno navega.

Leonor sintió los latidos en las venas del cuello. La Aguja Muerta. El secreto por el que su padre había quemado los tres últimos años de vida y su propia cordura.

—Mi padre murió delirando. Decía que los peces hablaban en latín debajo del agua.

Sus últimos escritos y dibujos fueron los garabatos de un loco. Los quemamos por... higiene. Y por el Santo Oficio, por si acaso. Duarte abrió el compás. Con un movimiento rápido, midió la anchura de una estantería donde quedaba hueco para varios volúmenes.

—Mi señora, pronto mentís a vuestro prometido. —Cerró el instrumento muy despacio—. Un cosmógrafo jamás quemaría nada. Lo que fuera que quisiera ocultar, lo escondería; pero no lo entregaría a las llamas. —Se acercó más. Susurró, tan bajo que el tío Atanasio, que contaba mentalmente las monedas de la dote al otro lado de la sala, no pudo oírlo—. Y una hija respetuosa de su padre, tampoco. ¿Me equivoco? No, por supuesto que no.

El supuesto original del Padrón Real se custodia en la Casa de Contratación. Pero la copia reservada para uso imperial —la que sí contiene todas las correcciones que el piloto mayor no registra completamente en el ejemplar público— se custodia en el Alcázar. Y ambos mapas están incompletos: faltan ciertas líneas y cálculos. Vuestro padre se llevó esa información a la tumba... o se la legó a la única persona digna de su confianza, y que, además, es capaz de calcular una efeméride sin usar los dedos y casi sin consultar las tablas.

Leonor apretó las falanges de los dedos sobre la empuñadura de su muleta hasta que empezaron a ponerse rígidas.

—Soy una mujer. Y tullida. Mi única ciencia es remendar calzas y rezar a Dios.

Duarte retrocedió, recuperando la sonrisa social.

—Sin duda. —Se encaró hacia el escribano que esperaba en el rellano—. Redactad el contrato. La boda será dentro de dos días.

—¡Dos días! —vociferó el tío Atanasio, entusiasmado.

—¿Dos días? —repitió Leonor, helada.

—El levante es caprichoso, y mi capitán quiere zarpar hacia las Indias Orientales antes de la luna nueva. —Duarte miró a Leonor con tal intensidad que parecía desnudarla de ropa y de secretos—. Una esposa debe obedecer a su marido en todo. Y entregarle todos sus bienes... presentes... ocultos. ¿Me entendéis, verdad?

Leonor, rígida, ni se movió. Una vez casados, la ley le daría derecho a torturarla legalmente hasta que ella descifrara los mapas perdidos. Además de esposa, rehén criptográfico.

—Firmaremos pasado mañana, antes de los esponsales —sentenció Duarte.

Cuando el carruaje negro se alejó traqueteando, Leonor fue directamente a la chimenea apagada. Movi6 el ladrillo suelto del hogar, negro de hollín. Metió la mano. Su padre no había metido nada allí. Entonces recordó un viejo aforismo que solía decir Manuel de Arza: «La verdad siempre se apoya en el dolor». Leonor deslizó la vista hacia la pierna de madera. Se sentó en el suelo, sin gracia alguna, desató las correas de cuero y se quitó la prótesis. La acercó a la luz de la ventana. La madera de guayacán estaba repleta de marcas, arañazos y vetas naturales. Leonor pasó el dedo por ellas. Lo notó al instante: demasiado relieve, muchas no eran consecuencia de trastazos.

Duarte tenía razón. Los datos del mapa existían. Y ella había estado caminando sobre él durante tres años. Leonor se volvió a calzar la pierna con un dolor agudo.

—Tío —dijo, levantándose—. Necesito salir.

—¿Estás loca? ¿A dónde vas?

—A la catedral. A confesarme. Si voy a casarme con el diablo, necesito ir en gracia de Dios.

Al salir a la calle, torció hacia el río, en dirección opuesta al templo. En el Arenal, un hombre llamado Lázaro todavía le debía un favor a la familia Arza. De camino, hizo un alto para otra visita a un dominico salvado de las aguas del Guadalquivir por su padre, como Moisés. Si Duarte quería valerse de ella para medir el mundo, ella empezaría por enseñarle cuánto mide una tumba.

III. El Arenal

Callejón del Gato, ribera del Guadalquivir.

Noche del 10 de noviembre de 1558.

El barro de Sevilla no era tierra suelta mojada. Era una amalgama negra de excrementos de mula, brea derramada y el sedimento que el Guadalquivir escupe cuando el caudal sube; una pasta densa que atrapa el calzado y la dignidad por igual. Para Leonor de Arza, era, además, una trampa mortal. Sudaba frío: su pierna de madera se hundía tres pulgadas con cada paso: ¡Ssschglup! La muleta de fresno resbalaba en el lodo grasiento. Avanzaba pegada a la pared del Postigo del Carbón, envuelta en una capa de lana basta más propia de una criada. Cada sombra en el Arenal tenía un precio, y ella llevaba encima la joya más codiciada del Imperio grabada en un trozo de madera.

Un estibador borracho tropezó con ella. Le echó el aliento en la cara.

—¿Una monedita por un rato de calor, chiquilla?

Leonor no retrocedió. Apoyó la contera de hierro de su prótesis en el empuje del hombre y dejó caer todo el peso en la pierna desaparecida.

—Tengo pústulas ahí abajo, hijo. Y una toledana. Y la muleta. Elige qué quieres que te meta yo primero.

El hombre blasfemó y se apartó escupiendo al suelo. Leonor se metió en el callejón del Gato. Entre un almacén de cordelería y una mancebía, había una puerta sin picaporte, marcada a cuchillo en el dintel: «ἐγώ εἰμι τὸ Ἄλφα καὶ τὸ Ὠ».

Yo soy el Alfa y la Omega.

Golpeó con el mango de la muleta. Tres bastonazos rápidos, dos lentos.

Un ojo oscuro, inyectado en sangre, la escrutó desde una mirilla.

—Está cerrado —dijo una voz rasposa.

—Traigo la pierna de Manuel de Arza.

Hubo un silencio. El cerrojo interior se descorrió con un chirrido y la hoja se abrió lo justo para dejarla pasar. Lázaro Hernández, Khalaf de stirpe y el Algebrista de apodo, parecía un cadáver olvidado sin enterrar. Flaco, con la piel cetrina de quien solo vive de noche y muere despacio de día, y una barba rala que no ocultaba la cicatriz de un hierro candente en la mejilla izquierda —la marca del ladrón, cortesía de la justicia real—, estaba inclinado sobre una mesa de trabajo abarrotada de limas, punzones y frascos de ácido nítrico.

—Te pareces a tu padre —dijo Lázaro, volviendo a limar una plancha de cobre—. Tienes su misma mala cara cuando venía a pedir favores imposibles o a discutir teorías descabelladas.

—No es un favor. Es una transacción.

Leonor se dejó caer en un taburete. Se masajeó el muslo. El dolor fantasma aullaba esta noche. Mientras, se fijó en las manos manchadas de negro que el artesano movía con la delicadeza de un vihuelista.

—He oído que te casan —dijo el morisco—. Con un esturión portugués. ¿Vienes a por una virginidad nueva?

—Vengo a que me ayudes a hundirlo. Lázaro detuvo la lima. El sonido raspante cesó. Levantó la vista. Sus ojos eran negros, pozos insondables.

—Da Costa —dijo, con el nombre enquistado en la lengua—. Su padre convenció al Consejo de Indias de que los cálculos de tu padre y míos sobre la diferente longitud de cada grado de arco del meridiano eran «charlatanería morisca». Y el que logró que me pusieran esta marca en la cara. —Volvió a la lima—. Buena suerte con la boda, Cañita.

—La Florida está donde vosotros dijisteis. Los que murieron con Soto buscándola habrían llegado con vuestros cálculos.

Lázaro detuvo la lima de nuevo.

—Antes de morir, tu padre me demostró que era seguro usar sus tablas de nordesteo como base para corregir el Padrón Real.

Leonor, pensativa, se inclinó hacia delante y dijo:

—Duarte os desacreditó para que nadie os tuviera en cuenta y poder explotar las rutas él solo.

—De todas formas, ya da igual. —Lázaro dejó la lima sobre la mesa, despacio, con la cautela de quien pone un arma—. Su trabajo se perdió.

Leonor se levantó la falda, sin pudor ni dudas. Desató las correas de cuero y se quitó la pierna de madera. La puso sobre la mesa y la prótesis rodó entre las herramientas.

—Mira —ordenó.

Leonor acercó un candil. Él cogió la pata de palo; con los ojos acompañó a los dedos largos que recorrieron la superficie barnizada, palpando las muescas, los arañazos fruto del uso.

—No son golpes, como parecía —murmuró ella. Dio media vuelta a la prótesis, con la base apuntando al techo. Agarró una lupa de la mesa del calderero, se la puso en la mano y le urgió a mirar—. Base sexagesimal... Grados, fracciones... Aquí hay una corrección de dos grados al oeste en el paralelo 30.

Hubo un silencio infinito, apenas roto por el silbido de sus respiraciones agitadas.

—Son los puntos de idéntica desviación de la aguja muerta.

Soltó la pierna como si quemara.

Leonor esperó.

—Si esto es real... —Lázaro no terminó la frase—. Yo tenía razón. Desde el principio. Tenía razón y me quemaron la cara por ello.

—Tenías razón.

Lázaro se levantó. Caminó por el taller un rato, pateando virutas de metal. Cuando se apaciguó, preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero entrar en el Alcázar esta noche. Tú conoces los túneles del alcantarillado desde tu época de cañero. Entraremos en la Sala del Padrón. Y usando tu ácido, mi tinta y los cálculos de la pierna, alteraremos las referencias numéricas en el mural.

—¿Para qué?

—Duarte sabe del trabajo de mi padre. Y sospecha, sin duda, que el Padrón de la Casa de Contratación tiene... imperfecciones: es la versión que la Corona puede dejarse robar. Esta noche mandará a alguien al Alcázar a por la información que tiene el ejemplar del rey, el único completo y fidedigno. Es lo que yo haría.

»Nosotros llegaremos primero. Si utiliza las coordenadas de mi pierna con un Padrón alterado, las rutas resultantes no llevarán sus navíos a destino.

—¿A dónde los llevará?

—A las fauces del Diablo. Sus barcos no lo contarán.

Lázaro frunció el ceño: tenía una pregunta distinta.

—¿Y los hombres de esos barcos?

Leonor no apartó los ojos.

—Marineros de Duarte. Negreros, seguramente.

—También hay mozos de cuerda, Cañita, grumetes de doce años y gente que se enrola y no sabe para qué ni quién trabaja.

La luz del candil chisporroteó entre los dos.

—Entrar en el Alcázar es un suicidio —dijo Lázaro al fin. Pero ya estaba cogiendo un frasco de ácido y probando la densidad en un retal de algodón—. Necesitaremos ácido cítrico de unos limones para borrar sin dejar rastro en la vitela vieja. Y tinta rica en hierro para que parezca antigua tras contar hasta doce.

—Tengo en la cabeza lo que hay que falsear. Solo necesito tus manos.

Lázaro apagó el candil de un soplo y el taller quedó en penumbra.

—Mis manos las tienes. —Sonó metal contra metal: Lázaro metiéndose una navaja en la bota y ganzúas en el bolsillo del jubón—. Pero si nos cogen, te juro por lo más sagrado que te usaré de escudo.

—Me parece justo. Yo haré lo mismo contigo.

Salieron a la noche del Arenal. La niebla del río lamía los ribazos de las orillas. Aún faltaban horas para que Leonor fuera entregada en matrimonio; apenas dos para el cambio de guardia en el Alcázar.

IV. La gravedad

Jardines del Alcázar.

Madrugada del 12 de noviembre de 1558.

La gravedad no hace distinciones: atrae igual carne que madera. Leonor cayó mal, sin elegancia, ni gracia felina, ni ninguna de esas patrañas que cuentan los romances de caballería. Fue un golpe sordo, húmedo y brutal contra la tierra del parterre del Jardín del Príncipe. El impacto le sacó el aire de los pulmones. Rodó sobre sí misma, envuelta en su capa, comiendo barro y hojas podridas de naranjo.

El infierno encarnado en dolor provino de las correas de cuero que sujetaban la prótesis al muñón; con la sacudida, se clavaron como alambres al rojo vivo que mordían hasta los tuétanos. Leonor ahogó el grito contra la manga de lana basta. Arriba, en la ventana abierta de la Sala del Padrón, una antorcha asomó.

—¡Alto! —gritó un guardia.

Junto a ella, Lázaro se movió con la rapidez de una rata de los muelles. No perdió un segundo en preguntar si estaba viva. La agarró del brazo y tiró de ella hacia la sombra de los setos de mirto.

—Levanta —siseó.

—Se ha soltado —jadeó Leonor. La pierna de guayacán colgaba torcida, desalineada. El golpe había reventado la hebilla principal.

—Pues arrástrala, no puedes quitártela. O te corto la otra y te llevo en un saco.

Lázaro no esperó. La empujó hacia la Gruta de las Sultanas. Corrían —ella cojeando espasmódicamente, él sigiloso— mientras el patio del Alcázar cobraba vida a sus espaldas: ladridos de sabuesos, el repiqueteo metálico de las alabardas contra el embaldosado, órdenes a gritos...

Un chaparrón de noviembre empezó a caer con fuerza, una bendición fría que diluía el rastro y el ruido. Llegaron al muro exterior, cerca de la Puerta de la Alcoba. Era demasiado alto para escalarlo con una sola pierna buena. Lázaró miró el muro, luego miró a Leonor, lívida, cubierta de fango hasta las cejas.

—La salida de aguas, tenemos que atravesarla de nuevo —dijo él, señalando la oquedad a ras de suelo por donde el Alcázar desaguaba las inmundicias hacia el Tagarete y por la que habían accedido al recinto.

—Soy noble; no lo resistiré por segunda vez —dijo Leonor, mirando el agujero negro del que salía un hedor a podredumbre.

—Menos resistirás la fetidez de tu cadáver si te quedas aquí, Cañita.

Se oyeron pasos corriendo por la grava al otro lado del seto. Una saeta de ballesta silbó en la oscuridad y se clavó con un impacto seco en el tronco de una palmera, a dos palmos de la cabeza de Lázaró. El morisco ya no discutió. Apartó la reja que había soltado de una patada al llegar y empujó a Leonor dentro del túnel y la siguió como una sombra líquida. La oscuridad allí abajo era absoluta. Gateando, el cieno llegaba a las muñecas. Leonor avanzaba a tientas, arrastrando su pierna inútil que golpeaba contra la piedra, reverberando como un tambor de guerra: ¡CCLong, clong! Avanzaron doscientas varas bajo la ciudad mientras el frío les calaba los huesos.

Cuando por fin vieron la luz grisácea de la salida —una boca de tormenta que daba a un barranco, fuera de las murallas—, Leonor temblaba sin control.

Salieron rodando por el fango del terraplén. El Tagarete fluía negro y silencioso más abajo, despreciativo. Lázaró se dejó caer de espaldas en el barro, respirando con dificultad. Se pasó la mano por la cara y se miró los dedos manchados. Se echó a reír. Una risa histérica, corta.

—Lo hemos hecho.

Leonor se sentó. Intentó recolocar su prótesis, pero la madera estaba hinchada por el agua y el cuero había dado de sí. Extrajo una navaja diminuta del

forro del corpiño y cortó la correa sobrante. Ató un nudo de rizo improvisado y tiró fuerte: dolía, pero se mantenía firme.

—Todavía no hemos ganado, Lázaro. Duarte tiene que tragarse el anzuelo.

—Deja que lo haga —dijo el morisco, incorporándose y escupiendo—. Deja que mande sus barcos al infierno. Tú vete a casa y cierra la puerta. Quema esta ropa apestosa y date un baño. Mañana serás una novia virgen y piadosa.

Leonor se puso en pie, apoyándose en un junco grueso varado en la orilla que Lázaro le alcanzó. El sol desteñía el cielo por el este, sobre el arroyo Tagarete. Un amanecer sucio para una ciudad sucia.

—Duarte esperará que yo esté dócil, vencida.

—¿Y lo estarás?

Leonor se miró la pierna. El barro cubría las muescas de los números, el código secreto de su padre, ahora inútil porque el referente —el Padrón Real— había cambiado. Ya no era una parte del mapa del tesoro. Ahora podía pasar por un trozo de leña.

—Estaré algo peor, Algebrista. Pronto estaré viuda.

—¿Y si el portugués te hace acompañarlo en sus expediciones?

—Tendré que enviudar más rápido.

Se separaron sin despedirse. Lázaro se fundió con las sombras del muelle de la sal. Leonor subió cojeando el ribazo hacia la ciudad, remolcando su cuerpo roto: carne y madera de guayacán.

En pocas horas, las campanas de la Giralda tocarían a misa de doce. Y en el palacete de los Pinelo, Duarte da Costa esperaba firmar un contrato matrimonial sobre el que pensaba construir un imperio. Leonor apretó el puño.

—Firma, Duarte —gritó a la brisa matutina—. Firma tu sentencia.

V. La firma

Casa de los Arza.

Mañana del 12 de noviembre de 1558.

El baño, lejos de ser un ritual de belleza, fue una cura. Leonor se frotó la piel con piedra pómez y polvo hasta que las costras de barro del Tagarete desaparecieron, llevándose con ellas la primera capa de piel. El agua del medio tonel se tornó gris oscura. Se miró el extremo del muslo derecho. El muñón estaba amoratado, palpitando donde el cuero había mordido la carne.

—Aprieta el corsé —ordenó a la criada vieja, la última.

—Señorita, está sangrando por la...

—He dicho que aprietes. Si no puedo respirar, no podré vomitar cuando le vea la cara.

La criada tiró de las cuerdas. El ballenato crujió contra las costillas de Leonor, encerrando el dolor en una jaula de seda. Antes de ponerse el vestido, cogió un pliego doblado: la respuesta de fray Rodrigo de Uceda, recibida poco después del amanecer, con letra apretada y tinta morada:

«El nombre que enviáis lleva tres años en nuestro registro. Venid en hora buena, hija. La Iglesia no olvida a quienes la sirven, ni cobra a quienes no tienen con qué pagar». Era la segunda vez que lo leía. Lo quemó en el hogar. Observó cómo el papel se rizaba y se volvía negro. Una novia perfecta. Perfecta. A las once de la mañana, Sevilla brillaba bajo un sol embaucador que había barrido la lluvia de la madrugada. El Palacio de los Pinelo, donde Duarte da Costa se alojaba en sus visitas a Sevilla, era un hormiguero de nobles, parásitos y espías disfrazados de diplomáticos o eclesiásticos. Leonor entró cojeando. Había pulido la madera de su prótesis con cera nueva para la ocasión. Cada paso era un estoque clavándose en la ingle, pero el semblante era una máscara de talco blanco, afeites y carmín. Crec, toc, crec, toc. El golpeteo rítmico cortó las conversaciones en el patio de columnas. Duarte la esperaba junto al escribano, bajo un dosel de terciopelo escarlata. Vestía de excelente paño, sedas y oro viejo. Sus ojos acuosos brillaban con la fiebre del triunfo. Cuando Leonor llegó

a su altura, él extendió el brazo e hizo una reverencia para besarle la mano. A pesar de los guantes, los dedos de ambos estaban gélidos.

—Hueles a agua de rosas —susurró—. Pero debajo... debajo huelo a cloaca. Leonor se tensó. Duarte sonrió, esa sonrisa rectilínea de odio.

—Mis hombres han completado su tarea en la Casa de Contratación —murmuró él, sin dejar de sonreír a los invitados—. Cierta información del Padrón Real. Un trabajo limpio.

—Enhorabuena.

—Pero falta la clave, el punto cero. —El portugués bajó la mirada hacia la falda de brocado azul de Leonor; bajo la cual, la pierna de madera se apoyaba firme en la alfombra—. Mi capitán quiere aprovechar la marea vaciante de la tarde. Tiene los datos del Padrón. Solo espera mi señal con la corrección final... si es que está donde sospecho.

Ella palideció bajo el maquillaje. Se ahogaba. El escribano carraspeó tras extender el contrato matrimonial sobre la mesa.

—La dote —dijo el leguleyo—. Y la comunidad de bienes.

Duarte sujetó una pluma.

—Después de firmar, querida, nos retiraremos a mis aposentos. Tengo curiosidad por... examinar a mi esposa. De pies a cabeza, desde el primer cabello hasta la última astilla. Y ahora, haced los honores.

Leonor aferró una segunda pluma. Le temblaba el pulso. Si firmaba, le daba acceso legal a su cuerpo y a su pierna. Si no firmaba, podría matarla allí mismo. En una fracción de segundo, se lo estaba repitiendo a sí misma sin cesar. Mojó la punta.

Firmó:

Leonor de Arza.

Y una rúbrica firme. Una sentencia.

—Vuestra soy, mi señor —dijo ella—. Y todo lo mío es vuestro. Incluidos los errores de mi padre.

Duarte soltó una carcajada suave y firmó debajo. En ese instante, las pesadas puertas de castaño del patio retumbaron al abrirse con fuerza, como la tapa de un ataúd desclavado. Cuatro familiares del Santo Oficio con la pequeña cruz verde bordada en el pecho de los capotes precedían a un fraile dominico, alto y huesudo como la muerte misma: fray Rodrigo de Uceda. Duarte frunció el ceño, molesto, pero no intimidado; era un noble extranjero, protegido por inmunidad diplomática.

—Ilustrísima —dijo el portugués—. Llegáis tarde para la bendición.

—No vengo a bendecir nada. —La voz de Uceda resonó potente en las bóvedas del atrio—. Vengo a purgar.

VI. El raspado

Palacio de los Pinelo.

Mediodía del 12 de noviembre de 1558.

—¿De qué se me acusa? —Duarte mantenía la compostura, aunque su mano había ido instintivamente a la empuñadura de su espada.

—De judaizante y hereje —dijo fray Rodrigo de Uceda—. Tenemos prueba de que usáis en vuestros navíos el Almanach Perpetuum, las tablas astronómicas del judío Zacuto de Salamanca, obras de saberes hebraicos prohibidos por el Santo Oficio.

Duarte pasó del sonrojo a la lividez.

—¡Eso es absurdo! Es ciencia, fraile ignorante. ¡Mis mapas se basan en el Padrón Real de Sevilla!

Leonor intervino, clara.

—Mentís, esposo. —Duarte se volvió hacia ella, con los ojos desorbitados—. El Padrón Real es ortodoxo —continuó Leonor, dirigiéndose al inquisidor—. Es el mapa de Dios y de Su Majestad. Pero vos lo habéis corrompido. Habéis intentado mezclar la verdad sagrada de los cosmógrafos y los algebristas con cábalas prohibidas.

—¡Ella miente! —gritó Duarte, perdiendo los estribos.

—Don Alonso de Santa Cruz en persona, el cosmógrafo real, ha verificado el origen de las tablas y vuestras cartas portulanas —terció el fraile.

—¡Ella tiene la clave! ¡En su pierna! —protestó el acusado.

Los invitados murmuraron en desaprobación. Mencionar la pierna tullida era de un mal gusto atroz. Uceda miró la prótesis de Leonor que asomaba bajo el dobladillo y luego a Duarte con asco infinito.

—¿Insinuáis, señor, que la verdad teológica reside bajo las faldas de una dama cristiana?

—¡No! ¡Asevero que es un mapa!

—¿Un mapa en una pata de palo? Desvariáis, además. Registradle —ordenó Uceda.

Los familiares del Santo Oficio inmovilizaron a Duarte. Del bolsillo de la ropilla sacaron un pergamino.

Uceda lo tomó. Miró a Leonor de reojo y ella asintió, imperceptiblemente.

—Lleváoslo —decretó el inquisidor—. Al castillo de San Jorge.

—¡Leonor! —aulló Duarte mientras lo arrastraban, perdiendo un zapato en el forcejeo—. ¡No podrás detener la flota!

Leonor se mantuvo inmóvil, una estatua en seda y madera, hasta que los gritos del portugués se apagaron en la calle. El escribano, tembloroso, miraba el contrato recién firmado en medio del patio en absoluto silencio.

—Doña Leonor... legalmente... —acertó a decir— sois esposa de un preso de la Inquisición. Vuestros bienes...

—Quedan confiscados por la Corona —interrumpió ella. Miró al fraile a los ojos—. ¿No es así?

—La Iglesia se hará cargo de custodiar la dote, hija mía —dijo el fraile, guardándose el pergamino de Duarte—. Por vuestra seguridad.

Leonor asintió. No tenía dinero. No tenía marido. No tenía casa. Estaba viva. Era libre. Esas dos palabras —viva y libre— ocuparon todo el espacio en su cabeza, sin que ninguna predominase más que la otra.

Horas más tarde, en el puerto de Sevilla, la tarde se desmoronaba anaranjada sobre el río. Leonor estaba sentada en un tocón grueso que servía de noray, absorta en la corriente turbia. La pierna de palo colgaba sobre el agua oscura. A su lado, una silueta surgió de entre las pilas de sal. Lázaro Hernández no la miró. Dio una chupada a una pipa.

—A Serpente zarpó antes de que detuvieran a Da Costa.

Leonor miró a poniente, hacia la barra de Sanlúcar.

—¿Y qué derrotas llevará?

Lázaro soltó el humo por la nariz.

—Las que tú creaste anoche.

Leonor hizo el cálculo mental por última vez. La corrección falsa empujaría al barco dos grados al sur por cada cien leguas, unas treinta si enfilaban hacia las Antillas. Hacia las fauces del Diablo, hacia cualquier arrecife. Contempló el río. Por un instante, las manos de un muchacho desenrollando una vela en

cubierta llamaron su atención. Manos pequeñas, torpes todavía, las manos de quien aún ignora para quién trabaja. Las apartó de su pensamiento: un grado, dos grados... Ya está.

—Medio centenar de hombres ahogados por una línea de tinta —dijo Lázar. No había reproche en su voz, tan solo cansancio—. Eres una mujer peligrosa, Cañita.

—Soy una mujer que no quería casarse.

Lázar no respondió. Golpeó la cazoleta de la pipa contra el noray y observó el cauce del río.

Leonor se levantó. El dolor del muñón era agónico, pero el corsé la mantenía erguida. Sacó la pequeña navaja del corpiño y empezó a raspar la madera de su prótesis. ¡Rasch, rasch, rasch! Las virutas de barniz y guayacán cayeron a la corriente. Los números, las coordenadas de su padre, el secreto de la longivid, la confirmación de las teorías y los cálculos de Lázar el Algebrista... todo flotó en el agua marrón. Continuó raspando cuando ya no había nada que raspar, cuando la madera estaba lisa como un hueso pelado y las astillas le habían abierto un arañazo en la palma. Ella guardó la navaja. La mano le sangraba, pero no la limpió.

—Ya no existe el meridiano. Ya no existe la deuda —dijo ella mientras se ajustaba el manto de viuda prematura.

—¿Y ahora? —preguntó Lázar.

—Ahora voy a aprender a caminar sin que me duela.

El repiqueteo de su paso se alejó por el muelle, rítmico, imperfecto, humano, mientras la noche se tragaba a Sevilla, al Imperio, a sus mapas y a la verdad.

Las estrellas nuevas

Santiago Inuca Chicaiza

Relato ganador del Accésit
«Concurso de Narrativa Breve IGN 2026»

Las estrellas nuevas

Santiago Inuca Chicaiza

El día que mi madre dejó de reconocer el cielo, yo tenía treinta y siete años y aún creía que las cosas podían arreglarse con suficiente atención. Era una tarde de abril en Quito, de esas en que la luz se demora en irse, como si el sol dudara antes de ceder la ciudad a la noche. Estábamos en el patio trasero, ella en su silla de mimbre, yo en el suelo con las rodillas contra el pecho, señalando hacia el sur.

—Mamá, mira. Esa es Canopus. La segunda más brillante.

Ella siguió mi dedo con la mirada, pero sus ojos no hicieron el viaje. Se quedaron en algún punto intermedio, como si el espacio entre su retina y la estrella se hubiera vuelto demasiado ancho para cruzarlo. Luego sonrió —esa sonrisa suya que ahora llegaba siempre unos segundos después de la intención, como un eco—.

—Qué bonito —dijo—. ¿Es nueva?

Guardé silencio. Canopus no es nueva. Canopus ha estado allí desde antes de que los incas pusieran el primer ladrillo en Sacsayhuamán, desde antes de que los primeros humanos cruzaran el estrecho de Bering, desde antes de que la luz que vemos ahora iniciara su viaje cuando los mamuts aún caminaban por la Tierra. Canopus es anterior a casi todo lo que mi madre alguna vez llamó suyo.

Pero esa noche no dije nada de eso. Me limité a asentir, a tomar su mano —esa mano que había señalado las mismas estrellas para mí veinticinco años atrás, cuando la enfermedad era apenas un rumor en algún recodo futuro de nuestro ADN— y a decir:

—Sí, mamá. Es nueva.

Mi madre era astrónoma. No de esas que aparecen en la televisión con trajes impecables y modelos tridimensionales de galaxias. Era astrónoma de las que pasan las noches encerradas en observatorios a tres mil metros de altura, bebiendo café instantáneo de un termo que había perdido la tapa hacía años, llenando cuadernos con coordenadas que nadie más podría descifrar. Trabajó en el Observatorio Astronómico de Quito durante veintisiete años, en ese edificio blanco en La Alameda, frente al que pasan cada día los quiteños sin mirar, sin saber que allí, durante décadas, mujeres y hombres con paciencia de monjes han estado contando las estrellas una por una.

Su especialidad eran las estrellas variables. Estrellas que cambian. Estrellas que, por razones que ella pasó toda su carrera tratando de entender, aumentan su brillo y luego lo disminuyen, como si respiraran. Como si el universo mismo tuviera pulso.

—Todo cambia —me decía cuando yo era niño y le preguntaba por qué algunas estrellas parpadeaban y otras no—. Hasta las estrellas. Especialmente las estrellas.

Yo crecí creyendo que las estrellas eran lo único constante en el mundo. Que mientras las casas se vendían y los amigos se mudaban y mi padre se ausentaba cada vez más en sus viajes como profesor visitante, el cielo nocturno seguía siendo el mismo. Podía contar con Orión en diciembre, con Escorpio en julio, con la Cruz del Sur apuntando hacia algún lugar que mi madre llamaba el Polo Sur Celeste, como si el cielo tuviera direcciones que solo ella podía leer.

Pero ella me enseñó que incluso eso era una ilusión. Las estrellas que veíamos no eran las estrellas que eran. La luz que llegaba a nuestros ojos había salido de ellas años, décadas, siglos atrás. Cuando mirábamos el cielo, estábamos mirando el pasado. La inmensidad del universo no era solo una cuestión

de espacio, me explicaba, sino de tiempo. De retraso. De la imposibilidad de estar presente.

—El cielo es una carta que llega tarde —decía—. Siempre tarde. Nunca sabemos lo que está pasando ahora. Solo lo que pasó.

Esa idea me persiguió durante años. La posibilidad de que todo lo que amamos pueda ya no existir, y nosotros siguiéndolo viendo, siguiéndolo nombrando, sin saber que ya no está.

La enfermedad empezó con pequeños olvidos. El nombre del vecino. La contraseña del correo. La ubicación de las llaves. Cosas que atribuimos a la edad, a la fatiga, a los años de trabajo nocturno desordenando el ritmo del cuerpo. Luego vinieron los olvidos más grandes. El camino al observatorio, al que había viajado miles de veces. El nombre de mi padre, aunque todavía reconocía su cara. La fecha exacta de mi nacimiento —sabía que era en agosto, pero ya no cuál—.

Yo estaba en la universidad, estudiando física por inercia, por el peso de su legado más que por vocación propia. Cuando el diagnóstico llegó —demencia, variante conductual, progresiva, irreversible—, lo dejé todo. Me tomó tres días vender lo que podía vender, empacar lo que no, y comprar un boleto de regreso a Quito. Ella estaba sentada en la misma silla de mimbre donde la encontraría tantas veces después, mirando hacia la ventana como si esperara que algo entrara.

—Mamá.

Ella me miró. Por un instante —un instante completo, medible, real—, me reconoció. Vi cómo su mirada viajaba por mi rostro, ensamblando las piezas, encontrando en mis rasgos adultos al niño que ella había cargado en brazos. Sonrió.

—Viniste —dijo. No era una pregunta. Era una afirmación, como si siempre hubiera sabido que volvería, como si me hubiera estado esperando desde antes de olvidar que me esperaba.

—Nunca me fui —mentí.

Ella asintió, y en ese gesto vi por un momento a la mujer que había sido: precisa, serena, capaz de calcular la magnitud aparente de una estrella con solo mirarla. Luego el momento pasó, y sus ojos se desenfocaron otra vez, y comenzó a hablar de la lluvia que había caído la noche anterior, que no había caído.

La cuidé durante siete años. Siete años de lentitud, de repetición, de aprender a habitar su tiempo en lugar de imponerle el mío. Siete años de verla deshacerse por dentro mientras por fuera seguía siendo ella —su pelo cano recogido con la misma horquilla de siempre, sus manos nudosas pero aún capaces de sostener una taza de té, sus ojos todavía azules como el cielo del trópico antes de que la contaminación lo volviera gris—.

En los primeros años, todavía leía. Se sentaba en su escritorio —el mismo escritorio de caoba donde había corregido cientos de tesis, donde había trazado cartas celestes a mano antes de que los computadores lo hicieran todo más fácil— y hojeaba revistas científicas que yo dejaba sobre la mesa. No entendía los artículos, eso era evidente. Pero pasaba las páginas con la misma atención meticulosa que había aplicado a sus propios escritos, deteniéndose en las gráficas, en los diagramas, en las fotografías de nebulosas donde el color había sido añadido después, porque en realidad el universo es más silencioso de lo que nuestros ojos pueden ver.

En los últimos años, ya no leía. Se sentaba frente al escritorio con las manos vacías y miraba la pared. A veces yo me sentaba a su lado, sin decir nada, y esperaba. Esperaba que algo en su interior se encendiera, alguna chispa residual de la mujer que había sido, algún destello de esa inteligencia que durante décadas había rastreado el pulso de las estrellas.

Una tarde —quizá la última en que hubo algo parecido a una conexión— levantó la mano y señaló la ventana. Era octubre, la noche había llegado temprano, y sobre el volcán Pichincha, apenas visible entre las nubes, estaba Venus.

—Mira —dijo.

La miré. No a Venus, sino a ella. A su perfil iluminado por la luz mortecina de la habitación, a su dedo extendido hacia el cielo, a sus labios moviéndose como si estuviera a punto de decir algo importante.

—¿Qué es, mamá?

—Un mensaje —dijo—. Alguien está enviando un mensaje.

Guardé silencio. Ella bajó la mano y me miró —realmente me miró, con la lucidez que a veces asoma en los últimos momentos, como si la enfermedad se retirara por un instante para dejar paso a lo esencial.

—Toda la luz que vemos —dijo— viene de lejos. Todo lo que vemos ya pasó. ¿Sabes lo que significa?

Negué con la cabeza.

—Significa —dijo— que cuando alguien nos mira desde allá arriba, desde las estrellas, también está viendo nuestro pasado. Alguien allá arriba está viéndonos ahora, a nosotros, aquí, en este momento. Y no sabe lo que va a pasar.

Sonrió, y en esa sonrisa vi a la astrónoma que había sido, a la mujer que había pasado mil noches mirando el cielo en busca de respuestas que el cielo no estaba dispuesto a dar.

—Somos la luz que aún no ha llegado —dijo—. Somos el mensaje que alguien está esperando.

Murió un martes de marzo, cuando el cielo de Quito estaba cubierto y no se veía una sola estrella. Estaba en su cama, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos cerrados. La enfermera me llamó por teléfono y yo dejé todo lo que estaba haciendo —que no era nada, en realidad, solo estar en otra habitación de la misma casa, esperando— y fui a su lado. Ya no respiraba. Su rostro estaba en paz, como si finalmente hubiera dejado de buscar algo que no podía encontrar.

Me senté junto a ella y tomé su mano. Estaba fría, pero aún conservaba la forma de su mano, los nudillos prominentes, las uñas cortadas hacía apenas dos días por la misma enfermera que ahora me miraba desde la puerta con expresión profesionalmente neutra. Estuve así un largo rato, sin llorar, sin pensar en nada en particular, solo sosteniendo lo que quedaba de ella.

Después salí al patio. La noche estaba cerrada, pero entre las nubes vi un claro pequeño, apenas un hueco en la capa gris, y a través de él, una estrella. Solo una. Brillaba con una intensidad que me pareció irreal, como si supiera que yo estaba mirando, como si hubiera estado esperando ese momento para mostrarse.

Busqué en mi memoria el nombre. Beta Centauri. Hadar. Una estrella gigante azul a trescientos noventa años luz de distancia. La luz que veía había salido de ella alrededor del año 1636, cuando Galileo aún estaba vivo, cuando Quevedo escribía sus últimos versos, cuando en Quito los españoles aún no habían terminado de construir la iglesia de San Francisco. Trescientos noventa años de viaje, solo para llegar a mis ojos en el momento exacto en que mi madre se iba.

Durante años, mi madre había estudiado las estrellas variables. Estrellas que cambian. Estrellas que, en algún punto de su existencia, deciden no ser lo que eran. Había dedicado su vida a entender por qué el universo se resiste a la constancia, por qué todo lo que parece eterno es, en realidad, solo un retraso en la comunicación.

Ahora entendía. Las estrellas no cambian porque quieran cambiar. Cambian porque el tiempo las atraviesa, porque la luz que son hoy no es la misma que fueron ayer, porque la inmensidad del universo no es solo un hecho físico sino también una metáfora de lo que significa amar a alguien que ya no está. La luz que vemos siempre es antigua. El momento que vivimos ya es pasado cuando lo nombramos. Decir «ahora» es mentir, porque para cuando la palabra sale de la boca, el ahora ya se ha ido.

Pero esa noche, mirando Beta Centauri a través del único claro en las nubes, entendí algo más. Entendí que mi madre no había pasado su vida persiguiendo el pasado. La había pasado enviando un mensaje hacia el futuro.

Cada estrella que registró, cada variación que anotó, cada noche de insomnio frente al telescopio fue un intento de decirle a alguien que aún no había nacido: «Esto fue. Esto existió. Yo existí».

Después de su muerte, encontré sus cuadernos. Estaban en una caja de cartón debajo de su cama, cubiertos de polvo, con las tapas gastadas por los años. Los abrí con cuidado, temiendo lo que encontraría —quizá garabatos incoherentes de sus últimos años, quizá páginas en blanco donde alguna vez hubo ciencia—.

Pero los cuadernos eran de antes. De los años buenos. De cuando todavía podía pasar noches enteras en el observatorio, volviendo a casa con los dedos entumecidos por el frío y los ojos ardientes de concentración. Las páginas estaban llenas de números, de coordenadas, de gráficas trazadas con la pulcritud de quien sabe que cada punto es una pieza de un rompecabezas que no terminará de armarse en su vida.

En la última página del último cuaderno, encontré algo que no esperaba. No era una fórmula ni una observación. Era una nota, escrita con una letra que reconocí como la suya, pero más temblorosa, quizá de los primeros años de la enfermedad, cuando aún sabía que algo andaba mal pero no había perdido la capacidad de nombrarlo.

Decía:

«Hay una estrella en la constelación de Lyra que los astrónomos llaman RR Lyrae. Es una variable, como las que estudio. Pulsa cada trece horas (más o menos). Es un corazón pulsante. Desde que la descubrí, hace veinte años, la he observado miles de noches. Cada vez que la miro, sé que la luz que llega a mis ojos salió de ella en algún momento entre las guerras mundiales, cuando mis padres aún no habían nacido. A veces me pregunto si alguien, dentro de miles de años, mirará esa misma estrella y verá nuestra luz. La luz de ahora. La luz de esta noche. La luz de este momento en que escribo esto, con la ventana abierta y el frío entrando y el sonido de los perros en la calle. ¿Alguien nos verá? ¿Alguien sabrá que estuvimos aquí?»

Debajo, con una letra aún más pequeña, casi ilegible, había añadido:

«Dile a mi hijo que mire las estrellas. Que sepa que todo lo que ama ya pasó, pero que la luz sigue viajando. Que la luz sigue viajando».

Ahora, dos años después de su muerte, salgo al patio todas las noches que puedo. No todas, porque a veces las nubes cubren el cielo o el cansancio me vence o simplemente no tengo el valor de enfrentar esa inmensidad que ella solía recorrer como si fuera su casa. Pero cuando salgo, me siento en su silla de mimbre —la misma, la que estuvo allí todos esos años, la que todavía conserva la forma de su cuerpo— y miro.

Aprendí a reconocer las estrellas que ella me enseñó. Betelgeuse, la roja, que algún día colapsará sobre sí misma y nos dejará sin uno de los hombros de Orión. Sirio, la más brillante, que los egipcios esperaban con ansias porque anunciaba la crecida del Nilo. Y Canopus, que esa noche de abril ella creyó nueva.

Canopus es una estrella supergigante, unas setenta y cinco veces más grande que nuestro sol, a trescientos diez años luz de distancia. Su luz ha estado viajando desde antes de que los incas construyeran Machu Picchu, desde antes de que los vikingos llegaran a América, desde antes de que mi madre naciera, desde antes de que mi madre olvidara que había nacido.

Y esa luz seguirá viajando después de que yo me vaya. Después de que esta casa se venda y este patio se cubra de maleza y nadie vuelva a sentarse en esta silla. Después de que la enfermedad que llevo en mis genes —porque sí, me hice la prueba, porque necesitaba saber, porque el miedo también es una forma de preparación— comience a borrar mis recuerdos uno por uno, empezando por los más recientes, dejándome finalmente en algún patio interior donde ya no reconozca las estrellas, pero siga levantando la mano para señalarlas.

La luz seguirá viajando.

Cada noche que salgo, antes de volver a entrar, enciendo una linterna y la apunto hacia el cielo. No por mucho tiempo. Solo un segundo. El tiempo suficiente para que algunos fotones escapen de la atmósfera y comiencen su viaje hacia ningún lugar en particular. Un segundo de luz, apenas un suspiro en la

escala cósmica. Pero ese segundo, esa luz, seguirá viajando mucho después de que yo no pueda seguir viajando con ella. Atravesará la atmósfera, el espacio interestelar, los brazos de la Vía Láctea. Tal vez, dentro de miles de años, alguien mire hacia donde estuvimos y vea ese pequeño destello. Alguien que nunca conoceremos, en un lugar que no podemos imaginar, verá una luz que para entonces será antigua, una luz que salió de la Tierra en algún momento impreciso del pasado, cuando aquí abajo todavía había alguien que recordaba.

No sabrá quién la encendió. No sabrá por qué. Solo verá un punto brillante donde no lo había, una pequeña anomalía en el tejido de la noche. Y quizá, si es como mi madre, si tiene la paciencia y la disciplina y la infinita curiosidad que ella tuvo, se preguntará qué fue. De dónde vino. Quién quiso decir algo tan fuerte que se tomó el trabajo de enviar un mensaje que nadie, en su propia vida, iba a recibir.

Y entonces entenderá. Entenderá que no importa que la respuesta tarde siglos. No importa que cuando llegue, el emisor ya no esté. Lo único que importa es que alguien, en algún momento, decidió que valía la pena enviar la luz. Que había algo que merecía ser visto. Que, aunque todo lo que amamos ya pasó, aunque la luz que vemos es siempre una carta que llega tarde, una simple fotografía vieja, el gesto de enviarla —el acto de encender la linterna, de apuntarla al cielo, de decir «estuve aquí, esto fue, esto existió»— ese gesto, solo ese gesto, es lo que nos hace humanos.

Mi madre lo supo. Lo supo en sus años buenos, cuando sus ojos todavía podían leer el pulso de las estrellas variables. Lo supo en sus años malos, cuando su memoria comenzó a deshacerse, pero sus manos aún buscaban los cuadernos. Lo supo en su última noche lúcida, cuando señaló Venus y me dijo que todo lo que vemos es un mensaje.

Ahora yo también lo sé. Y cada noche que salgo al patio, me siento en su silla, miro hacia el sur, busco Canopus con la mirada, y enciendo mi linterna un segundo. Un segundo de luz. Un pequeño gesto en la inmensidad.

Alguien, dentro de miles de años, verá esa luz. No sabrá mi nombre ni mi historia ni las razones que me llevaron a encenderla. Pero sabrá una cosa. Sa-

brá que alguien, alguna vez, estuvo aquí. Que alguien, alguna vez, quiso que su luz siguiera viajando.

Y quizá, si el universo tiene la generosidad de los astrónomos que dedican su vida a lo que nunca conocerán, quizá en ese momento, en algún lugar entre las estrellas, mi madre estará mirando. Y sonreirá. Y dirá, como aquella tarde en que todo empezó a deshacerse:

—Mira. Esa es nueva.

El cartógrafo de los suspiros

Pedro Adalid

El cartógrafo de los suspiros

Pedro Adalid

Resumen de la historia

Fernando no trazaba mapas para encontrar tesoros, lo hacía para recuperar recuerdos. Para él, la geografía no era el estudio de la tierra firme, sino el registro de dónde habíamos dejado el corazón y nuestros más sentidos suspiros. Como experto en Sistemas de Información Geográfica (SIG), desarrolló un software muy especial, capaz de geolocalizar el punto exacto donde alguien amó, perdió o soñó. Junto a su sobrina Lucía, una ingeniera de datos brillante y pragmática, Fernando transforma la frialdad satelital en un puente hacia el pasado. El Cartógrafo de los Suspiros, es una odisea de ciencia ficción tierna y profunda, que une a dos generaciones a través de la tecnología y la poesía, recordándonos que mientras sepamos dónde buscar nuestra historia, nadie estará perdido.

CAPÍTULO 1. DONDE EL VIENTO SONABA A CRISTAL

La precisión es un pilar fundamental en la construcción de cualquier modelo de la realidad, especialmente cuando hablamos de la superficie terrestre. Esto lo sabía Fernando mejor que nadie, ya que, durante décadas, su mundo se había regido por la dictadura de los vectores y el rigor de la geofísica. Pero los mapas mienten. Te dicen con exactitud dónde está el árbol, pero guardan un silencio sepulcral sobre cómo se siente cobijarse bajo su sombra.

Esa ceguera técnica le había costado la vida a la única persona que le enseñó a mirar... su amada Aitana.

Fernando cerró los ojos frente al monitor, pero el mapa de su memoria seguía encendido, proyectando la misma imagen de hace cinco años. Recordaba el parpadeo de su estación de trabajo aquella tarde de tormenta en los Pirineos.

Aitana, paisajista y alma de cada terreno que pisaba, estaba en la ladera del valle trabajando en la restauración de un suelo degradado.

—Fernando, ¿me recibes? —la voz de ella llegó a través de la radio, teñida por el murmullo de la lluvia—. El mapa dice que la pendiente es estable, pero el suelo... el suelo se siente cansado, como si quisiera soltarse.

Fernando había mirado sus ortoimágenes del vuelo nacional y el modelo digital de elevaciones. Todo estaba en regla en la pantalla.

—Los datos de saturación son normales, Aitana. Tienes margen de seguridad. No te preocupes por la intuición, confía en el SIG.

—Es que los mapas no escuchan, Fernando —había respondido ella con una risa un tanto nerviosa—. Aquí arriba, el viento suena a cristal rompiéndose. Es hermoso y aterrador a la vez. Te enviaré la frecuencia del sonido para que la añadas a tus gráficos... tal vez así entiendas lo que intento explicarte.

De repente, un estruendo sordo cortó la transmisión. En la pantalla de Fernando, el punto GPS de Aitana permaneció estático, perfecto, sobre una cuadrícula verde que juraba que allí no pasaba nada. Pero, la ladera se había ido. Los mapas habían seguido intactos, mientras ella desaparecía en un punto ciego de la ciencia.

—Tío, sé lo que hiciste con el servidor central.

La voz de Lucía trajo a Fernando de vuelta al presente, de forma cortante como un bisturí. Fernando se sobresaltó en su silla. La joven de unos veinticin-

co años, estaba de pie junto a la puerta del estudio, con su tableta encendida y una expresión de triunfo y preocupación a partes iguales. Lucía no era solo su sobrina; era una ingeniera de datos brillante y pragmática, que no solía aceptar un «no» por respuesta.

—Lucía, no molestes, no es momento... —comentó Fernando, intentando ocultar la ventana del código.

—Entré anoche para optimizar el renderizado de las nubes de puntos y encontré el directorio «Mnemos» —continuó ella, ignorando su protesta y dejando caer la tableta sobre el escritorio lleno de libros de poesía de su tío—. Al principio pensé que era un virus, porque estaba consumiendo el 80 % de la CPU procesando... ¿audio? ¿Por qué un *software* de fotogrametría histórica procesa frecuencias de sonido de hace años?

Fernando guardó silencio, apretando su taza de café frío entre las manos. Su soledad, rodeada de pantallas de alta gama, siempre había sido su refugio, pero Lucía acababa de derribar la puerta, sin pedir permiso.

—Luego vi el script —la voz de Lucía se suavizó, perdiendo su impaciencia habitual—. Usaste los últimos segundos de la grabación de radio de tía Aitana. Has creado un algoritmo que no busca objetos, sino que rastrea la «vibración» de los recuerdos en el terreno. Tío... estás intentando *hackear* la realidad, lleno de nostalgia.

Fernando suspiró, cerrando sus ojos en señal de derrota por la agudeza mental de la joven.

—No es nostalgia, Lucía. Es justicia cartográfica. Aitana tenía razón: los mapas no escuchan. Mnemos es mi forma de pedirle perdón al paisaje por no haber sabido leerlo a tiempo. Si una persona recuerda un olor o un sonido, hay una frecuencia emocional que el terreno conserva. Solo tengo que encontrarla.

Lucía se sentó a su lado. El contraste era evidente: Fernando era el método y la sabiduría poética; ella era la velocidad y la acción, en su máxima expresión.

Sus dedos, expertos en conexión a los servicios WMS de la Infraestructura de Datos Espaciales de España (IDEE), empezaron a volar sobre el teclado.

—Es una locura técnica, tío. Los datos de Mnemos están sucios, llenos de ruido blanco. No podemos basar una búsqueda en algo tan vago como «el recuerdo de un olor a lavanda». ¡Necesito coordenadas exactas o el motor de renderizado colapsará!

Fernando sonrió con melancolía.

—Lucía, querida, la lavanda silvestre solo crece en terrenos con cierto pH y elevación. Esa es su firma geofísica. No busques la flor; busca la vibración que la hace posible. Úsala.

Lucía se quedó callada un segundo, procesando la lógica detrás del sentimiento.

—Vale, si cruzo lo que la tierra recuerda de aquel entonces con los datos de la constelación Sentinel de Copernicus, el mapa por fin me habla. Estoy borrando el ruido, quitando las sombras... y lo que queda ahí, en ese pequeño rincón, tiene que ser lo que busco. Alguien tiene que evitar que quemes el servidor —añadió, aunque sus ojos brillaban con una lágrima contenida—. Y yo también quiero volver a oír ese «viento de cristal».

La pantalla principal parpadeó. El algoritmo Mnemos empezó a trabajar, traduciendo frecuencias sonoras en patrones de memoria. Lo que antes era un mapa topográfico gris y estéril empezó a teñirse de un espectro violeta vibrante. No era solo cartografía; era el alma del mundo volviendo a la superficie.

—Lo tengo —susurró Lucía—. Tío... es aquí.

Fernando se inclinó hacia la luz de los monitores. Por primera vez en cinco años, el mapa no guardaba silencio.

CAPÍTULO 2. EL BESO DEL SOL

La oficina de Fernando no olía a tecnología, sino a tiempo. Era un santuario donde el aroma del café frío se mezclaba polvo de las minutas cartográficas del mapa topográfico nacional y el zumbido eléctrico de procesadores de última generación. En las pantallas, las líneas de contorno de los Sistemas de Información Geográfica (SIG) bailaban como hilos de seda azul.

—Buenos días —dijo Fernando con voz pausada, levantando la vista de su escritorio.

Frente a él, una mujer llamada Elena sostenía su bolso con fuerza. Con manos temblorosas, sacó una fotografía en blanco y negro, amarillenta y gastada por los años. En ella, podía verse una pareja joven que sonreía bajo la sombra de un árbol inmenso en medio de un campo que parecía no tener fin.

—Necesito encontrar este árbol, Fernando —dijo ella, con un hilo de voz—. Sé que ya no está. Lo talaron hace treinta años para construir la autopista sur.

Pero necesito saber el punto exacto. Necesito... volver a sentir la brisa que corría bajo sus ramas aquel día.

Fernando tomó la foto. No vio solo un árbol; vio coordenadas, historia geológica y una memoria humana esperando a ser georreferenciada.

Horas después, la oficina estaba a oscuras, solo iluminada por el resplandor azul de los monitores. Lucía, con los ojos brotados de tanto revisar códigos, procesaba la imagen.

—Es imposible, tío. La autopista cambió la topografía por completo.

Removieron millones de metros cúbicos de tierra. El SIG no me da lecturas claras, hay demasiada interferencia —dijo Lucía, ajustando los controles de su dron que sobrevolaba la zona en tiempo real.

Fernando cerró los ojos, buscando en su memoria las lecciones de Aitana.

—Dime, Elena —recordó haberle preguntado antes de que se fuera—, ¿qué más recuerda de ese día?

«El sol al atardecer siempre besaba el sendero antes de esconderse tras la montaña de hierro», le había dicho ella.

—Lucía —murmuró Fernando—, no busques el árbol. Busca la luz. La «montaña de hierro» es magnetita. Hay un depósito mineral masivo en el sector norte del valle. Eso nos da la orientación exacta de la luz al atardecer de hace cuarenta años.

Lucía sonrió, sus dedos estaban volando sobre el teclado.

—¡Claro! La magnetita altera el campo magnético local y la huella térmica. Si calibro el sensor infrarrojo del dron para buscar anomalías térmicas bajo el asfalto...

La pantalla mostró un mapa de calor. Bajo las capas de cemento de la autopista moderna, detectaron algo increíble: una humedad residual distinta, una sombra térmica que el concreto no podía borrar del todo. Eran las raíces muertas del árbol, que aún retenían agua como un susurro bajo el suelo.

—¡Ahí! —gritó Lucía. Una pequeña bandera virtual apareció sobre la mediana de la carretera en la pantalla de realidad aumentada. Ella la llamó: «El beso del Sol».

Al día siguiente, Fernando acompañó a Elena al lugar exacto. La autopista rugía a su lado, visitada por un monstruo de metal y velocidad que ignoraba toda la historia que se escondía bajo el asfalto. Se detuvieron justo donde indicaba la coordenada de Mnemos, a escasos metros de un antiguo clavo de nivelación de la Red Geodésica que el asfalto no había logrado cubrir del todo.

Elena cerró los ojos. Aunque el olor a asfalto caliente era asfixiante, ella no estaba allí, sino, en el aroma de su recuerdo —a campo limpio y tierra húmeda—. Fernando observó cómo la mujer abrió una pequeña caja de metal.

Dentro, mezcladas con un puñado de tierra vieja y pétalos de flores, estaban las cenizas de su esposo. Con delicadeza, las dejó caer en una grieta del suelo junto a la barrera de contención.

—Gracias, Fernando —dijo ella, con una paz profunda—. El mapa me trajo al lugar, pero ahora mi memoria ha pintado el árbol Encina de nuevo. Él ya está en casa.

De regreso al coche, Fernando vio cómo la geografía humana se superponía a la física. El lugar ya no era un borde de autopista peligrosa; sino un refugio de un hermoso recuerdo y una promesa cumplida.

Esa noche, en la oficina, tío y sobrina compartieron un vino en los vasos de cristal de Aitana.

—¿Qué buscas ahora, Lucía? —preguntó Fernando al verla de nuevo frente a la tableta.

—He recibido un mensaje de una niña —dijo ella con los ojos brillando—.

Habla de un faro que «suspiraba» cuando el viento venía del norte. Creo que Mnemos necesita una actualización acústica, ¿no crees?

Fernando rió a carcajadas. Ya no solo mapeaban la tierra; estaban cartografiando el alma humana. En una esquina de la pantalla, en una zona marcada como «Inexplorada», una pequeña luz parpadeó rítmicamente. La tierra seguía respirando, esperando a ser encontrada.

CAPÍTULO 3. EL FARO QUE SUSPIRABA

La carta de la pequeña Sofía era breve, pero contenía una coordenada emocional que descolocó incluso a los potentes procesadores de la oficina de Fernando. Estaba escrita a mano, con una caligrafía infantil que contrastaba con la frialdad de los monitores.

«Mi abuelo dice que el faro de la Isla Quebrada no solo da luz, sino que suspira cuando tiene miedo. Dice que cuando el viento del norte sopla fuerte, el faro suelta un aire largo, como si estuviera cansado de ver el mar. Pero en los mapas nuevos el faro está en ruinas y en silencio. ¿Podéis hacer que vuelva a suspirar para él?».

Lucía ajustó sus gafas de realidad aumentada. En su campo visual, el modelo 3D de la Isla Quebrada era una masa de píxeles grises, una silueta escarpada que emergía de un océano digital.

—Tío, he revisado los registros de la Autoridad Portuaria del siglo xx —dijo ella, frunciendo el ceño—. El Faro de la Isla Quebrada fue automatizado en 1980 y abandonado definitivamente en 1995. Es una torre de mampostería y granito de aproximadamente veinte metros. No tiene pulmones, ni altavoces, ni maquinaria que genere «suspiros». Los datos dicen que es solo piedra muerta, y que ahora representa un estorbo para la navegación moderna.

Fernando caminó hacia el ventanal del estudio, observando cómo la lluvia golpeaba el cristal con un ritmo persistente.

—Nada en la geografía está muerto, Lucía. Solo está esperando la frecuencia adecuada —respondió Fernando sin volverse—. El abuelo de Sofía no miente; los ancianos no inventan sonidos, solo olvidan cómo explicarlos técnicamente. No busques la máquina, busca la geomorfología de la base.

Lucía refunfuñó, pero sus dedos ya se movían por instinto. Superpuso la textura real de la ortofoto con la «nube de puntos» del LiDAR del PNOA disponible en el centro de descargas del IGN. En la pantalla, el faro y sus cimientos, dejaron de ser una mancha para convertirse en toda una estructura de precisión milimétrica, que solo la teledetección más precisa podía dibujar.

—¡Espera! —exclamó de pronto, haciendo un zoom agresivo—. El faro no está construido sobre roca sólida. Está asentado sobre una formación de columnas de basalto hexagonales. Y mira esto... hay una red de cavidades marinas y tubos de lava justo debajo de sus cimientos.

Fernando se acercó, con la curiosidad brillando en sus ojos.

—Ahí lo tienes. El «suspiro» no es del faro, es del terreno. Es un efecto Venturi a escala geológica.

—Entiendo... —Lucía empezó a teclear con furia, conectando variables—. Si el viento del norte entra por las grietas superiores del acantilado y la marea está a una altura específica, el aire se comprime en las cuevas subterráneas y sale expulsado a presión por la estructura hueca de la torre del faro. ¡La construcción funciona como la flauta de un gigante!

Para confirmarlo, Lucía no envió un dron común. Usó el «Aitana-V», un prototipo que ella misma había modificado, equipado con micrófonos de zona de presión y sensores de flujo de aire ultrasónicos.

En la pantalla de la oficina, el dron sobrevolaba el faro en ruinas mientras el software simulaba una tormenta perfecta.

—Viento del norte a 40 nudos... marea subiendo... —narraba Lucía mientras ajustaba los parámetros en tiempo real—. El algoritmo de Mnemos está cruzando la presión atmosférica con la acústica de la torre.

De pronto, un sonido llenó el santuario de Fernando. No era un pitido digital, ni el zumbido de un motor. Era un sonido profundo, vibrante, una nota baja y telúrica que parecía nacer del mismo centro de la Tierra.

Huuuuuuuuu-shhhhhh...

Era, efectivamente, un suspiro. Un lamento cargado de una melancolía tan real que Fernando sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. El faro, al recibir el empuje del mar y el viento, exhalaba su aliento a través de las viejas grietas de su mampostería, convirtiendo el embate del Atlántico en una exhalación humana.

—Lo tenemos en coordenadas ETRS89, Lucía —susurró Fernando—. El suspiro ocurre exactamente a los 43° 22' 12» N. Pero solo cuando la Luna está en su segundo cuarto y el viento del norte supera los 35 nudos. Se trata de un evento geográfico efímero.

Lucía no respondió de inmediato. Estaba grabando la frecuencia, limpiando el ruido blanco del oleaje para dejar solo la «voz» pura del faro.

—Tío... —dijo ella en voz baja—, estoy enviando las coordenadas y el archivo de audio al dispositivo de Sofía. Pero he añadido una capa de Realidad Aumentada. Si ella lleva a su abuelo cerca de la costa y apunta con su teléfono hacia la isla, el mapa no mostrará ruinas... mostrará el faro brillando en su antigua gloria, «respirando» en sincronía con el sonido original.

Fernando sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Has convertido un dato geofísico en un milagro.

Aquella noche, mientras el mapa de la Isla Quebrada brillaba en azul eléctrico en sus monitores, Fernando comprendió que su legado estaba a salvo. Lucía ya no solo buscaba la precisión del GPS; ahora buscaba el pulso del relieve.

El cartógrafo y la *hacker* habían descubierto que la Tierra no solo tiene coordenadas, sino que también guarda historias que solo pueden ser contadas si alguien está dispuesto a escuchar sus suspiros.

CAPÍTULO 4. LA SINFONÍA DE LA TIERRA

Cinco años habían pasado desde que Elena encontrara la ubicación de su árbol bajo el asfalto. La oficina de Fernando ya no era solo un despacho de ingeniería; se había convertido en un laboratorio de lo invisible. El Algoritmo Mnemos había evolucionado, y con él, la relación entre el sabio cartógrafo y su sobrina. Lucía, ahora con una paciencia forjada por los milagros que había presenciado junto a su tío, ya no discutía con él por la falta de datos, sino que buscaba la lógica dentro de la aparente «fantasía».

El nuevo desafío entró por la puerta en manos de un joven que sostenía una pequeña caja de música de madera astillada.

—No funciona —dijo el joven, dejando el objeto sobre el escritorio de roble—. Mi madre dice que cuando ella era niña, vivía en un valle donde el río

cambiaba de tono según la intensidad de la luna. Ella lo llamaba «geografía musical». Quiero encontrar ese lugar para grabar el sonido y reparar su caja de música con la melodía exacta de su infancia.

Lucía miró a Fernando con una ceja levantada.

—Tío, el agua no tiene partituras. El flujo de un río es ruido blanco, turbulencia y mecánica de fluidos. Los ríos no cantan, fluyen.

Fernando, que ahora operaba un sistema de fotogrametría 3D tan avanzado que parecía una ventana a otra dimensión, sonrió mientras acariciaba la tapa de la caja de música.

—El agua no, Lucía, pero las rocas sí. Nada en la naturaleza es mudo si se le golpea con la fuerza adecuada. No busques el río por su nombre; búscalo por su resonancia.

Lucía se sentó frente a la estación de trabajo y activó la «Frecuencia de la nostalgia», el módulo más complejo de Mnemos. Para este caso, no bastaba con fotos de satélite. Tuvieron que aplicar teledetección infrarroja para mapear la densidad de la vegetación —que actúa como un aislante acústico— y datos de la Red Geodésica Nacional para modelar la arquitectura del valle con un Modelo Digital del Terreno (MDT) de alta resolución. Lucía necesitaba saber la inclinación exacta de cada ladera para entender el rebote del sonido.

—Estoy aplicando un filtro de geofísica pura —explicó Lucía, mientras sus dedos trazaban órbitas en el aire sobre el panel táctil—. Busco valles con alta concentración de cuarzo y una topografía en forma de anfiteatro natural, consultando el mapa geológico integrado.

El mapa 3D, alimentado por los servicios de visualización de la IDEE, vibró en la pantalla, iluminándose en tonos dorados y violetas. De pronto, un modelo topográfico se estabilizó. No era un valle normal, sino una garganta estrecha tallada en cuarzo. Sus paredes, orientadas con una precisión casi geométrica, jugaban con el sonido hasta convertir el viento en un coro de reflejos, una caricia acústica que desafiaba cualquier análisis de porosidad.

—Lo tengo —susurró Fernando, señalando una sección del río—. Es un anfiteatro geológico. Bajo la gravedad de la luna llena, el caudal del río aumenta ligeramente y la tensión superficial del agua cambia. El agua vibra contra las paredes de cuarzo a una frecuencia específica, creando una resonancia acústica natural. Es una flauta de cristal de tres kilómetros de largo.

—Pero no puedes ir solo con coordenadas —dijo Lucía al joven—. Tienes que estar allí un día de luna llena, exactamente a medianoche, cuando la atracción lunar y el ángulo del viento generen la nota perfecta.

Días después, el joven regresó. No traía muestras de suelo ni fotos. En su teléfono, reproducía una grabación captada con un sensor geofónico que Lucía le había prestado.

Al sonar en los altavoces de la oficina, el silencio se llenó de una melodía armoniosa, una nota baja y constante interrumpida por destellos cristalinos que parecían tararear una nana antigua. Era la música de la Tierra, georreferenciada y recuperada del olvido.

—Es esta —les dijo el joven conmovido—. Es la melodía de mi madre.

Fernando observó cómo el joven se marchaba, listo para devolverle a su madre el sonido de su hogar. Se quedó solo con Lucía, mirando el mapa 3D que aún brillaba en la oscuridad del estudio. Sus mapas ya no solo decían dónde estaban las cosas; ahora permitían escucharlas, sentirlas y devolverles su significado profundo.

En una esquina de la pantalla, en esa zona persistente marcada como «Inexplorada», una pequeña luz parpadeó rítmicamente, como si la tierra misma estuviera respirando, enviando un código que solo ellos sabían leer.

Fernando tomó su lápiz óptico, se ajustó las gafas y miró a Lucía.

—Bueno —susurró para sí mismo con una sonrisa de absoluta satisfacción—, parece que el mundo todavía tiene muchos secretos que mapear mi querida Lucía.

CAPÍTULO 5. EL LATIDO BAJO EL HIELO

Una mañana, el encargo no llegó por los canales digitales habituales. No hubo notificaciones en la tableta de Lucía ni correos encriptados. Llegó en un sobre de papel manila, entregado por un mensajero que parecía haber cruzado continentes a pie. Dentro, envuelto en una tela rústica, había un trozo de magnetita pura y una nota escrita con caligrafía temblorosa:

«El silencio está creciendo. El Glaciar de San Rafael ya no devuelve las palabras. Mi padre dice que el espíritu del valle se ha quedado mudo. Ayúdenos a encontrar su voz antes de que el hielo se lo trague todo».

Fernando miró a Lucía con ojos de intriga. Ella ya estaba consultando su tableta, pero su expresión era de derrota técnica.

—Tío, el Glaciar de San Rafael, en la Patagonia chilena, está retrocediendo a una velocidad alarmante.

Es una zona de «sombra satelital»; la cobertura de datos es casi nula por las tormentas geomagnéticas de la zona. No hay señal, no hay ortofotos recientes. He intentado cruzar los datos con el Visualizador de Riesgos Naturales, pero nada, es un punto ciego para los modelos estándar.

Fernando se ajustó su vieja bufanda de lana y sus ojos brillaron con un fuego que Lucía no veía desde hacía años. —Entonces —sentenció—, esta vez no usaremos el ratón. Usaremos las botas... ¡Prepárate!

Hicieron las maletas a la velocidad de un pulso eléctrico y volaron hacia el sur sin mirar atrás. Navegaron por fiordos que parecían cicatrices de un mundo antiguo y, finalmente, caminaron sobre el gigante blanco. El paisaje era una catedral de cristal azul, un laberinto de grietas profundas que parecían heridas abiertas en la piel de la Tierra. Lucía cargaba con un equipo de sismografía de reflexión y drones térmicos de alta resistencia, luchando contra ráfagas de viento que amenazaban con arrancarles el aliento.

—¡La señal es caótica! —gritó Lucía bajo el temporal helado—. Las capas de hielo se mueven tan rápido que el modelo 3D no puede estabilizarse. ¡El mapa se rompe cada diez segundos!

Fernando se arrodilló sobre el hielo, ignorando el frío que calaba sus huesos, y apoyó la palma de la mano sobre la superficie rugosa. No buscaba una señal de red; buscaba el pulso de la geología.

—Lucía, olvida el satélite por un momento —dijo con voz serena—. Mira la estratigrafía de esa pared. El hielo tiene memoria; atrapa burbujas de aire de hace mil años. Lo que quieren encontrar no es un eco moderno, es un eco fósil que el deshielo está intentando borrar.

Se adentraron en una cueva de hielo azul vibrante, intenso, un lugar donde el tiempo parecía haberse detenido en una exhalación de cobalto. Lucía instaló sus sensores de vibración infrasónica con manos temblorosas por el frío, pero con precisión de cirujano.

—Si el glaciar está «mudo», es porque hay una anomalía en la densidad del hielo. Voy a calibrar el sensor para detectar variaciones en la microgravimetría, como si buscáramos un hueco en el corazón de una montaña —explicó ella, recuperando su instinto técnico—. Es un agujero negro acústico.

Usando un *software* que diseñaron durante las horas de vuelo, Lucía lanzó una ráfaga de ondas sonoras de baja frecuencia. En su pantalla, el mapa del interior del glaciar empezó a dibujarse como un encaje de luz: era un laberinto de túneles de cristal. En el centro exacto, detectaron una burbuja de aire gigantesca, una cámara natural sellada por el tiempo.

—Ahí está —susurró Fernando—. La «voz del valle» no se ha ido, está atrapada en esa cámara de resonancia. El retroceso del glaciar ha sellado la entrada con escombros de morrena. Digamos que está asfixiada.

Lucía activó un emisor de ultrasonidos para hacer vibrar la pared de escombros hasta que el equilibrio se rompió. De repente, el silencio sepulcral de la cueva fue reemplazado por un murmullo extraño, un sonido que recordaba al choque de mil copas de cristal y al susurro de bosques que ya no existen.

Era el aire milenario escapando, una música que el valle no había exhalado en siglos.

—Lo tengo, tío —dijo Lucía, mirando el espectrograma con asombro—. Pero mira esto... no son solo sonidos naturales. Las frecuencias indican que esta cámara actuaba como un amplificador para los cantos de los antiguos pueblos nómadas. Estamos escuchando el eco de su historia, atrapado en el hielo.

Fernando, con las mejillas quemadas por el viento frío exclamó:

—La geografía humana no solo se escribe sobre la tierra, Lucía. A veces, se guarda en el congelador del mundo.

En ese instante, ambos guardaron silencio, el rompecabezas de coordenadas había encajado por fin. Habían descifrado el misterio del latido bajo el hielo, encontrando la resolución del caso donde la ciencia se abrazó con la intuición.

Y ya con el mapa completo y el alma en calma, emprendieron su camino de regreso a casa.

EPÍLOGO. LA GEOGRAFÍA DE UN SUSPIRO

Semanas después, de regreso en la oficina, el aire poseía una densidad distinta, había una quietud casi sagrada. Ya no vibraba la urgencia de los expedientes abiertos ni la prisa de los relojes. Frente a la gran pantalla principal, Lucía y Fernando se detuvieron ante un planisferio que no figuraba en ningún tratado de geografía académica.

No era una representación de accidentes orográficos, fronteras políticas o rutas de comercio; era un firmamento de pulsaciones lumínicas ancladas a cada vértice de la Red Geodésica Nacional. Cada destello rescataba un fragmento de existencia: el árbol de Elena, el faro que suspira, el río que persiste en su canto, el glaciar que se niega al olvido, así como muchas otras historias

negadas a morir. Cada pilar de piedra blanca en las cumbres de España ahora custodiaba un suspiro, una historia rescatada del olvido.

—¿Sabes, Lucía? —murmuró Fernando, mientras servía el vino con la parsimonia de quien oficia un rito—. Al principio, la cartografía fue el lenguaje de la conquista; luego, el instrumento para surcar los mares. Pero ahora, gracias a tu mirada, ha encontrado su propósito más noble: el sentido de pertenencia.

Lucía contempló la pantalla y dejó de ver píxeles para reconocer la Topografía del Corazón. Comprendió que la ciencia —el SIG, el Big Data, el vuelo preciso de los drones— es apenas la corteza técnica, la cáscara de un fruto cuyo núcleo es la necesidad humana de saber que nuestros afectos tienen un lugar físico en el cosmos. Que nuestras historias no son ráfagas de viento, sino coordenadas grabadas en la piel de la Tierra.

—Tío —dijo ella, señalando una vasta zona vacía en el mapa—, hay miles de suspiros aguardando su geolocalización. ¿Empezamos?

Fernando empuñó su lápiz digital sintiendo el mismo vigor del primer día.

—Adelante, Capitana de los Datos. Enseñémosle al mundo que, mientras alguien sepa leer un mapa con el corazón, nada ni nadie estará verdaderamente perdido.

Diez años más tarde, aquella oficina se había transformado en el nodo principal de la infraestructura de datos emocionales, integrado totalmente en la IDEE.

Fernando, con su cabello teñido de plata, observaba cómo el mundo se transformaba bajo el filtro de frecuencia emocional. En aquel Sistema de Información Geográfica, el asfalto cedía su lugar a las «Rutas de la Nostalgia», trazadas en hilos de ámbar, y las ciudades no eran manchas urbanas, sino

«Nodos de Memoria» cuya intensidad crecía con la huella de quienes las habitaron. Era una cartografía donde las curvas de nivel no medían metros sobre el nivel del mar, sino la profundidad de los suspiros atrapados en la roca.

Fernando sabía que los mapas antiguos servían para decir «esto es mío», delimitando límites y distancias. Este atlas, en cambio, servía para borrarlos.

—Un mapa no es solo una representación de la Tierra, Lucía —dijo Fernando mientras las luces comenzaban a atenuarse—. Es la promesa de que lo que sentimos no se desvanece en el vacío. Cada vez que geolocalizamos un suspiro, estamos certificando que ese instante fue real y que la Tierra lo custodia con celo, para nosotros.

Lucía sonrió, guardando su tableta con la satisfacción de quien ha cumplido una misión trascendental.

—Tío, ya no somos simples cartógrafos. Somos los guardianes del rastro que dejamos al vivir.

Antes de salir, Fernando cerró los ojos un instante. En su dispositivo personal conservaba una cartografía privada, un mapa que nadie más podía navegar: un pequeño jardín extinto donde una mujer llamada Aitana plantaba jazmines.

Gracias al algoritmo del afecto, él podía recuperar el zumbido de las abejas de aquel verano de 1975, cada vez que la ausencia de su voz se le hacía insoportable.

—Lucía —dijo Fernando, irguiéndose con cuidado—, ya no necesitamos dibujar mapas para encontrar el camino a casa.

—No, tío —respondió ella, ajustándose la chaqueta—. Ahora los mapas son la casa.

Afuera, el mundo continuaba su giro frenético, saturado de prisa. Pero bajo el suelo, en el estrato invisible de la geografía del alma, un nuevo recuerdo acababa de ser encontrado. El Mapa de los Suspiros parpadeó una vez más, recordándonos que, en este vasto atlas del sentimiento, nadie camina solo.

TÉRMINOS DEL RELATO

Constelación Sentinel de Copernicus: es el pilar espacial del programa europeo Copernicus, diseñado para la observación de la Tierra con datos de código abierto. Incluye varias misiones (radar e imágenes ópticas) para monitorear el cambio climático, agricultura, gestión de desastres y seguridad ambiental.

Coordenadas ETRS89 (*European Terrestrial Reference System 1989*): son el sistema geodésico de referencia oficial en Europa, ligado a la parte estable de la placa continental europea.

IDEE (*Infraestructura de Datos Espaciales de España*): marco que integra datos, metadatos y servicios de información geográfica de forma interoperable. En la narrativa, es el ecosistema digital que permite a los protagonistas cruzar capas de cartografía histórica, geología y ortofotos actuales.

IGN (*Instituto Geográfico Nacional de España*): es el organismo técnico-científico oficial, que depende del Ministerio de Transportes y Movilidad Sostenible. El mismo está encargado de la cartografía básica, geofísica, geodesia y astronomía. Produce el mapa oficial nacional y gestiona la Red Sísmica y Vulcanológica.

LiDAR del PNOA (*Light Detection and Ranging del Plan Nacional de Ortofotografía Aérea*): Tecnología de teledetección que utiliza pulsos de láser para medir distancias. Permite generar nubes de puntos 3D de alta resolución, revelando la estructura del terreno incluso bajo la vegetación o construcciones humanas.

Red Geodésica Nacional: Es el conjunto de puntos (vértices geodésicos) distribuidos por todo el territorio, cuyas coordenadas se conocen con precisión milimétrica. En el relato, actúan como los «anclas» físicos donde la memoria se encuentra con la tierra.

Pálpitos en el barranco

Edgar Antonio Osorio Carrasquel

Pálpitos en el barranco

Edgar Antonio Osorio Carrasquel

El café en la estación de vigilancia volcánica de El Hierro sabe a estática y a cansancio acumulado. Julián aparta la taza, cuya superficie vibra con una frecuencia imperceptible para el oído humano, pero no para los sensores de banda ancha enterrados en el basalto de la isla. Fuera, la lluvia horizontal de las Canarias golpea los cristales del laboratorio con la misma insistencia que lo haría un acreedor.

Es la una de la madrugada. Lleva pocos días allí, simula cumplir un permiso laboral luego de tres años sin tomar vacaciones. En lugar de irse de paseo, siente la imperiosa necesidad de buscar algo en las Medianías. La estación sísmica luce descuidada, pues ha estado cerrada cierto tiempo. Ha puesto todo a funcionar durante los días que ha pernoctado en el lugar.

A esa hora, en las pantallas de la Red Sísmica Nacional, las trazas fluyen en un baile monótono de líneas verdes. Para cualquiera, son solo ruido; para Julián, son un infarto terrestre que finge dormir. Lleva diez años en el Instituto Geográfico Nacional; traduce el silencio de la Tierra en boletines oficiales, pero esa noche el silencio luce roto.

—¿Qué carajos? —murmura. Se estruja los ojos—. ¿Qué tenemos aquí? No eres réplica, ni ruido antrópico y, desde luego, no eres un ajuste tectónico estándar. Entonces, ¿qué eres?

Frente a él, el Visualizador de Terremotos muestra una anomalía en la zona de las Medianías, un área que los mapas de peligrosidad vigentes catalogan como «tectónicamente estable». El algoritmo de detección automática lo ha descartado como interferencia instrumental. Julián abre el cajón inferior de su escritorio, le molesta su ruido infernal de mueble viejo que parece magnificarse en el silencio nocturno. Saca el cuaderno de tapas de hule negro que pertenecía a su mentor, el Dr. Bernabé Valvanera. En los registros oficiales Valvanera consta como «desaparecido en servicio» durante una campaña de nivelación geodésica tres años atrás. Para el mundo académico, es una tragedia estadística; para Julián, es un enigma que sangra cada vez que revisa los datos que la Red ERGNSS genera.

Pasa las páginas amarillentas, llenas de ecuaciones a mano, bocetos de fallas y trazas de café. Valvanera era algo torpe cuando de tazas de café se trataba. Julián se detiene en una anotación fechada una semana antes de la desaparición. Lee:

«La Red de datos indica desplazamiento milimétrico hacia el sureste. Lugareños dicen que pozo de la vieja ermita se ha secado. Don Barlovento sabe que tierra no miente. Cuidado con los contratos de obra civil (dicen lo contrario). ¡A la mierda! —borrón de tinta que debilita el papel—. Algo bajo el basalto que no figura en el Atlas Nacional».

Julián compara la anotación con la señal que parpadea en su monitor. Coincidencia exacta. Longitud y latitud grabadas a fuego en el papel ¿y en el silicio? Claro está, aún más. Alguien, o algo, intenta que ese latido sordo no suba a la superficie de los datos públicos.

El teléfono de la estación suena; rompe la atmósfera críptica del laboratorio. Julián no espera llamadas. El identificador muestra un número privado.

—¿Estación sísmica? —la voz al otro lado es firme, con un deje canario profundo—. Tú, como te llames, sé que estás mirando la pantalla. Sé que has visto «eso» en tu máquina.

Julián se tensa. ¿Quién se cree esta mujer para interpretar un salto en una serie geodésica? Su mano busca instintivamente el cuaderno de Valvanera.

—¿Quién habla?

—¿Y a ti que te importa mi nombre? Me llaman Galilea. Para Don Barlovento, yo era la guardiana de lo que no sale en las máquinas que tienes allí. Pero algo te digo, deja de mirar los satélites y vente a pisar el barro. Hazlo, si quieres saber por qué Barlovento no volvió de aquel barranco. Los de Nadir Transnational ya han enviado sus propios «técnicos» para recalibrar tus sensores. O, mejor dicho: para maniatarlos.

La llamada se corta con un chasquido seco. ¿A qué diablos sabe esta mujer que Julián está allí? La mención a Nadir Transnational no es nueva; es la empresa que presiona para reclasificar las zonas de protección ambiental en el norte de la isla para ese macrocomplejo turístico que promete «revitalizar» una zona casi despoblada. Ahora más despoblada con el programa de becas dadas a los pocos jóvenes del lugar para cursar estudios en Madrid o cualquier capital.

Julián se levanta, camina hacia la ventana. A lo lejos, las luces de la obra privada parecen no descansar. Si esa falla existe, si el Dr. Valvanera tenía razón, aquel proyecto no es un motor económico, sino un cementerio a punto de abrir sus fauces por la cara cortada de la corteza terrestre.

Entra en el sistema interno del Instituto, navega por la información ¿por qué tanta limpieza? Activa el modo editar, cruza los datos recientes con los mapas catastrales antiguos que el propio Valvanera había esbozado en sus investigaciones y en su cuaderno de notas. Allí, oculto bajo una capa de sedimentos recientes y una capa de burocracia interesada, Julián ve un patrón. Los puntos de control geodésico que rodean la obra han sido «corregidos» en fecha reciente ¿la limpieza se corrige cuando... ?

—¿Alguien desde dentro? ¿A qué viene esto? ¿Traición institucional? —susurra.

No es solo una conspiración empresarial. Es un ataque al corazón de la confianza pública que representa el Instituto. Si el Mapa de Peligrosidad Sísmica se ha manipulado para favorecer el ladrillo, el IGN pierde su razón de ser.

El cuaderno de Valvanera reposa en su chaqueta como un arma sin disparar. Apaga las pantallas secundarias y deja una consola activa con enlace a un servidor espejo fuera de la red oficial. Conviene asegurarse si algo ocurre en el trayecto hacia el encuentro con esa tal Galilea.

Baja las escaleras de la estación. El aire exterior de azufre y mar le aturde los sentidos. Julián sabe que, al cruzar esa puerta, hace el papeleo a un lado ¿para ser detective de qué? «¿Para eso fueron tus años de carrera?», piensa. La Geodesia le dará la ubicación, pero solo Galilea le dará la historia que los mapas oficiales han decidido olvidar.

Arranca el todoterreno oficial del Instituto. El logo del IGN en la puerta parece brillar bajo la lluvia; un recordatorio de que su deber no es con los despachos gubernamentales, sino con la seguridad de cada ciudadano y con el buen nombre institucional. Mientras desciende por las curvas cerradas hacia el pueblo de las Medianías, Julián recuerda la última frase que le dijo el Dr. Valvanera antes de partir:

«Un mapa no es el territorio, Julián; el territorio es su gente».

Sin embargo, esa noche, el mapa miente de forma criminal.

El coche asciende por la carretera de las Medianías con un quejido de transmisión que protesta por el abandono del asfalto. Julián aprieta el volante. Los faros cortan la bruma. El logo del IGN en el capó se ensucia de barro rojizo; pierde esa pulcritud de oficina ministerial que tanto irrita en este lado de la isla.

El GPS marca el punto de encuentro: una antigua estación que el propio Valvanera insistió en mantener activa a pesar de que Madrid la consideraba prescindible. Para la central, es un punto más en una base de datos; para su mentor, era vital para la isla.

Julián detiene el motor. El silencio que sigue es físico, pesado e incómodo. Solo se oye a lo lejos, el rugido de la maquinaria pesada de Nadir Transnational, que trabaja a destajo bajo focos halógenos que violan la oscuridad. Una voz surge de la nada:

—¿Martínez?

Julián escucha su apellido con tono de intruso. Frente a él, una mujer de unos cuarenta años, bonita, pero de imagen ruda, viste chaqueta de lana áspera y pantalones *jeans* bastante desgastados. Lo observa con una mezcla de pocas expectativas y desafío. Es Galilea. Huele a romero y a humedad de una cueva de basalto. En realidad, parece tallada en basalto.

—Llegas tarde, técnico. Lamento el sucio en tu vehículo, no está... muy ¿cómo decirlo?... institucional. Vamos a entendernos de principios. Acá, la tierra no espera a que los de Madrid se terminen su café.

Julián baja del coche, ofrece la mano. Galilea se la deja extendida, sin estrechar.

Julián siente que sus botas de seguridad son demasiado nuevas para el terreno.

Saca la tableta del Instituto le limpia un poco el polvo inexistente. Abre una aplicación, busca una referencia, un asidero lógico.

—Supongo que eres Galilea —maniobra el dispositivo con parsimonia. No muestra afán— He visto el salto en la serie temporal. Eso significa que...

—Sé lo que es. ¿Por qué nos creen estúpidos los institucionales? Además, te dije que he estado con Don Barlovento.

—¿Barlovento? ¿Y ese quién es? ¿Dónde puedo hallarlo? El Dr. Valvanera lo menciona en sus notas.

Galilea lo mira con algo de asombro.

—¿Es que no te enteras de nada? Valvanera y Barlovento son la misma persona.

Ya veo que no eran tan cercanos.

Julián no responde; opta por el modo institucional. Dice:

—El sismógrafo de la Red Nacional dice que aquí no pasa nada, pero los datos en bruto dicen otra cosa —Julián calla y muestra la pantalla—. Alguien parece haber metido mano en el servidor de procesado. Un filtraje de información. No estoy seguro.

Galilea suelta una carcajada seca, sin rastro de humor.

—¿Datos? ¿servidor? Ven aquí, científico. Deja de mirar ese espejo de cristal y mira esto.

Lo guía varios metros más allá, hacia la base del vértice geodésico, apenas pisa Julián siente la inclinación. Su propiocepción nunca le falla. Retoma el equilibrio.

Galilea señala una grieta que nace en la base y se pierde entre los matorrales, ensanchándose hasta convertirse en una boca oscura.

—Esta grieta no existía hace algunos días. Tu maestro, Don Barlovento, decía que este vértice era el «ojo del IGN». Pues el ojo parece que se está rajando. Y mientras, los de la constructora dicen que el suelo es firme para sus cinco estrellas. Han echado a los pastores, han cerrado los pozos, se han llevado a nuestros muchachos y ahora intentan borrarlos a como dé lugar.

Julián se arrodilla. Saca el dispositivo láser del bolsillo y apunta al otro lado de la grieta. El valor oscila. La tierra vibra a una frecuencia que le atraviesa los huesos, entonces ¿por qué el sistema de alerta temprana parece dormido? Dice:

—Si esta falla se activa de golpe, el deslizamiento de ladera se llevará el pueblo por delante. ¿Por qué Valvanera no informó de esto oficialmente?

—¿Qué te crees? ¿Qué pasa con Don Barlovento? Lo hizo —Galilea se cruza de brazos—. Pero sus informes morían en su trayecto a la Península. Por eso empezó a escribir ese cuaderno que llevaba a todos lados. Él sabía que la única forma de salvar las Medianías era demostrando que el Barranco del Rugido

coincidía con una falla activa que el Mapa de Peligrosidad Sísmica ignoró por «falta de evidencia histórica». El dinero de Nadir Transnational, digamos que «gestionó» esa falta de evidencia.

Julián siente una náusea técnica. Entra en la base de datos de la red privada. Saca la libreta de Valvanera. Galilea parece no sorprenderse. El hombre busca registros del siglo XIX, compara con los bocetos que Valvanera dibujó. El patrón es aterrador: el epicentro del gran sismo de 1885 no coincide con los datos oficiales. La historia burocrática desplazó las coordenadas unos pocos kilómetros hacia el mar para «limpiar» el terreno edificable de la isla.

—Parece un falso positivo histórico —dice Julián, casi para sí mismo.

—Parece corrupción.

—Han falseado la geografía para habilitar el suelo. Valvanera lo descubrió y luego desapareció.

—Bienvenido al pueblo, Julián. Dime algo que no sepa.

Dos arponazos de luces aparecen en la parte baja de la carretera. Dos todoterrenos negros, sin distintivos, suben a gran velocidad. No son coches del Instituto ni de la Guardia Civil.

—Son ellos —Galilea le pone una mano en el hombro; tiene dedos fuertes como raíces—. Sus «técnicos» vienen a terminar de recalibrar lo que tú has visto. Mejor te vas, Martínez. Tienes los datos, tienes el cuaderno. Vete a hacer lo tuyo. Don Barlovento decía que todo debía hacerse desde Madrid y subir esto a eso del Boletín Sísmico antes de que lo borren todo.

—¿Y tú? —Julián siente que el corazón le golpea las costillas, él no es un hombre de acción, solo es un tipo cualquiera.

—Yo me quedo aquí. Soy del territorio, y el territorio no se mueve tan fácil. Además, somos varios en el pueblo que sabemos qué hacer con los que vienen a molestar a deshora.

Julián duda. Mira el logo del Instituto Geográfico Nacional en su coche. La lealtad institucional arde en sus entrañas. ¿Para qué sirven los años de carrera y los másteres en geofísica si va a huir como un cobarde? Pero Galilea tiene razón: si lo atrapan a él, el legado de Valvanera corre el riesgo de morir en una cuneta.

—Escúchame bien, técnico de Madrid —Galilea lo agarra de la solapa de la chaqueta—. No lo hagas solo por el prestigio de tu despacho. Hazlo por el nombre de Don Barlovento y por la gente que duerme ahí abajo sin saber que tiene el infierno bajo sus casas. Redibuja el mapa, Martínez. Haz que la verdad sea oficial.

—No conoces de nada al Instituto. Te estás dejando llevar por lo que crees que pasa.

—Demuéstralo. Saca a Nadir de nuestras vidas.

Julián asiente. Sube al coche, mete la primera y siente cómo los neumáticos patinan sobre el terreno. A través del retrovisor, ve a Galilea plantar cara a los todoterrenos negros, una figura diminuta pero inquebrantable frente a la prepotencia del acero y el dinero.

Mientras baja hacia el puerto para coger el primer ferry, Julián abre el corporativo del instituto. Empieza a redactar un mensaje directo al director, sabe que está saltándose la cadena de mando. Sabe que, si se equivoca, su carrera termina esa misma noche. Pero las trazas de café en el cuaderno de Valvanera parecen quemarle la conciencia, escribe: *«Asunto: Anomalía crítica en Red ERGNSS - Zona Medianías. Evidencia de manipulación de datos en el servidor central. Procedo a envío de respaldo en bruto. El mapa miente, director. El territorio y su gente, no»*.

Aprieta enviar justo cuando entra en un área sin cobertura. Está fuera del radar.

Sabe que debe decidir entre ser un burócrata o ser el cartógrafo de una verdad que nadie quiere ver.

Madrid recibe a Julián con la bofetada de su aire seco y el ruido de tráfico. Ni rastro de lluvia horizontal. El edificio del Instituto Geográfico Nacional se alza con una sobriedad que le resulta amenazante. Cruza el control de seguridad. El arco detecta algo. Julián saca las llaves, el móvil y, con un gesto protector, el cuaderno de hule negro. El vigilante apenas lo mira. Para el escáner, el legado de Valvanera es celulosa muerta.

Sube a la tercera planta. El silencio de los pasillos es distinto al de la estación de El Hierro; huele a cera de pisos y burocracia de alto nivel. Julián lleva la misma camisa de ayer. Desentona con la pulcritud del mármol. Pero, ¿quién piensa en el guardarropa cuando la vida de un pueblo peligra? Hoy, se siente un intruso en el Instituto que ha sido parte de su vida... un geólogo con las uñas sucias de la pura verdad en el templo de representaciones ideales. Escucha:

—Julián, ¿qué haces aquí? Tenías permiso hasta el lunes. —Es Claudio.

Claudio es un hombre de gestos medidos y corbatas perfectas. Es un entrometido vinculado a intereses políticos empresariales que hace las veces de apoyo institucional. Un injerto partidocrático. Nadie lo quiere en el IGN, medianamente lo soportan. Es la cara de los convenios con grandes empresas. Obviamente sus botas no están llenas de barro y, frente a frente, ambos hombres parecen antagónicos.

—He enviado un informe anoche, Claudio. ¿Lo has leído? —Julián no se detiene.

Camina hacia su puesto.

—¿El de las Medianías? Errores de calibración, Julián. ¿Sabías que Nadir anda en excavaciones? Ya hemos enviado una nota de aclaración a la constructora. No queremos alarmas innecesarias.

El tono de Claudio es paternalista; sus ojos no sonríen, pero para Julián cada frase suena a perfume burocrático. Julián se sienta. Sus manos tiemblan ligeramente sobre el teclado. Teclea su clave de acceso al servidor de procesado de la Red Sísmica Nacional.

—No es ruido, Claudio. Alguien ha borrado los registros de nivelación que el Dr. Valvanera subió antes de su «desaparición».

—Valvanera estaba obsesionado, Julián. Su desaparición es una tragedia que nos duele a todos —su tono es fríamente institucional—, pero no busques fantasmas donde solo hay geología antigua. Los mapas de peligrosidad son claros.

—Los mapas mienten si alguien los obliga. —Julián gira la silla—. Valvanera descubrió que el epicentro del sismo de 1885 fue desplazado en la base de datos histórica. Diez kilómetros de diferencia. Lo justo para dejar la costa de las Medianías fuera de la zona de exclusión.

Claudio se tensa. Se acerca un poco más, invade el espacio personal de Julián.

Parece preocupado, pero lo disimula con un dejo de suspicacia.

—Cuidado con lo que sugieres. Estás cuestionando el prestigio de nuestra casa. El Mapa de Peligrosidad Sísmica de España es ley. No se cambia por un cuaderno de notas y una intuición de campo.

—Tienes razón. Se cambia por la verdad —responde Julián—. Vayamos más allá de la verdad de hormigón, Claudio.

Claudio se aleja, saca el móvil. Julián sabe que el tiempo se acaba. En cuanto Claudio haga esa llamada, su acceso al sistema será revocado. Entra en la base de datos y cruza la información con la cartografía actual. Es un trabajo de artesano, de detective de píxeles. Encuentra lo que busca. Una alineación de sombras que los algoritmos modernos ignoran como «accidentes del terreno», pero que bajo el ojo de la tecnología antigua de Valvanera revelan una escarpa de falla perfecta.

Valvanera tenía razón. El «Barranco del Rugido» de Galilea es una herida abierta que atraviesa el corazón del nuevo proyecto urbanístico.

Julián abre el protocolo de publicación del Boletín Sísmico, la herramienta más sagrada del Instituto. Una vez que un dato se publica allí, se convierte en registro oficial del Estado. Nadie puede borrarlo sin dejar un rastro legal. Escribe: «Usuario: J. MARTÍNEZ. Acción: Actualización de catálogo sísmico histórico. Localización: Medianías, Canarias».

—Apaga eso, Julián. —La voz de Claudio se acompaña de dos hombres de seguridad en la puerta del pasillo. Los hombres esperan en el umbral de la puerta, Claudio aparenta calma, no hay giro de instrucciones, los fortachones dudan.

—No —Julián arrastra los archivos de respaldo que guardó en el servidor espejo—. La Geodesia no entiende de convenios urbanísticos, Claudio. El territorio es el que es.

El cursor parpadea: «Confirmar publicación: SÍ/NO». Julián piensa en Galilea, plantada frente a los todoterrenos negros. Piensa en Don Barlovento, cuya firma académica le exige no apartar la vista, hacer a un lado su carácter dubitativo. Si pulsa «Sí», salva el pueblo, aunque quizá entierra su carrera. ¿Será un paria del sistema que juró proteger?

Claudio avanza hacia él.

—Piensa en la institución, Julián. No nos obligues a...

—Piensa en la seguridad de la gente. —Julián pulsa la tecla Enter, Claudio lo escucha como un disparo.

Un silencio eléctrico recorre la oficina. En la pantalla aparece el mensaje: «Datos enviados al servidor de difusión pública. Revisión automática superada». El mapa de España acaba de cambiar sutilmente en la grafía, pero es un gran foco en la vida de un pueblo, casi sin nombre, que se ha ganado el derecho a seguir existiendo.

Una pequeña mancha roja, una zona de alta peligrosidad, ha aparecido donde antes solo había el vacío legal de Nadir Transnational.

Claudio se detiene. Su rostro es una máscara de incredulidad y burocracia contenida.

—¿Has acabado, Martínez? Seguridad, escolten al señor fuera del edificio. Su acreditación queda suspendida permanentemente.

Julián se levanta. No opone resistencia. Coge el cuaderno de Valvanera y se lo mete en la chaqueta. Camina hacia la salida entre los guardias, pero no baja la cabeza.

Al pasar junto al gran mapa del vestíbulo, se detiene un segundo. Siente una paz extraña, lo interpreta como calidez.

Al salir a la calle General Ibáñez de Ibero, el sol de Madrid le ciega. Saca el móvil.

Tiene un mensaje de un número desconocido. No hay texto, solo una foto: una pequeña flor de romero depositada sobre la grieta de las Medianías. Julián sonríe por primera vez en días. Un burócrata lo ha expulsado, pero él ha salvado la institución. El dato es libre. Ahora empieza la verdadera caza.

Se encamina hacia el metro. Sabe que Nadir Transnational no se quedará de brazos cruzados. Sabe que Claudio tendrá que dar explicaciones a gente muy poderosa.

Pero mientras baja las escaleras hacia la oscuridad del suburbano, Julián se siente, por fin, un cartógrafo de la realidad.

Sin embargo, en pocas horas el eco del «Enter» resuena en los servidores de la calle General Ibáñez de Ibero cuando la realidad física empieza a imponerse sobre la burocracia. El Boletín Sísmico se convierte en el documento más citado del país.

La mancha roja en las Medianías de Canarias pasa a ser un muro legal infranqueable... un escudo local.

Julián camina por la Gran Vía con el móvil ardiendo en el bolsillo de su chaqueta.

Las noticias vuelan. La Fiscalía de Medio Ambiente ha abierto una investigación de oficio tras la actualización del Mapa de Peligrosidad. Lo que un burócrata intentó sepultar como «error de calibración», el Instituto lo asume con quirúrgica transparencia institucional. El Director General del IGN, en una rueda de prensa de urgencia, valida el dato de Julián; lo convierte en una bandera de integridad pública.

Su declaración reza frente a la marea de micrófonos:

—El Instituto Geográfico Nacional es el ojo de la seguridad nacional sobre el territorio. Si la tierra se mueve, el Estado responde.

Julián lee el titular, sonríe. El peso del cuaderno de hule negro ya no le oprime el costado. Siente que Bernabé ha recuperado su nombre oficial. Recibe una llamada.

—Ingeniero Martínez —una voz femenina se identifica— ¿Puede venir al Instituto?

Julián no se hace esperar. Acude al llamado. Una mujer joven, con el carné de técnica del Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG) colgando del cuello, le espera en la boca del metro de Guzmán El Bueno. Sabe su recorrido y es la cara amable que intenta limar cualquier aspereza.

—El director quiere verle, pero no en su despacho, sino en la Sala de Situación. Se han revocado todas las suspensiones. Claudio Izquierdo ha sido apartado y se le investiga por presunta manipulación de registros públicos. Entre nosotros, estamos agradecidos que nos lo haya sacado del organigrama, del baile al que nunca fue invitado.

Julián asiente con profunda calma. Al regresar a la sede, el ambiente es eléctrico.

Ya no es un intruso de uñas sucias; el mármol en sus botas consigue asidero. Se alegra de ver a todos cumplir el papel vital de la institucionalidad. En la Sala de Situación, las pantallas muestran un despliegue sin precedentes: equipos de la Red Sísmica Nacional volando hacia Canarias con nuevos sensores de banda ancha, y técnicos reconfigurando la red de estaciones para vigilar cada milímetro de la falla de las Medianías.

—¿Julián Martínez? —le dice el director, estrechando su mano con firmeza—. ¿No te pareció llamarnos antes a una reunión? Afortunadamente te salió bien la gracia. Te agradecemos la gracia. Ahora, ¿qué te parece terminar el trabajo? Vuelve a la isla. Coordina la campaña de campo. Estamos de emergencia, la situación en el Rugido es delicada. Por eso nos estamos saltando los protocolos contigo. En concreto: el IGN va a declarar esa zona como Área Especial de Vigilancia Geofísica.

Y Nadir Transnational retira sus máquinas por las buenas o las malas.

Después de una breve conversación. Julián abandona el bloque de hormigón de la sede central con el cuerpo encendido por una adrenalina que empieza a transformarse en frío. Se detiene un instante frente al edificio de la calle General Ibáñez de Ibero, ignorando el flujo de madrileños que esquivan su figura estática.

Respira el aire de la capital, un aire que ya no le sabe a derrota. Hace apenas unas horas era un paria, un técnico proscrito con la acreditación suspendida; ahora, el peso del cuaderno de Valvanera en su bolsillo se siente como un testamento validado. Siente una punzada de vértigo: la institución le ha entregado los mandos de la verdad. No vuelve a Canarias para recuperar un sueldo; vuelve para terminar de excavar el silencio que enterró a Don Barlovento. El miedo al despido ha muerto.

El regreso a Canarias es distinto. Julián viaja en vuelo oficial, rodeado de cajas con el logo del Instituto que contienen instrumentos de precisión y estaciones sísmicas portátiles. Al aterrizar en el archipiélago, el aire de salitre le recibe como se reciben los viejos amigos.

Horas después, conduce el todoterreno blanco, impoluto y cargado de tecnología de punta. Va al encuentro con Galilea. Allí, junto a la grieta, le espera ella. No le trae una medalla. Lleva una pala y un termo de café que huele a verdad.

—Has redibujado el mapa, técnico —dice ella, y le estrecha la mano. Sus dedos siguen siendo fuertes, pero su mirada ha perdido el filo del escepticismo—. Don Barlovento estaría orgulloso. El proyecto del hotel es ahora un proyecto de centro de investigación vulcanológica. Hemos logrado que las becas de nuestros muchachos sean para estudiar vulcanología, sismología y todas esas cosas que salvan pueblos olvidados de Dios. Nadir se ha intentado limpiar las manos creando el Programa de Becas «Dr. Bernabé Valvanera». Parece un chiste.

Julián mira el horizonte. El sol se pone sobre el Atlántico. Pasan la tarde instalando la nueva estación. Julián le explica a Galilea cómo los datos viajarán por satélite hasta Madrid, garantizando que nadie pueda volver a «perder» un informe. La sismología y la geografía humana hablan un mismo idioma... bailan al mismo son.

Sin embargo, esa noche, Julián bebe su café mientras revisa unos informes. Lee un portal de noticias. Un titular pequeño, casi imperceptible, muestra un mapa de la Península. En una zona cerca de la falla de Alhama de Murcia, se habla de un patrón de compras de terrenos inusual. Sabe que se repite lo de las Medianías. El *modus operandi* muta de coordenadas: presiones para deshabitar un pueblo pequeño, informes de peligrosidad sísmica que se vuelven «borrosos» y promesas de turismo de lujo sobre suelos que la red de vigilancia sísmica marca en rojo intenso.

Julián cierra la tableta. La victoria en las islas es real, pero el mapa de la codicia resulta ser infinito. Toma el teléfono; una voz femenina responde:

—¿Qué pasa? —pregunta Galilea.

—Pasa que la codicia nunca deja de moverse, Galilea —dice mirando por la ventana hacia el continente—. Y el Instituto tampoco puede dejar de mi-

rar. Mañana tengo que pedir un traslado temporal a Murcia. Me despido, por ahora.

Sale y camina hacia el borde del barranco. El logo del IGN en su chaqueta brilla bajo la luz de la luna canaria. Sabe que su vida de burócrata terminó antes de empezar. Ahora hereda la gesta de Don Barlovento; es un vigilante, un cartógrafo de lo invisible que persigue a los que intentan borrar la realidad con tinta de billete.

No parece haber final feliz: un pueblo está a salvo, su mentor reivindicado y la institución fortalecida. Pero mientras el sismógrafo a sus pies dibuja una línea constante, Julián sabe que, en algún lugar del mapa de España, alguien está intentando, otra vez, que la tierra mienta. Quiere estar allí para impedirlo.

La contadora de estrellas

Irene Aguado Álvarez-Palencia

La contadora de estrellas

Irene Aguado Álvarez-Palencia

Los cajones de madera están sellados y cubiertos de polvo, olvidados en los sótanos. Cuando abro el primero, con un crujido de goznes secos y astillas, el interior me devuelve una nube de polvo y el brillo de la linterna.

Dentro del cajón, mi reflejo se mezcla con los fragmentos del cielo nocturno contenido en placas fotográficas de vidrio. Bajo ellas, descansan los cuadernos, perfectamente apilados, una veintena de ellos, con unas iniciales grabadas en el lomo.

W.P.F.

1878 · Entre el cielo y el mar

En mitad de esta nada oscura, el cielo, a mis pies, tiembla y se estremece, vibra y se agita. Cuando doy un paso más, la oscuridad se extiende y las estrellas nos envuelven. Me pregunto cuándo hemos perdido el horizonte en medio del océano, cuándo lo hemos extraviado entre tanta huida.

Me acerco un poco más y, ahora que casi nos hemos quedado solos, descuelgo el cuerpo más allá de la borda, con las manos agarrotadas y el aire frío contra las mejillas. Avanzamos partiendo el cielo, abriendo un tajo en el falso firmamento, borrando las estrellas.

Él cree que no estamos escapando. Yo, si me esfuerzo lo suficiente, consigo olvidar que más allá de esta inmensidad que nos envuelve hay una nueva tierra esperándonos. Pienso en mi hogar, en mis hermanas contra el campo verde, en mi aula pequeña y repleta de niños a los que no volverá a ver, en mi madre llorando el día de mi boda. Me asfixio y agradezco el aire helado en la cara, que hace rato que el resto de pasajeros están durmiendo, que han desplegado las velas y los motores se apagan, que ahora puedo escuchar el océano bramando contra el casco del barco.

Me concentro en el cuerpo de James, caliente, pegado contra el mío, en su respiración tranquila, en su voz serena. Colgando de este instante somos solo nosotros dos y no dejamos a nadie atrás. Y me convence de que al otro lado hay algo mejor esperándonos. Me estrecha la mano y siento el corazón latir alocado, el pecho apretado contra el barco. Con la mirada perdida en la fina línea entre el cielo y el agua, dice que confía en el rumbo que lleva el capitán y que nos aleja de nuestra vida, que le gusta el arrullo de las olas en mar abierto, que Boston me va a encantar. James habla de nuevos comienzos, del olor de mi cuello, de formar una familia, de mi nuevo apellido.

Yo miro hacia arriba, al cielo despejado, porque al menos esas estrellas están quietas. Pienso en madre, al otro lado del océano, y en padre, al otro lado del cielo, y se me clava el anillo entre los dedos. No me tiembla la voz cuando le digo que en la escuela explicaba a los niños que, para llegar a su destino, los barcos siguen el rumbo de las estrellas.

1879 · Boston, Massachusetts

Se ha marchado y se lo ha llevado todo. Han pasado días y no he tenido noticias ni de él ni de sus disculpas.

Me pregunto qué cambió entre nosotros. Si he sido yo, si ha sido esta ciudad repleta de ruido, colmada de gente que no conozco. He imaginado que vuelve, en mitad de la noche, y que, sin una palabra, su lado de la cama vuelve a estar caliente. He pensado en si, en ese caso, sería yo quien se levantara de la cama y cerrase la puerta para siempre.

He escrito a mi hermana y le he suplicado que no cuente nada a madre. Le he pedido ayuda a padre, porque el único consuelo de los vivos es rogar a sus muertos. Me he arrepentido de marcharme, de la boda apresurada, de lo que siempre supe que era una huida. He añorado mi casa, mi escuela, a mis sobrinos.

Me he acordado de la violencia de las olas azotando el barco y me he mareado, avergonzada por las falsas promesas. Me he quitado el anillo.

Y mientras, la ciudad, inmensa, parece mofarse de mi ingenuidad. Boston devora todos mis intentos por sobrevivir. El nuevo mundo, las fábricas, las oportunidades, el humo, la prisa; una máquina que me da vueltas y me escupe. Un torbellino incansable, apretado alrededor del puerto, tan lejos de Dundee que duele.

Hoy en la escuela se han reído de mí. Los demás candidatos para el puesto eran hombres bien vestidos y a mí me rugían las tripas. *Profesora, una irlandesa*. Eso lo han dicho en voz alta. *Joven, sola*. Eso no, pero no ha hecho falta. No han importado mis años de experiencia ni las respuestas acertadas a sus preguntas intransigentes. Ni siquiera han accedido a hacerme una prueba.

Había rabia en mis puños y pena en mi voz al mascullar una despedida. Había vergüenza en sus ojos cuando me han dicho que buscan gente para trabajar en la fábrica.

El profesor más joven me ha acompañado a la puerta y al menos ha tenido el valor de mirarme a la cara para decirme que podía hacerme un favor y recomendarme para limpiar en la casa de un amigo. Ahora tengo las uñas clavadas en la palma de las manos, una dirección arrugada en un papel en el bolsillo del abrigo y un *gracias* amargo agarrado en el fondo de la garganta. He vuelto a ponerme el anillo.

1879 · Cambridge, Massachusetts

El Observatorio es imponente. Desde lo alto de la loma, las tres alas del edificio dominan el limpio horizonte de Cambridge. La cúpula del telescopio

se eleva por encima de las copas de los árboles, acariciando el cielo. Como una suerte de venganza, esta primavera la hiedra ha rebrotado, escala por las fachadas y ha comenzado a colarse por las ventanas, manteniendo el edificio anclado al suelo.

Desde el balcón del Observatorio, los prados de Cambridge se ven más verdes, los coches de caballos transitan Concord Avenue y pocos recorren el camino que lleva a la residencia del Director, en el ala norte del edificio. La casa se prolonga, se extiende y se convierte en Observatorio. En el cuerpo central, la cúpula se rompe para dejar paso al cielo. Abro las ventanas y respiro el aire limpio de la tarde. Los últimos rayos de sol entran, se reflejan en el enorme telescopio y me hipnotizan.

La residencia del Director es tan grande que mientras friego los suelos, me entretengo calculando cuántas familias del puerto podrían vivir en sus habitaciones. Pienso en escapar, mientras abrillanto los muebles y desempolvo las lámparas; cuando almidono los trajes y hago las camas, me imagino atravesando el ala norte y subiendo la escalera de caracol, con las faldas enredándose en las piernas, hasta el último piso. Pienso en llegar a la sala del telescopio y admirar la mesa de madera giratoria y los libros del Director. Rezo porque se haya olvidado algunos papeles, con esa letra suya tan apretada, para poder leerlos a hurtadillas.

A veces me quedo hasta que caen las primeras luces, más tarde de lo que debería. Espero a que oscurezca, no lo suficiente, y me asomo al telescopio, antes de que lleguen para hacer las mediciones. Permanezco de pie, en tensión, medio inclinada sobre el ocular, con los trapos en la mano y el corazón desbocado, terriblemente ciega pero con el oído atento a los crujidos de madera vieja de la escalera de caracol. Me sudan tanto las manos que los paños terminan empapados.

Y hoy, cuando llego, sobre la espléndida mesa de caoba oscura, con el olor a cielo y madera flotando en el aire, hay algo que no hubiera esperado en mis mejores plegarias. Sobre la mesa hay un mapa del cielo. Letras minúsculas y precisas rodean las estrellas con anotaciones e interrogaciones. El Director se pregunta por el alcance de las observaciones hechas hasta el momento. El señor Pickering se convirtió hace tres años en el director más joven del Observa-

torio de Harvard y en las notas al margen cuestiona la fiabilidad del sistema de representación estelar empleado hasta el momento.

Reconozco algunas constelaciones y leo sus nombres en voz baja, pasando los dedos despellejados por las finas líneas que unen los puntos entre las estrellas.

Debajo del planisferio hay un cristal con diminutos puntos desperdigados en él.

Por debajo, el anillo en mi mano brilla, me deslumbra y no me deja concentrarme en los puntos oscuros que atraviesan el vidrio. Se me clava, me estrangua y, si cierro los ojos, puedo oír el bramido del mar. Me da náuseas.

Tomo el cristal por los bordes, con cuidado, y lo levanto para ponerlo al trasluz de la ventana. Con los minúsculos puntos negros a la altura de la vista, entrecierro los ojos, intentando interpretar lo que tengo entre las manos. Apoyado contra el marco de la ventana, el Director me observa.

De pronto, siento el peso de su mirada afilada y mis mejillas ardiendo. Doy dos pasos atrás hasta chocar con la mesa de madera. Me he tapado la cara con la mano izquierda, que huele a lejía. Mantengo la mirada, culpable, al Director de Astronomía de Harvard, incapaz de dejar el cristal sobre la mesa, incapaz de pronunciar una disculpa.

—Señorita Fleming, ¿era usted profesora cuando vivía en Irlanda?

Sé que tengo la boca abierta pero, por alguna razón, no consigo que salga ningún sonido. Me esfuerzo por apretar los labios y apartar la mano de la cara. Asiento, despacio.

—Supongo que lo echa de menos. —Una cabeza que es mía se mueve, enérgica, descontrolada, como si me hubiera quedado muda. Trago saliva y siento el eco reverberando contra las paredes abovedadas. *Cómo no he podido escucharle llegar.* Me obligo a abrir la boca.

—Mucho. Mucho. —La voz me sale demasiado aguda—. Lo siento. Mucho, mucho, señor Pickering.

Mucho. Mucho. Me observa con los ojos entornados y la cabeza un poco girada.

Todavía apoyado en el umbral, parece analizar mis nervios y el temblor de mis manos. Me examina, de arriba a abajo, frunciendo el ceño, con los labios apretados. Cuando al fin da un paso adelante, ya me he despedido mentalmente de Harvard, del Director, de su mujer y de sus hijas y estoy de vuelta en la granja con mi madre.

—Señorita Fleming, ¿qué le han parecido mis anotaciones?

Parpadeo. Y puedo jurar que el eco del parpadeo me retumba en los oídos.

—Creo... que intenta optimizar el modo de representación celeste. Pensa-ba que el cielo se dibujaba. Pero esto es diferente. Esto... estas... No lo había visto antes.

—Soy físico, ¿sabe? Algunos compañeros no ven bien que un físico esté al mando del Observatorio Astronómico. Creen que un astrónomo debería ocupar este puesto —baja la voz mientras se acerca—. Alguien más cualificado, por supuesto. Pero yo opino que a veces, los problemas hay que enfocarlos desde otra perspectiva. ¿Conoce el método fotográfico?

Alarga la mano hasta alcanzar el cristal que he devuelto, cubierto de huellas, a su lugar encima de la mesa y lo pone a contraluz, justo en el espacio que queda entre los dos.

—¿Está utilizando fotografías para hacer mapas del cielo?

—Estamos innovando, señorita Fleming. Estamos aplicando los nuevos métodos de la física para llegar más allá en el conocimiento del universo. El futuro está en nuestras manos. Ahora, con estas placas, podemos ver más allá. —Aparta la mirada del cristal entre sus manos. Durante unos segundos,

me evalúa mientras fingimos que las estrellas no se mezclan con las huellas de mis dedos.

—Hay cientos de estrellas en esta placa. —Los puntos más grandes, de un negro profundo, apenas miden unos milímetros y su contorno se difumina, como si estuvieran en movimiento. Cuanto más tiempo miramos, más puntos grises aprecio, fundiéndose con el fondo de la imagen—. Todos esos cuerpos celestes en un mismo vistazo del cielo. Fijo para nosotros. ¿No es maravilloso?

—Mucho. —*Mucho*. Me muerdo los labios. Y me giro para buscar el planisferio, olvidado sobre la mesa. Lo coloco frente a nosotros, en paralelo a la placa. Los últimos rayos de sol se arrastran por el suelo de madera.

El Director se hunde los dedos de la mano izquierda en la barba, espesa y desordenada.

—Esta placa es un prototipo. Creo que podría sacar más estrellas, cientos de ellas en una misma placa. —Eleva una ceja y centra toda su atención en mí antes de preguntar—. ¿Cree que podría clasificarlas? Compararlas con las cartas astronómicas, diferenciarlas entre sí.

—Sí. Podríamos dividir el cielo en diferentes regiones y fotografiarlo por completo.

Podríamos ver el cielo nocturno a plena luz del día.

—Habría que limpiarlo, corregir las imperfecciones de las fotografías, pero tendríamos un mapa fiable del cosmos en nuestras manos.

Hemos dejado las estrellas encima de la mesa. Nosotros también estamos encima de la mesa. Con los codos apoyados en la madera y los dedos crispados sobre los apuntes del Director. No puedo evitar fijarme en que lleva la pajarita torcida.

—Puedo intentarlo. Tendremos que clasificar los datos que extraigamos.

Ahora es él quien asiente, frenético, movido por un impulso superior.

—Y podríamos ajustar el rango de exposición para ver estrellas más lejanas. Esta de aquí, ¿la ve? Anoche no podía verla con mis propios ojos, ni siquiera en una noche sin luna. Pero aquí está. ¡Y se ve tan claro! Y puede que nadie haya logrado identificarla hasta ahora.

—Es... es increíble.

El señor Pickering levanta la vista de sus apuntes. Parpadea rápidamente y parece volver en sí.

—Bueno, ya hemos hablado suficiente. Deje esos trapos.

Estoy mareada cuando le pregunto si estoy despedida. La cabeza me da vueltas cuando se rie contra el cuello de la camisa, con una risa baja, como un gruñido, y se coloca la pajarita.

—Está oscureciendo. Cierre las ventanas y siéntese a mi lado. Voy a enseñarle cómo funciona el telescopio.

1886 · Cambridge, Massachusetts

Contemplamos el cielo nocturno a plena luz del día.

Las estrellas, puntos negros y de un millón de grises brillan sobre fondo blanco. La luz de la mañana se cuela por la ventana, se refleja en el espejo y atraviesa la placa de cristal. El pedazo de cielo nocturno se llena de luz y las estrellas se vuelven más oscuras.

Si me inclino lo suficiente, mi reflejo me devuelve la mirada, tamizada por las estrellas de mi pedazo de cielo. Veo en mis ojos a mi hijo y pienso en él, al otro lado del océano, y parece más lejano que las estrellas y rezo para que siga vivo.

Edward Charles Pickering Fleming tiene siete años, vive con su abuela y sus tíos en Irlanda y me gustaría decir que lo echo de menos todos los días, pero lo cierto es que no siempre tengo tiempo de hacerlo. Hace cuatro años y

tres meses que no lo veo. Y me pregunto si él se acuerda de mí, si conservará esas fotografías que les envíe; una mía y otra de un pedazo de cielo especialmente hermoso, de $+90^\circ$ a $+30^\circ$. Pienso en si me guardará rencor por volver a cruzar el océano y dejarlo en la otra parte del mundo. A veces sueño con que vuelvo a por él, con que abandono esta vida y regreso al colegio de Dundee, a las praderas verdes, a la casa de mi infancia, a los brazos de mi madre que de pronto es abuela. Sueño con que vuelvo para abrazarlo, pero siempre siento que esa persona no soy yo. Y me odio porque esa vez, la decisión de huir sí fue mía.

Creo que lo que más me duele es saber que una parte de él siempre va a odiarme, puede que nunca llegue a saberlo del todo. Imagino si, cuando sea viejo, mirará al cielo con una mezcla de envidia y vergüenza, con unos celos viejos. Me pregunto si ahora, con siete años, me odia por no estar a su lado, en su día a día y en los malos momentos. Me odio por contar estrellas mientras él sufre, enferma y tiembla de fiebres. No soy una verdadera madre aquí mientras dejo que mi hijo se retuerza en la cama solo, entre sudores fríos, y es a su abuela a quien llama a gritos.

Me odio por estar sentada en esta habitación clasificando y comparando estrellas. Me odio por estar hipnotizada por las líneas de absorción, por estar atrapada observando el espectro de esta estrella que no está reflejada en los mapas celestes que tenemos hasta el momento. Me repugna que no cambiaría estar reduciendo estos datos, anotando *A, F, G, H* en una letra diminuta, precisa, frente a cada punto. Me arde el estómago mientras apunto en mi diario que tengo que revisar las agrupaciones con Antonia, porque sus estudios para la subclasificación de las estrellas basándonos en la nitidez de las líneas de las placas son muy importantes para depurar la catalogación de la señora Draper; pero más importante es saber si mi hijo sigue vivo.

Me odio por ser feliz mientras mi hijo está sufriendo. Me odio, sobre todo, porque en ningún momento pensé en volver a montarme en ese barco. Nunca consideré, realmente, volver a su lado. No me arrepiento de las decisiones que he tomado.

Me odio, porque en el fondo sé que no soy mejor que su padre.

Me costó tanto dejarlo todo y volver para mirar el cielo, cuando hay tantas cosas en la Tierra, que ahora no quiero renunciar. El sistema de catalogación funciona y vamos a publicarlo. Y el Director dice que mi nombre saldrá publicado en él.

Al menos tengo las estrellas al alcance de mis manos.

6 de febrero de 1888 · Cambridge, Massachusetts

La noche es tan oscura que, después de cenar, las chicas y yo vamos al Observatorio. Somos cinco mujeres investigando el universo en una noche sin luna.

Hemos empezado a estudiar una nueva porción del cielo y necesito toda la ayuda de las chicas para lograr los mejores encuadres posibles. Hacer las placas es solo la primera parte del trabajo. Después, identificamos las fotografías y las examinamos. Clasificamos las estrellas según su tipo espectral; observando sus espectros en las placas, realizamos las mediciones del brillo y las comparaciones sistemáticas. Siempre es necesario corregir las mediciones de los fotómetros, y reducirlas. Anotamos sus posiciones y magnitudes. Las revisiones y preparación de tablas y datos para la publicación nos lleva mucho tiempo, pero los resultados son fructíferos.

Por el momento, hemos encontrado decenas de nuevas estrellas variables y hemos clasificado y catalogado miles de estrellas y sus espectros, y Mary Anna Draper está muy orgullosa de los avances que hemos conseguido gracias a su donación. Pronto enviarán la prueba de impresión de la primera edición del Catálogo Índice con todos nuestros descubrimientos de estos últimos años. Ha sido un trabajo titánico y estamos muy emocionadas.

Durante las noches en el Observatorio, aprovechamos para ponernos al día. Las chicas me preguntan por Edward. Aunque a veces nos acompaña, hoy se ha quedado en casa. Digo que me preocupa lo mucho que come pero que me alegra que esté tan sano y fuerte. No digo que últimamente no pasamos mucho tiempo juntos. Sé que lo saben por el modo en que, de vez en cuando, se ofrecen para comprarme algo si van al mercado y liberarme de esa carga.

Es difícil encontrar tiempo para hacer las tareas diarias. He traído el *fudge* que preparó ayer Edward y lo compartimos mientras trabajamos.

Hace rato que Evelyn se ha ido al despacho del Director porque necesitamos su microscopio micrométrico. Cuando vuelve, aparece con las mejillas encendidas y las manos detrás del vestido.

—He encontrado algo. —La voz, aguda, cantarina.

Estoy numerando la placa B2312. La noche está tan despejada que las observaciones desde el telescopio de 8 pulgadas están siendo increíblemente claras.

—¿Qué es? —Antonia, curiosa, levanta la vista de los datos que está reduciendo.

—¿Qué traes? —Florence, de espaldas a la puerta, tiene que girarse por completo para mirar a Evelyn.

Sus voces se entrecruzan, pero he visto algo en la B2312 que ha llamado mi atención. Mientras ellas se apiñan alrededor de Evelyn, yo enciendo mi lámpara y acerco la placa al microscopio. Tengo que sentarme. La nube acapara toda mi atención. Me coloco las mangas del vestido para dejar las muñecas libres y aparto los cuadernos de mediciones.

—¿Dónde está mi lupa? —Levanto la mirada, pero las chicas revolotean alrededor de Evelyn, intentando ver qué esconde detrás de las faldas.

—A ver, ¿por qué tanta intriga, Eve? —Por el tono de su voz, Ida empieza a perder la paciencia.

Encuentro la lupa. Aprecio la vibración en la foto, el contraste de grises, la masa que he aprendido a identificar con ciertas nebulosas. *¿Es posible que no hubiésemos fotografiado esto antes?* Me llevo la mano a las perlas del cuello.

—¿Nos estás engañando? —Antonia finge decepcionarse.

Estoy segura de que puedo apreciar un cuerpo celeste, una gran nebulosidad que se extiende cerca de Zeta Orionis. Una nube de gas oscura, con una muesca semicircular. Levanto la vista para situar el pedazo de cielo en el mapa de referencia, colgado en la pared a mi izquierda. Pero Evelyn se ha colado en mi camino. No quiero frenar su entusiasmo. Tampoco sé de qué me está hablando.

—¿Mina? ¿Me oyes? Parece que ha llegado la prueba de impresión.

—¿El Catálogo Índice? —Parpadeo, saliendo de mi ensoñación.

—¿Es un paquete de John! Al fin vamos a ver tu nombre impreso.

Su entusiasmo se contagia por la sala de las computadoras. Me seco las palmas de las manos en la falda mientras me acerco.

—No sé si deberíamos... —Evelyn me extiende el paquete, pero todavía no me atrevo a recogerlo.

—También viene a tu nombre. —Es grueso y está envuelto en papel marrón. Es cierto que mi nombre aparece en el envoltorio—. ¿Crees que podemos... ?

Las chicas están impacientes. Se arremolinan a nuestro alrededor, en el estrecho espacio entre las mesas y los cuadernos. El Catálogo, todavía cubierto, me pesa en las manos. Evelyn me anima, con los ojos brillantes y el flequillo recién cortado despeinándole las cejas.

—Queremos verlo, Mina.

—Déjanos disfrutar de nuestro éxito. —Se miran unas a otras. Me recoloco los mechones de pelo que se han soltado del moño, respiro hondo.

—Lo justo es compartirlo. —Florence parece convencida.

Tienen razón. Mi nombre en el Índice nos representa a todas; lo que nos ha costado conseguir un lugar en la Universidad, con las amenazas constantes de que eso nos haría malas mujeres, pecadoras, estériles. Ese nombre significa que

no ha sido en vano el trabajo duro para demostrar que no somos menos que nadie, que también servimos para estudiar el cielo, la Tierra y aquello que nos propongamos, que nuestro lugar no está solo en nuestras casas o en las fábricas.

Veo en sus miradas el desafío a sus padres conservadores, a sus maridos reticentes, a sus amigas obedientes. Reconozco la resistencia por el miedo a las consecuencias, pero también la ilusión de los nuevos descubrimientos, el hambre de ambición. Veo las ganas de comerse el mundo, empezando por las estrellas.

Y me sonrojo cuando les doy la razón. Porque sé que con mi nombre se abre una ventana para todas. Un hueco que permite que nuestros nombres aparezcan en las portadas de los libros, de las publicaciones científicas, que nos da credibilidad a todas, que juntas podemos ocupar un puesto en las páginas de la historia.

Me tiembla la voz, y reconozco que vuelve mi acento irlandés, cuando doy un paso hacia ellas.

—Al diablo, vamos a abrirlo.

Pienso en lo contento que se va a poner Edward cuando se lo cuente. Espero que esté ya dormido, que no se haya quedado esperándome. Fantaseo con despertarlo cuando llegue. Puede que le lleve una de las placas hermosas que hemos conseguido fotografiar esta noche. Ocho años son pocos para entender lo grande que es este momento para su madre.

—Vamos, Mina, vamos.

Abro el envoltorio con cuidado, como quien desarropa a un niño. El tomo es impresionante. Encuadernado en cuero oscuro, con las páginas repletas de nuestras mediciones. Las chicas se acercan, contenemos la respiración.

Buscamos mi nombre, ávidas. En su lugar, aparece

*Edward C Pickering,
Director del Observatorio Astronómico
de la Universidad de Harvard.*

El catálogo no lleva mi nombre por ninguna parte.

He desaparecido completamente, me he desvanecido. Y conmigo, la autoría de todas nosotras. Esta noche no hace falta que despierte a Edward al llegar. Siento en el pecho cómo nuestro diminuto hueco en el mundo se hace un poco más pequeño.

12 de marzo de 1901 · Cambridge, Massachusetts

Hoy es otro día de trabajo intenso en el Observatorio. Desde las nueve de la mañana, en el Edificio Astrográfico del Observatorio, doce mujeres trabajamos codo con codo.

Las mesas están cubiertas con nuestros aparatos de medición, repletas de cuadernos, de anotaciones, de placas fotográficas clasificadas y ordenadas. El olor a madera, papel y tinta flota en la sala de las computadoras.

Annie trabaja con el nuevo sistema de clasificación, tan preciso que nos ha permitido avanzar mucho en este último año. En su placa, están anotadas *O*, *B*, *A*, *F*, *G*, *K*, *M*, la clasificación de las estrellas, según sus espectros, en diferentes colores. En la pared, el gráfico que, de negro a gris, permite que identifiquemos su temperatura superficial.

Annie trabaja identificando las Estrellas Australes de luminosidad variable. Estamos preparando la tabla con su clasificación y la tabla general de estrellas ordenadas por ascensión recta. Es un trabajo extremadamente exigente.

Me acerca la placa que está observando y me explica sus últimas conclusiones. Me siento a su lado, y es ella quien maneja la lupa y el fotómetro de cuña, porque sabe que mis dolores en la mano y el brazo no remiten.

A nuestro lado, Henrietta trabaja sobre las Cefeidas y mide sus períodos de pulsación. Creemos poder utilizar estas mediciones para determinar distancias cósmicas.

Yo continúo con el Catálogo Draper del Sur. El director y yo hemos decidido dividir el trabajo en cuatro zonas: de $+90^\circ$ a $+30^\circ$, de $+29^\circ$ a 0° , de -0° a -29° y de -30° a -90° . Me dedico a las mediciones de las placas fuera de foco para la clasificación general de espectros débiles del Nuevo Catálogo.

Pienso en que me preocupan las mediciones de variables del tipo Algol en placas tomadas con el aparato para estrellas variables. Le he confiado este trabajo a Evelyn porque sé que tiene la suficiente experiencia para hacerse cargo de ello.

Pienso en que Edward, en sus exámenes del MIT, en que tengo que ir al mercado antes de que termine el día. Pienso en si podré comprar algo de carne. Desde que Edward está en el Instituto tenemos demasiados gastos, y mi salario sigue siendo tan escaso que no sé cómo afrontar el año de clases que aún le queda a Edward.

Sé que debo hablar con el director.

Le encuentro sentado en su mesa redonda, con el pelo demasiado largo, alborotado, rizándose alrededor de las orejas.

Me acerco y siento que voy arrastrando las faldas cuando le digo que no puedo mantener un hogar con mi sueldo.

—Señorita Fleming, usted recibe un salario excelente para como están los salarios de las mujeres. —Dice, con las cejas en alto.

—Supongo que otras mujeres no tienen un hogar que mantener.

El director parpadea, y me fijo en que tiene los ojos demasiado juntos y los bolsillos cerrados.

—Bien sabe usted lo ajustados que están nuestros presupuestos...

El orgullo me hierve en el cuello y se me sube a las mejillas. Me doy la vuelta y me marchó, barriendo su despacho con el bajo de mis faldas.

Me siento tentada de rendirme y dejar que un hombre haga mi trabajo, que descubra lo que hago por 1500 dólares al año en comparación con los 2500 que gana un hombre en mi puesto. ¿Acaso no piensa en que tengo un hogar que mantener, y una familia que cuidar, igual que los hombres?*

Vuelvo al trabajo. Sobre la mesa, entre mis revisiones de la tercera y cuarta parte del Volumen XLV, la fotografía que nos tomamos en la World's Columbian Exposition y las cartas de Londres que debo responder, casi pasa desapercibida la nueva edición del Catálogo Draper.

En la primera página aparece mi nombre.

.

Williamina Paton Fleming (1857-1911) fue astrónoma e investigadora en la Universidad de Harvard. Consiguió ver su nombre impreso en la décima edición del Catálogo Draper; su legado a la astronomía y su autoría reconocida. En 1898, la Universidad de Harvard la nombró la primera Curadora de Fotografías Astronómicas del Observatorio. En 1906, la Real Sociedad Astronómica Británica la eligió miembro honoraria. Meses antes de su muerte recibió la medalla de oro de la Sociedad Astronómica de México. Williamina Fleming fue la primera mujer con un cargo en Harvard y sus pasos abrieron el camino para otras grandes astrónomas.

Annie Jump Cannon (1863-1941) desarrolló el método de clasificación estelar contemporáneo. Tras la muerte de Williamina Fleming, fue nombrada Curadora de Fotografías Astronómicas. Consiguió un puesto permanente como Astrónoma en Harvard en 1938.

Henrietta Swan Leavitt (1868-1921) estudió las estrellas variables de tipo Cefeida en las Nubes de Magallanes. Descubrió que existe una relación entre la luminosidad de una estrella y su período de variabilidad. Lo que hoy conocemos como la Ley de Leavitt permite medir distancias en el espacio.

Todas estas mujeres que trabajaron en el Observatorio de Harvard eran mano de obra barata. Cobraban la mitad del salario que hubieran pagado a un hombre que desempeñara las mismas tareas.

En 2005, Lindsay Smith Zrull desenterró unas cajas en los sótanos de la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachusetts. Contenían miles de placas realizadas y estudiadas por el equipo de computadoras de Williamina Fleming y sus diarios que, durante casi un siglo quedaron en el olvido.

Ahora, la iniciativa PHAEDRA trata de recuperarlos y digitalizar estos archivos.

Algunos de ellos pueden consultarse en su página web.

Esta es la historia de todas estas mujeres. Y esta vez sí son las protagonistas.

**textualmente en el diario original de Williamina Fleming.*

El meridiano enterrado

José Luis Gavira García

El meridiano enterrado

José Luis Gavira García

El calor ascendía desde las marismas, emborronando la desembocadura del río Iro hasta volverla un espejismo de barro. Tomás detuvo el avance tirando del ronzal de esparto, provocando que la mula frenara en seco con un resoplido ronco. El animal estaba cubierto por una costra calcárea, una mezcla de polvo blanco y sudor seco que le agrietaba los ijares. Llevaban casi cuatro horas de ascensión sistemática por la ladera descarnada del Cerro del Castillo, buscando la cota máxima exigida por la planimetría de gabinete.

Tomás se pasó el reverso de la mano por la frente. La correa de lona del trípode había desgastado la sarga de su guerrera hasta dejarle una quemadura por fricción sobre la clavícula. A sus cincuenta y dos años, el uniforme del Instituto Geográfico le resultaba más agobiante que el peso del teodolito de repetición Troughton & Simms que descansaba, desmontado en tres piezas y envuelto en terciopelo negro, dentro de la caja de caoba amarrada al lomo de la mula.

—Faltan cincuenta pasos hasta el promontorio, don Tomás —indicó Elías. La voz del auxiliar, un peón contratado en Medina Sidonia al inicio de la campaña, carecía del desgaste crónico que otorga una década midiendo la península.

Elías aún miraba los instrumentos de latón como si fueran reliquias, con esa fe ciega de los que creen que los mapas duran para siempre.

—Nunca te puedes fiar de lo que vean tus ojos en la caliza, muchacho. Aquí un mal paso te manda al fondo del cerro antes de que puedas nivelar el trípode. Asegura las cinchas traseras. Si el círculo acimutal sufre un golpe contra una roca y pierde la graduación, el general Ibáñez de Ibero en persona nos enviará a levantar batimetrías a las Marianas. Y allí el agua está demasiado caliente.

El joven obedeció, tensando el cuero endurecido, comprobando que las pesadas miras de nivelación, los sacos de cemento y las garrafas de agua no hubieran modificado su centro de gravedad. El año era 1882. Las órdenes emitidas desde la Dirección General en Madrid no dejaban margen de maniobra: establecer la red geodésica de primer orden en la provincia de Cádiz, cerrando el cuadrilátero fundamental entre el vértice de aquel cerro, las señales de Sancti Petri en la costa occidental y la torre de Medina Sidonia hacia el interior continental.

Alcanzaron la cumbre rebasado el mediodía, cuando el sol caía a plomo borrando las sombras. La brisa sostenida del océano Atlántico mitigó ligeramente el sofoco, evaporando el sudor de sus rostros y dejando una fina pátina de salitre sobre la piel. Desde aquella elevación, a escasos setenta metros sobre el nivel del mar, la geografía se desplegaba con una crudeza espectacular, exhibiendo la geometría imperfecta que Tomás llevaba treinta años intentando doblar a base de triángulos.

Hacia el oeste, una bruma espesa desdibujaba la línea exacta donde el Atlántico engullía la costa de la bahía. Allí, apenas visible bajo el velo de calima, aguardaba la estructura neoclásica del Real Instituto y Observatorio de la Armada en San Fernando. Observó la lejanía con el ceño fruncido, escupiendo un resto de polvo seco.

San Fernando. El viejo meridiano de los marinos. Una reliquia naval, sólida y prestigiosa, contra la que el Instituto en Madrid libraba una guerra sorda de despachos, circulares y cartografía oficial. Desde los tiempos de Jorge Juan, las cartas de marear se regían por los relojes de aquel observatorio gaditano, ignorando el meridiano de Madrid que ahora se pretendía imponer para la medición estandarizada del relieve interior. El trabajo de Tomás, sin embargo, no entendía de fricciones ministeriales ni de vanidades académicas. Su oficio

se reducía a grados, minutos, segundos y fracciones de segundo. Se reducía a la gravedad terrestre tirando de un cono de plomo macizo hacia el centro exacto del planeta.

—Descarga las piquetas, las estacas de hierro y la pala de trinchera —ordenó, sacando del bolsillo superior de su guerrera un cuaderno de campo encuadernado en hule negro—. Tenemos que cavar un foso de ochenta centímetros de profundidad para cimentar el pilar de observación. El bloque de hormigón debe apoyar directamente sobre la roca madre. El centrado forzado del instrumento no admite asentamientos. Si la base cede un milímetro durante las lluvias de invierno, el error de colimación se propagará por toda la red andaluza hasta distorsionar las mediciones de los Pirineos.

Elías desenganchó la pala y comenzó a despejar la capa superficial de maleza rala, raíces secas y fragmentos de piedra suelta en la coronación exacta del cerro. El golpe metálico y seco del acero contra la tierra endurecida marcó el inicio del procedimiento operativo.

A pocos metros, Tomás liberó los cierres de bronce de la caja de caoba. El olor concentrado a aceite de linaza, grasa de rodamientos y metal pulido le tranquilizó el pulso de inmediato. Extrajo la pesada base nivelante del teodolito, sosteniéndola con ambas manos, y la apoyó provisionalmente sobre una losa caliza plana. Sus dedos, gruesos, agrietados por el sol, pero dotados de una memoria motriz milimétrica, comenzaron a girar de forma simultánea los tres tornillos calantes. Observó la pequeña burbuja esférica del nivel de aire aprisionada bajo el cristal. Giró el tornillo izquierdo un cuarto de vuelta hacia adentro; la burbuja tembló, osciló atrapada en el líquido y se deslizó con lentitud hasta anclarse en el círculo central pintado de rojo.

La primera y más humilde de las victorias contra el caos geológico de la naturaleza. La horizontalidad absoluta.

—La tierra está muy compactada aquí arriba, don Tomás —se quejó el auxiliar a sus espaldas, deteniendo el ritmo de las paladas—. Hay mucha piedra machacada, grava mezclada con arcilla muy prieta. No parece suelo natural. Cuesta meter el filo.

—Usa el pico grande. Necesitamos cimentación profunda. El frío contrae el material y levantará el bloque si lo dejas superficial. No quiero excusas de peón agrícola, muchacho.

Elías clavó la pala en un montículo de tierra, se escupió en las palmas de las manos para mejorar el agarre y empuñó el pico pesado. Levantó la herramienta por encima de su hombro, tensando los músculos de la espalda, y la dejó caer con la inercia de todo su peso.

El impacto no produjo el repique vibrante y agudo característico del acero contra la roca viva calcárea. Fue un chasquido sordo, denso y profundo. El sonido inconfundible de algo hueco, una estructura artificial que cedía violentamente ante la fuerza bruta.

—¡Alto ahí! —ladró Tomás, girándose sobre sus talones por puro instinto, dejando el teodolito a medio ensamblar.

El auxiliar se quedó petrificado, con el pico a medio alzar para asestar el segundo golpe, los ojos fijos en la zanja abierta. Tomás caminó rápidamente hacia el foso, que apenas alcanzaba los treinta centímetros de excavación. Se arrodilló al borde, manchando la lona áspera de sus rodilleras con el polvo amarillento, e introdujo las manos sin dudarlo, apartando los terrones sueltos y la tierra fragmentada.

Allí, violentamente fracturada por la punta del pico y encajada en un estrato de arcilla prensada, asomaba una esquirla cóncava del tamaño de un plato de postre. El hombre la extrajo con cuidado, frotando la superficie con el pulgar para liberar los restos de sedimento seco. La esquirla no pertenecía a la geología del cerro. Era un trozo macizo de cerámica cocida, cubierto por un engobe rojo penetrante, pulido hasta alcanzar un grado de brillo que el enterramiento bajo toneladas de tierra durante incontables siglos no había logrado corroer.

El veterano topógrafo giró la pieza bajo la luz perpendicular del sol. El borde perfectamente curvo y regular insinuaba el labio de un ánfora de dimensiones colosales, o quizá un cuenco ritual empleado para ofrendas líquidas.

—¿Qué diablos es eso, jefe? ¿Un lebrillo roto de pastores? —preguntó Elías, soltando el mango del pico y agachándose junto a él, limpiándose el sudor de las cejas.

No respondió de inmediato. Durante sus extensas campañas cartografiando los llanos de La Mancha, las dehesas de Extremadura y los valles del norte, había desenterrado con sus propias botas casquillos de mosquetes franceses, herraduras oxidadas, vasijas moriscas vulgares y monedas de vellón. Conocía la basura que la historia reciente dejaba a su paso. Pero la textura que sostenía en las manos, la inusual densidad del barro depurado, ese rojo apagado pero vivo, como sangre coagulada bajo una uña, pertenecía a una era que escapaba a su comprensión técnica.

Introdujo la hoja ancha de su cuchillo de monte en la pared del foso, raspando la arcilla con movimientos laterales calculados. Por debajo del nivel donde había aparecido la cerámica, la tierra comenzó a desgranarse para revelar una alineación antinatural. Eran piedras de gran formato, talladas de forma tosca pero innegablemente geométrica, encajadas unas sobre otras sin utilizar un solo gramo de argamasa. Eran sillares superpuestos. La porción de un muro ciego y ciclópeo sepultado en las entrañas mismas del cerro, durmiendo un sueño geológico.

—Esto no es obra de pastores, Elías —murmuró, con la voz rasposa por la falta de agua—. Estos bloques de piedra superan los cien kilos cada uno. Siguen una línea de defensa. Es una caserna. Una estructura militar antigua. Muy antigua.

Se levantó con lentitud, sintiendo el crujido de sus propias vértebras, y apretó el fragmento de engobe rojo en el puño cerrado. Caminó hasta el borde occidental de la meseta y miró de nuevo hacia la bahía, hacia la lejana línea de la costa donde el islote solitario de Sancti Petri guardaba las bases sumergidas del legendario templo de Hércules Gaditano.

A Tomás le vinieron a la mente las frías noches de invierno en los archivos de la Dirección General de Madrid, cuando repasaba los textos fragmentarios de Estrabón, Plinio el Viejo y Pomponio Mela a la luz mortecina de las lámparas de gas. Hablaban de los navegantes venidos de Tiro, de los fundadores fe-

nicios de la ciudad de Gadir, de hombres de piel oscura y barbas afiladas que habían cruzado el Mediterráneo buscando monopolizar las rutas del estaño, el cobre y la plata ibérica mucho antes de que Roma supiera construir un acueducto, milenios antes de que Carlos Ibáñez de Ibero diseñara su famosa regla bimetálica para medir distancias sobre un elipsoide teórico. Aquellos primeros marinos habían remontado el cauce navegable del río Iro.

Habían escalado ese mismo cerro exacto. Habían mirado la misma espesura de la bruma sobre el Atlántico para vigilar la llegada de flotas enemigas. Habían construido sus muros ciclópeos de caliza para defenderse de la inmensidad y el miedo, fundando allí una nueva Gadeira. Habían buscado un punto elevado y dominante guiados por el mismísimo instinto primario de supervivencia y control espacial que ahora llevaba al Instituto Geográfico Nacional a plantar allí su sofisticada óptica de precisión.

Tomás sintió un vértigo repentino que nada tenía que ver con la pendiente de la caída ni con el calor asfixiante del mediodía gaditano. Comprendió de golpe la tremenda soberbia de su propia disciplina. Durante más de treinta años había creído firmemente que la labor de la cartografía era el dominio absoluto y final sobre el territorio. Que al reducir los sistemas montañosos a curvas de nivel y altitudes ortométricas grabadas con ácido sobre planchas de cobre, estaba domesticando el paisaje. Pero el mapa, aquel Mapa Topográfico Nacional a escala 1:50 000 que debía cohesionar el Estado, era apenas la piel muerta del mundo. Una membrana bidimensional proyectada sobre un abismo insondable de memoria humana estratificada.

Habían subido a la cumbre del cerro con la exclusiva misión de medir el espacio, de fijar la dimensión plana, y un solo golpe de pico acababa de perforar el pozo del tiempo. El vértice geodésico que iban a construir no era un triunfo de la modernidad técnica; era la repetición inconsciente de un rito humano de ocupación territorial con miles de años de antigüedad.

—Don Tomás... —insistió el chico, frotándose las manos manchadas de tierra amarillenta—. ¿Seguimos picando la zanja para el pilar? Nos quedan cincuenta centímetros para llegar a la roca firme.

Se quedó evaluando fríamente las variables del problema. La orden ministerial, sellada y fechada en la capital, no contemplaba desviaciones de presupuesto ni retrasos poéticos por el descubrimiento accidental de ruinas paganas. Cada día de retraso en la campaña de observación consumía jornales, raciones de campaña y la escasa paciencia de los burócratas del Ministerio de Fomento. La red debía quedar cerrada antes de noviembre. El futuro desarrollo de las infraestructuras de la nación dependía críticamente de que aquel cilindro de hormigón quedara anclado de forma perpetua exactamente en las coordenadas X e Y que equilibraban la red de triangulación.

Y para hacer espacio al pilar macizo, tendría que ordenar a Elías que destrozara a pico los sillares fenicios milenarios, reduciendo a escombros el origen mismo del urbanismo en la bahía de Cádiz, borrando la huella de los primeros hombres que entendieron el valor táctico de aquel lugar.

—Amplía la excavación un metro hacia el norte —ordenó finalmente, señalando con la bota una zona de tierra virgen, alejándose de la vertical exacta de la cumbre matemática—. Abriremos el pozo allí. No romperemos ni un solo bloque de esa estructura de piedra. Cerraremos la zanja antigua con cuidado y haremos el encofrado del pilar nuevo a su lado. El bloque se apoyará en la roca madre sin rozar la muralla.

—Pero, don Tomás, el cálculo de las visuales de la red... —protestó Elías, alarmado por la herejía técnica que su superior proponía—. El vértice geodésico principal debería ir clavado exactamente en el centro geométrico de la cumbre, en el punto de mayor dominancia. Si lo desplazamos un metro hacia la ladera norte, los ángulos con Sancti Petri y Medina Sidonia variarán algunos segundos sexagesimales. El cierre del triángulo fallará.

—No fallará, muchacho —respondió, agachándose para recuperar su cuaderno de campo—. Ejecutaremos una excentricidad de estación. Estacionaremos el teodolito sobre el pilar desplazado, mediremos la distancia lineal y el acimut exacto desde nuestro pilar hasta el punto central imaginario del muro, y aplicaremos las fórmulas trigonométricas de reducción al centro en las hojas de registro del estadillo. La corrección se hará en papel, mediante números, no rompiendo piedra.

Tomás guardó el pesado fragmento de cerámica de engobe rojo en el bolsillo interior de la guerrera, justo sobre el pecho.

—Nadie en la sala de cálculos de Madrid notará jamás la diferencia física del pilar si las matemáticas de la corrección son exactas —añadió el topógrafo, mirando duramente a los ojos de su auxiliar—. Y nosotros no seremos los responsables de destruir en una tarde lo que lleva ahí abajo enterrado tres mil inviernos. Trabaja.

Durante las siguientes cinco horas, laboraron bajo un silencio apenas roto por el roce de la pala y la respiración pesada. Elías acarreó agua desde los barriles de la mula y preparó la mezcla grisácea de mortero, grava y cemento en una artesa de madera, mientras Tomás alineaba meticulosamente los tablones del encofrado vertical. Construyeron un cilindro recio, perfecto, de un metro y veinte centímetros de altura sobre el nivel del suelo, sólidamente asentado en la piedra subyacente pero respetuoso con el muro fenicio lateral, al que dejaron intacto bajo una fina capa protectora de arcilla cribada.

En la cara plana superior, con la argamasa todavía fresca y húmeda, Tomás incrustó a presión la pesada marca cilíndrica de bronce fundido con el emblema del Instituto Geográfico y Estadístico. Presionó la pieza de metal con los pulgares hasta que el disco quedó perfectamente enrasado con la superficie del cemento. El pilar estaba terminado. El punto inamovible de la geografía nacional había nacido.

Mientras el hormigón fraguaba desprendiendo calor bajo el descenso térmico de la tarde, Tomás se dedicó a preparar el instrumental óptico para la sesión de observaciones nocturnas. Ensambló con movimientos rituales la alidada y el pesado círculo vertical graduado en plata. Montó los dos microscopios micrométricos, comprobando que las muescas del tambor permitieran lecturas fraccionarias limpias. Extrajo un paño de gamuza suave y limpió la lente del objetivo del anteojo astronómico, asegurándose inclinando la cabeza a contraluz de que el finísimo retículo transversal de hilos de araña, ubicado en el plano focal, permaneciera tenso y sin daños.

La noche oscura caería pronto sobre la bahía gaditana. Con la pérdida total de la luz diurna, la neblina atmosférica y la molesta reverberación térmica

del suelo se dispararían, abriendo una ventana de aire limpio. Sería entonces el momento crítico de enfocar el telescopio y medir los ángulos acimutales apuntando a los débiles destellos de los faroles de aceite de parafina que los otros equipos de topógrafos, a decenas de kilómetros de distancia, encenderían en los vértices adyacentes de Sancti Petri y Medina Sidonia.

Puntos de luz en la oscuridad absoluta, como una constelación terrestre trazada por hombres solitarios.

El constante viento de poniente se agudizó cuando el disco rojo del sol tocó el horizonte marítimo, tiñendo el agua de las lejanas salinas artesanales de un tono anaranjado, cobrizo y violento, casi idéntico al color de la vasija desenterrada. Tomás desanudó el cordel y suspendió la pesada plomada desde el gancho central situado bajo el tornillo del trípode de madera.

El cono de latón macizo descendió en línea recta, cortando el aire, balanceándose ligeramente durante unos segundos eternos, hasta detenerse por fin a escasos dos milímetros exactos de la marca de bronce central incrustada en el pilar fresco. La aguda punta de la plomada señalaba el centro del universo local, el origen matemático del sistema tridimensional de coordenadas.

Tomás se arrodilló con lentitud para comprobar visualmente la exactitud de aquel centrado forzado. Observó la línea vertical invisible, dictada por la inexorable fuerza gravitatoria, que bajaba desde el eje mecánico de rotación del teodolito, a través del fino hilo de lino tensado, atravesaba el disco de bronce, perforaba la columna de hormigón armado, cruzaba los estratos de tierra y roca, y se hundía en la oscuridad maciza del cerro.

Esa línea vertical pasaba a escasos dos palmos del antiguo paramento de sillares fenicios que habían vuelto a tapar. Era una plomada imaginaria trazando un eje temporal indisoluble; unía directamente el ocular de cristal tallado que esa noche apuntaría a la fría luz de las estrellas, con el polvo y las ruinas de barro amasadas por las manos de los primeros navegantes de la historia.

—El mortero ya ha tirado, don Tomás. Está duro como el pedernal —dijo, sentándose pesadamente en una roca plana que sobresalía del matorral.

Estaba exhausto, con el rostro manchado de hollín y cemento, frotándose distraídamente las ampollas abiertas en las palmas de las manos.

—Has hecho un buen trabajo, Elías. Eres un peón duro. Descansa ahora, bebe agua y cómete el pan con queso de las alforjas —contestó el topógrafo, sin apartar la vista del instrumento—. Cuando oscurezca del todo y aparezcan las señales luminosas, necesitaré que te sientes bajo la linterna y anotes las lecturas micrométricas que yo te dicte. Y quiero una caligrafía de escribiente militar. Nada de números temblorosos en los estadillos oficiales; en Madrid no perdonan un cero dudoso.

Tomás se enderezó, hizo crujir su cuello endurecido y miró a través del pequeño ocular del anteojo. Su ojo derecho se adaptó rápidamente a la óptica, y el caos infinito del mundo exterior se redujo drásticamente a un campo de visión circular, nítido y acotado, dividido en cuatro cuadrantes perfectos por dos finas líneas negras perpendiculares.

Buscó visualmente el norte geográfico. Los dedos índice y pulgar de su mano derecha encontraron instintivamente el tornillo de movimiento micrométrico de azimut. Lo giró suavemente. En el silencio del crepúsculo andaluz, escuchó el suave clic mecánico de los engranajes de bronce encajando unos con otros. El sonido era frío y mecánico como el de un orden matemático imponiéndose sobre el caos inabarcable del paisaje.

Liberó la mano izquierda del equipo y la introdujo lentamente en el bolsillo de la guerrera. Las yemas de sus dedos rozaron la superficie de la cerámica fenicia.

Sorprendentemente, la suave curva pulida del barro aún conservaba una fracción del calor absorbido del cuerpo humano.

Pensó en el futuro inevitable. En los mapas definitivos que las imprentas de los talleres geográficos estamparían en Madrid años más tarde, el Cerro del Castillo de Chiclana figuraría meramente como un pequeño triángulo equilátero impreso en tinta negra, acompañado de una cifra de altitud exacta escrita a un lado. Una coordenada inerte e inamovible incrustada en el vasto elipsoide de referencia de la nación.

Pero Tomás sabía la verdad de aquel lugar. Sabía que justo por debajo de la cruz perfecta que formaban los hilos del retículo de su teodolito, palpitaba de forma invisible una geografía de piedra y ceniza fenicia, un laberinto de muros enterrados que sintió bajo las botas mucho antes de verlos en el plano.

El viejo topógrafo fijó definitivamente la vista en la lejanía del horizonte, allí donde el azul del cielo había virado al negro absoluto y las estrellas más tempranas de primera magnitud empezaban a puntear el negro de la bahía, apenas unos puntos de luz temblorosos aguardando a que el retículo del teodolito las atrapara. Contuvo la respiración, manteniendo la compostura con los ojos inyectados en sangre, esperando que aquel a chispa de fuego lejano rompiera por fin la oscuridad del horizonte.

Aflojó el tornillo de presión del movimiento vertical, giró el grueso tubo del anteojo astronómico hacia el oscuro cenit del cielo andaluz y, rodeado por el viento implacable que barría la costa de Gadir y notando en las plantas de los pies cómo el Cerro del Castillo empujaba hacia arriba con sus treinta siglos de muertos y de muros enterrados, comenzó la primera lectura angular de la noche.

Los vértices de su vida

Esther García

Los vértices de su vida

Esther García

Asturias, junio de 1983

Mi abuela entró en la habitación con una sonrisa. Con los ojos aún entrece-
rrados vi su esbelta figura sentarse en el borde de mi cama. Sentí sus manos frías
apartar de mi frente un mechón de cabello mientras me daba los buenos días.

Todo en ella era amor, sus ojos, sus manos, su sonrisa, sus actos... un amor
que nos moldeó a todos, hijos y nietos. Este es el relato de los vértices de su
vida.

Madrid, lunes 28 de abril de 2025

Desmonté de la bicicleta para caminar con tranquilidad alrededor del
«lago» de la Casa de Campo. El fin de semana había trabajado por actuali-
zación del *software* y como recompensa disfrutaba ahora de un lunes libre.
Aquel lugar me transmitía paz y me traía recuerdos. Como tantas veces me de-
tuve a admirar el agua, los árboles que habían visto pasar generaciones bajo
su sombra y en un instante experimenté la pequeñez de mi existencia como
ser humano y, a la vez, la grandeza de la consciencia que me permitía disfrutar
de todo aquello. Traté de atesorar ese momento de íntima felicidad para cuan-
do hiciese falta recordarlo en el futuro.

Volví a montar y decidí tomar el camino al Cerro Garabitas, el más alto de la
Casa de Campo. Con el tiempo me he dado cuenta de que siempre me dirijo

de manera inconsciente hacia lugares elevados que me permitan divisar más allá de lo que se ve en terreno llano... probablemente sea una herencia de generaciones de humanos exploradores... o quizá sea tan solo costumbre de la infancia, por haberme criado en un lugar donde entre el mar y la montaña no hay más que una decena de kilómetros. A mi paso algunos conejos corrían veloces a esconderse en sus madrigueras, salvo algún valiente que permanecía inmóvil valorando la amenaza para evitar darse una carrera en balde. Una vez en el Cerro, bebí agua y comí unas nueces y un par de mandarinas mientras pensaba en el dicho «De Madrid al cielo», pues dice la leyenda que al atardecer se reúnen allí las almas de los fallecidos para dar un último vistazo a la ciudad antes de partir. Lo que sí es un hecho es que ese lugar, como tantos otros, presencié una guerra... pero eso es otra historia.

Decidí descender al mirador de la Sartén para sentarme en mi banco favorito a observar el perfil de Madrid en la distancia. Eran las 12:53 cuando sonó mi teléfono, y la pantalla me anunció el nombre de mi jefa. Descolgué.

—Dime, Isa.

—Judith, siento mucho molestarte en tu día libre pero necesito que vengas ya. ¿Estás en casa?

—No, estoy en la Casa de Campo con la bici.

—Mejor, vente tal cual al IGN. Los semáforos no funcionan, ten cuidado.

—¿Los semáforos no funcionan?

—No, se ha ido la luz en todo el país y no parece que se vaya a recuperar pronto. Las antenas de telefonía aguantarán unas horas con baterías, pero podrían caer también.

—¿Es una broma, Isa? ¿Quieres que me presente en mallas en el IGN para echarte unas risas con el equipo?

—Ojalá fuera una broma, pero no, lo verás en cuanto salgas de ahí. Ve con cuidado, sin prisa. Estamos organizándonos, cuando llegues te asignaremos tarea.

—De acuerdo, voy para allá. Nos vemos.

Asturias, junio de 1983

Después de comer, los adultos querían dormir la siesta y no se fiaban de que los niños no hiciésemos alguna trastada de las gordas en su ausencia, así que nos obligaban a dormir también, o al menos a permanecer tumbados en silencio mientras ellos dormían. Como yo tenía ya 12 años y me gustaba tanto leer, me permitieron quedarme despierta devorando un libro de Julio Verne sentada a la sombra en los escalones de entrada a la casa. Con la mano derecha acariciaba distraídamente a mi perro Yaki, fiel compañero, sentado a mi lado. Tras muchos avatares los personajes del libro estaban a punto de conseguir ver el rayo verde que les aseguraría la felicidad en sus vidas... pero algo inesperado sucedía a la pareja protagonista...

—¡Hola! Me sobresaltó la voz de un niño y levanté la vista del libro.

—Hola— contesté. Yaki meneaba la cola a mi lado, el niño no debía de parecerle un peligro.

—Soy Marcos. ¿Podrías darme un vaso de agua?

—Claro, espera un momento. Volví con un vaso de agua y él se sentó en las escaleras a bebérselo.

Un par de hombres descendieron de un coche parado al borde de la carretera.

—Buenas tardes. Marcos, ¿vienes?

—Papá, hace mucho calor, ¿puedo quedarme aquí hasta que volváis a recogerme?

—No sé si a los padres de...

—Judith— Dije yo.

—... Judith les parecerá bien.

—No creo que les importe y a mí me gustaría tener compañía —decidí confiar en Marcos como había hecho Yaki.

—De acuerdo, hoy no tardaremos mucho. Es un trabajo previo de estudio del terreno.

A Marcos le encantaban los animales, y Yaki debió de adivinarlo porque se tumbó boca arriba cuan largo era en cuanto comenzó a acariciarle. Le conté que mis abuelos tenían también vacas, conejos, gallinas, gatos y un caballo. Me explicó que él venía de Madrid, que estaba acompañando a su padre, topógrafo de profesión, que tenía un encargo muy importante entre manos: construir vértices geodésicos de coordenadas exactas que permitiesen hacer mapas. En aquellas fechas de verano se encontraban trabajando en el occidente de Asturias y era para Marcos una oportunidad de pasar tiempo cerca del mar escapando del calor de Madrid. A mí aquello me pareció una maravilla... ¿poner señales en la tierra para hacer mapas? Quería saber más, así que hicimos un pacto. Intentaríamos convencer a nuestros padres para pasar tiempo juntos.

La tarde transcurrió buscando saltamontes para echarlos en el gallinero... reíamos mientras las gallinas miraban de medio lado tratando de atraparlos. Cuando su padre volvió a recogerlo estábamos merendando *frixuelos* que mi abuela acababa de hacer mientras mirábamos embelesados su maestría con la sartén... nunca en el futuro lograría yo reproducir ese sabor por mucha sartén moderna que me comprase.

El padre de Marcos era, como su hijo, una persona cercana que transmitía franqueza. Preguntó a mis padres si, como agradecimiento, al día siguiente podía llevarme con ellos a Pico Faro, cerca de mi pueblo, donde iban a construir un vértice. A la vista de que parecíamos haberlo pasado muy bien juntos

mis padres accedieron y así, me dormí ilusionada mientras me arrullaba el sonido de los suaves mugidos nocturnos de las vacas en la planta baja de la casa.

Madrid, lunes 28 de abril de 2025, 13:31

El trayecto en bici hasta el IGN había sido un poco surrealista. Ante la ausencia de internet y de televisión todo el mundo andaba pegado a la radio, que iba explicando que en efecto el país al completo se había quedado sin electricidad.

Para mi alegría, a pesar de no haber semáforos y de los atascos, no estaba habiendo accidentes. El comportamiento de los conductores era ejemplar.

Permitían cruzar a los peatones y trataban de cederse el paso unos a otros cumpliendo la señalización existente lo mejor que podían. Como en ocasiones anteriores, ante situaciones difíciles los conciudadanos hacían gala de civismo y verlo me enorgullecía.

Los vecinos compartían agua, velas, se reunían a charlar... incluso los hijos adolescentes abandonaron sus madrigueras al quedarse sin wifi.

Saludé al personal de la entrada y me dirigí «a las mazmorras», como llamábamos al semisótano donde teníamos los servidores. En la sala de reuniones me esperaba Isa, que me soltó un montón de información en cuanto me vio aparecer.

—Bienvenida Judith. Las buenas noticias son que la actualización de *software* no ha dado problemas y los sistemas de alimentación ininterrumpida de respaldo han funcionado bien. Afortunadamente aquí contamos con los grupos electrógenos para mantener el centro de datos, y en el resto de España el día está despejado así que las placas solares ayudarán a mantener activos los sistemas de vigilancia de terremotos, volcanes y tsunamis. Aunque no se puedan transmitir los datos por falta de conexión, quedarán almacenados en memorias internas y podremos recuperarlos cuando venga la luz.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Un ciberataque a gran escala para probar nuestra capacidad de reacción?— pregunté.

—Por el momento no se sabe, pero eso no está en nuestra mano averiguarlo.

Tenemos trabajo por hacer.

—Sí, dime, ¿en qué puedo ayudar?

Isa me explicó que habían estado copiando en tarjetas de memoria microSD la cartografía vectorial de España, los mapas ráster para móviles y las imágenes del Plan Nacional de Ortofotografía Aérea del territorio de la Comunidad de Madrid.

Habían elegido el formato *MBTiles*, un estándar ligero, rápido y eficiente, porque la aplicación móvil oficial «Mapas de España» lo admitía y permitía navegar con un dispositivo móvil sin necesidad de usar datos ni de tener cobertura. Sólo era necesaria la señal GPS y afortunadamente ésta venía como «caída del cielo» para el problema que teníamos entre manos.

Se había activado el Plan Territorial de Protección Civil y el centro de emergencias del 112 en Pozuelo de Alarcón actuaba como Centro de Coordinación Operativa.

Allí reunidos los jefes de Bomberos, SUMMA 112, Policía y Guardia Civil con los responsables políticos tomaban decisiones conjuntamente para coordinar esfuerzos.

—¿Quién necesita la cartografía? ¿Ambulancias, bomberos policía...?— pregunté.

—Claro que no, los servicios de emergencia y los hospitales están preparados para situaciones críticas. Disponen de cartografía *offline* con las capas específicas que puedan necesitar, por ejemplo, la situación de los hidrantes en el caso de los bomberos. Además, hay una red de radio de uso exclusivo de emergencias, se llama TETRA, y está permitiendo que las ambulancias sigan

funcionando. Los hospitales también ven en el mapa la localización de la ambulancia e incluso las constantes vitales del paciente, de ese modo se pueden preparar para recibirle en urgencias. Gracias a TETRA los hospitales están pudiendo comunicar al Centro de Coordinación su situación y sus necesidades, entre otras cosas, miles de litros de combustible para los grupos electrógenos. Los camiones cisterna tienen terminales con GPS integrados en el salpicadero y además están siendo escoltados, ya que los han declarado recurso crítico.

—Genial, no tenía ni idea. Me tranquiliza saber que funciona así de bien. ¿Y entonces para quién son las tarjetas microSD con la cartografía?

—Para los conductores de los camiones de reparto de agua embotellada y comida para hospitales, comedores sociales y centros de mayores. Quieren dar a cada conductor un teléfono con la aplicación instalada, la tarjeta con la cartografía y un par de cargadores portátiles.

—¿De dónde salen los camiones?

—De Mercamadrid y de otros centros logísticos del Corredor del Henares. Pero a nosotros nos han pedido que entreguemos la cartografía en el CECOP, en Pozuelo. Y te vamos a pedir que vayas tú, con la bici. Son sólo 14 km, incluso menos si atraviesas la Casa de Campo que tan bien conoces.

—Isa, ¿hablas en serio? ¿No hay otra forma más rápida?

—No, no la hay. Casi todas las carreteras están colapsadas, en coche se tardaría más. Las fuerzas de seguridad no dan abasto con tanta llamada y de nuestro personal quedamos los imprescindibles para mantener el barco a flote porque muchos han tenido que irse a recoger a sus hijos pequeños o a socorrer a familiares en situaciones difíciles.

—Ok, contad conmigo entonces— contesté desconcertada por lo que estaba viviendo.

Asturias, junio de 1983

Pico Faro estaba a apenas quince minutos en coche desde mi pueblo. A pesar de sus discretos 253 metros de altitud las vistas desde allí eran impresionantes; las laderas de las montañas que se deslizaban hasta «la marina» —así llamaban allí a las zonas llanas cercanas al mar— y el Cantábrico... mi amado Cantábrico que ese día, como tantos otros, mostraba su característico color gris azulado.

El padre de Marcos dibujó un pequeño triángulo en un croquis que indicaba nuestra situación respecto de la población más cercana, La Roda, y cómo llegar a pie desde la carretera hasta ese lugar, donde otro hombre estaba construyendo la base de hormigón del vértice geodésico. Me explicó que aquel dibujo formaría parte de la información que guardarían sobre ese vértice, una ficha que se llamaba «reseña». Cada vértice tenía un número y un nombre y éste sería el número 1081, Pico Faro.

Mientras los adultos trabajaban, nosotros pasamos el tiempo curioseando por los alrededores de la ermita de la Virgen de las Nieves, jugando al escondite, recogiendo flores, dibujando sobre el suelo con un palito... los niños de entonces rehuíamos el aburrimiento observando nuestro entorno e ideábamos mil cosas para entretenernos.

Me devolvieron a mi casa a la hora de comer y de nuevo Marcos pidió permiso para pasar la tarde conmigo en el pueblo. Dimos un largo paseo con Yaki siguiendo el camino de la fuente y al caer la tarde estábamos sentados otra vez en los escalones de la entrada admirando la Luna casi llena.

—Es bonita la Luna, ¿verdad?— preguntó mi abuela a nuestra espalda.



INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL

Red de Infraestructuras Geodésicas

Subdirección General de Astronomía y Geodesia



Red de Infraestructuras Geodésicas

Subdirección General de Astronomía y Geodesia

Reseña Vértice Geodésico 14-mar-2024

Número: 1081

Nombre: Pico Faro

Municipio: Taja de Casarego

Provincia: Asturias

Fecha de Construcción: 12 de junio de 1983

Plaz. sin centrado forzado: 1,20 m de alto, 0,30 m de diámetro.

Último cuerpo: 0,50 m de alto, 0,05 m de ancho.

Total cuerpo: 1,90 0,50 m de alto.

Coordenadas Geodésicas:

Sistema de Ref.: ED 50	ETRS89
Longitud: -8° 54' 10,8420" ±0,007 m	
Latitud: 43° 31' 43,7282" ±0,008 m	
Alt. Elipsoidal: 307,498 m ±0,078 (BP)	
Calidad: 01 de febrero de 1983	01 de noviembre de 2004

El valor de error al 95% de confianza

Coordenadas UTM, Huso: 29

Sistema de Ref.: ED 50	ETRS89
X: 606560,21 m	606455,678 m
Y: 4621710,92 m	4621467,948 m
Factor escala: 0,999993714	0,999993223
Convergencia: 1° 20' 44"	1° 20' 42"

Altitud sobre el nivel medio del mar: 253,678 m. (BP)

Situación:

Situado en la cima del monte Pico Faro, sobre unas rocas.

Acceso:

Desde La Roda por la carretera a Villar y Acevedo. A 1 km. sale un camino de tierra a la izquierda, entre par. 17, que asciende hasta la ermita que hay en la cima.



Pico Faro (253,678 m)



Extracto reseña vértice 1081

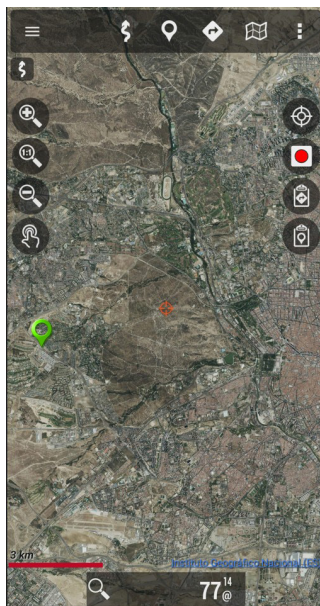
—Sí, abuela. Es preciosa. ¿A que es increíble que el hombre haya logrado pisar la Luna?— contesté yo.

Mi abuela rompió a reír y comprendí que pensaba que le estaba tomando el pelo.

Me pareció entrañable, quería con toda mi alma a aquella mujer noble y buena.

Y una noche más, me acosté con la promesa de los días de aventura aún por llegar. Y así transcurrieron los días, entre nuevos vértices por construir, algunos junto al mar, otros en las montañas... tejiendo punto por punto aquella red que ya nunca olvidaría... número 1094, Atalaya... en un acantilado tras un precioso paseo junto al mar... número 2568, Pousadoiro... en la cima de un monte de 644 metros de altitud al que llegamos llenos de rasguños tras una subida sorteando la flora local, los allí llamados «toxos» (*Ulex europaeus*) con sus pinchos pero también con sus alegres flores amarillas iluminando la ladera... número 1050, San Marcos... que nos causó mucha risa, qué suerte la de Marcos, ¡tener su propio vértice geodésico!

Ya sólo quedaban unas últimas comprobaciones en el vértice número 1074, Tapia, y continuarían su viaje.



Waypoint de destino en la aplicación Mapas de España.

Madrid, lunes 28 de abril de 2025 14:10

Guardé las tarjetas de memoria en mi mochila, me puse el casco y monté en la bicicleta. Abrí la aplicación Mapas de España en el móvil que iba a usar en navegación libre. Como waypoint de destino introduje, mediante una pul-

sación larga sobre el mapa, el Centro de Coordinación Operativa en Pozuelo de Alarcón.

Tenía pensado atravesar la Casa de Campo para evitar el lío de tráfico que inevitablemente se había formado ante la ausencia de semáforos y el deseo de todo el mundo de llegar a sus casas.

Dejé atrás la calle del Gral. Ibáñez de Íbero y tomé el Paseo de San Francisco de Sales. Atravesé la Avenida de la Memoria a la altura de la Plaza Cardenal Cisneros y bordeé el Parque del Oeste por el carril bici del norte. Pasé bajo la Carretera de Castilla para alcanzar el anillo verde ciclista que me condujo a la Casa de Campo. Después todo fue dirigirme hacia el oeste con la vista puesta en el *waypoint* de destino.

El cansancio comenzaba a pesar y en una cuesta abajo perdí el control de la bici y caí aparatosamente. El instinto me ayudó a poner las manos para no golpearme la cara contra el suelo. Hice un análisis de daños rápido. Me sangraba un poco una rodilla y se me había levantado la piel de las manos pero músculos y huesos habían salido bien parados, probablemente gracias a la flexibilidad adquirida en las clases de yoga. Me alegraba de haberme apuntado al cumplir los cincuenta.

Seguí pedaleando sin disfrutar del entorno, lo único que importaba era llegar cuanto antes. Con un poco de suerte quizá en mi destino me encontraría que la luz ya había vuelto y ya no sería necesaria la misión que me habían encomendado.

A las tres en punto estaba aparcando la bici tras haber superado el control de acceso con el salvoconducto que me habían sellado en el IGN. Y no, la luz no había vuelto. Pregunté por el cuarto de baño para lavarme las manos doloridas y recomponerme un par de minutos tras la travesía. Al salir coincidí con un hombre alto, más o menos de mi edad. Vestía un uniforme de policía. Levanté la mirada y le reconocí al instante. El tiempo había moldeado su rostro pero la chispa de sus ojos de niño inquieto seguía ahí. Era Marcos. Cuarenta y dos años separaban este momento de aquel otro en el que nos despedimos en la playa de Tapia de Casariego.

Asturias, junio de 1983

Habíamos pasado mucho rato mirando al mar, sentados en el rompeolas, mientras el padre de Marcos hacía mediciones y tomaba notas en el faro que, además de su función de orientar a los marineros con sus tres destellos de luz blanca cada diecinueve segundos, cumpliría su función de vértice geodésico. Fue el primer faro del que me enamoré. Pasaría el resto de mi vida buscando faros por todo el mundo... pero esa es otra historia.

Decidimos unirnos a un grupo de niños que, entre risas, saltaban desde el espigón al agua del puerto. Años más tarde alguien colocaría un letrero prohibiendo saltar al agua... y los niños seguirían haciéndolo cada verano.

Después de comer en el hostel donde se alojaban, fuimos a la playa. Era viernes por la tarde. Una de esas interminables tardes cercanas al solsticio de verano.

Paseamos hasta las rocas para buscar cangrejos. Jugamos a enterrarnos en la arena el uno al otro y corrimos al mar a bañarnos. La bandera amarilla que había ondeado toda la tarde había sido ya arriada por los socorristas, que habían acabado su turno y se habían ido a casa. Nos tumbamos boca arriba en el agua, los brazos estirados, mirando al cielo. Nos sentíamos libres y felices. Y entonces llegó el zarpazo del miedo. Marcos no hacía pie. Se puso nervioso y me agarró.

Estaba tan tenso que hacía que me hundiera yo también. Trataba de hablarle para tranquilizarle pero no podía abrir la boca para evitar tragar más agua. Me separé de él y nadé hacia la orilla con todas mis fuerzas pidiendo auxilio a gritos. Su padre llegó corriendo y logró sacarlo del agua. Sentí un enorme alivio. Estaba a salvo. Marcos estaba a salvo.

Pero ya nada fue lo mismo. Marcos evitaba mi mirada. ¿Pensaba acaso que yo le había abandonado mientras se ahogaba? Traté de hablar con él pero no quiso escucharme.

La felicidad de hacía unos instantes se había hecho añicos. Me quedé allí, sentada en la orilla, contemplando una gloriosa puesta de sol mientras las lá-

grimas resbalaban por mis mejillas. Y lo vi. El rayo verde. El último destello del sol al desaparecer tras el mar. Y pensé si habría algo de verdad en eso de que aseguraba la felicidad eterna.

Madrid, lunes 28 de abril de 2025 15:15

—¿Marcos?

—¿Judith? ¿Eres tú? ¡Estás en Madrid!

De nuestras bocas sólo salían interrogantes, pero no era el momento de perder el tiempo. Le expliqué por qué estaba allí y me acompañó a ver a la persona que había preparado los *smartphones* con la aplicación Mapas de España. Entre los tres introdujimos las tarjetas de memoria en la bandejita de cada dispositivo junto a la tarjeta SIM. Marcos preguntó a sus superiores si podía llevarme con él en el coche patrulla a los centros logísticos a entregar los *smartphones*. Quería que yo le acompañase por si surgía alguna pregunta de tipo técnico. Recibió el visto bueno junto con alguna otra misión adicional... no estaba siendo un día fácil.

En el trayecto hasta Mercamadrid tuvimos tiempo de ponernos rápidamente al día.

El verano de 1983 había marcado nuestras vidas. Aunque yo había estudiado informática, había terminado buscando la manera de trabajar en el IGN, cerca de personas como el padre de Marcos. Personas que estudiaban la Tierra y el espacio... Geodesia, Sismología, Volcanología, Geofísica, Astronomía... personas que podían explicarte con pasión lo que es el geoide... Marcos por su parte, no tenía una vocación clara en un principio pero su incidente en el mar, el miedo que le provocó, despertó en él el deseo de proteger a los demás, de contribuir de alguna manera para aportar tranquilidad a otros y evitarles sentir miedo si estaba en su mano... y eligió ser policía.

Una vez hechas las entregas pude por fin relajarme y me sentí exhausta. Caí en la cuenta de que no había comido nada desde las mandarinas y las nueces de la mañana.

—¿Te importa parar un rato en ese bar a comer algo?— pregunté a Marcos.

—Sin problema, a mí me vendría bien un café— contestó.

Entramos en el bar y preguntamos si podían hacernos algo para comer.

—Tendrán que ser huevos con patatas fritas y jamón. Como no hay luz, sólo podemos usar el gas.

—Suenas estupendo, muchas gracias— acepté.

—¿Y un café?— preguntó Marcos.

—Claro, tenemos café de puchero, ahora se lo llevo.

Nos sentamos en la mesa del fondo, Marcos mirando hacia la puerta. Me hizo gracia que le saliese de modo natural situarse en el lugar donde podía controlar toda la escena.

—Aún no me creo que hayamos coincidido, Judith— me dijo.

—Tampoco yo. Ha tenido que haber un apagón en todo el país para que nos encontrásemos— reí.

—Tengo muchos recuerdos de aquel verano. Para mí estar en casa de tus abuelos era mejor que un parque de atracciones con todos aquellos animales. Y tu abuela... Rosario, ¿no?

—Sí, Rosario. Era un ángel de luz, ¿verdad?

—Lo era. Y hacía los mejores *frixuelos* del mundo.

—Aquellos luminosos días de los veranos de mi infancia eran los más felices de cada año para mi abuela... yo entonces no lo sabía. Fue muchos años más tarde cuando una vecina me dijo que mi abuela no podía evitar derramar unas lágrimas cuando nos íbamos que me di cuenta de cuánto significaba

aquel tiempo para ella. ¿Sabes?, vivió toda su vida entre aquellos vértices geodésicos que tu padre trazó. Los vértices de su vida.

—Tenías una relación muy especial con ella. Saltaba a la vista que os adorabais la una a la otra.

—También tú con tu padre. Tenía una paciencia infinita contigo y le encantaba darnos explicaciones sobre todo tipo de cosas... ¿qué tal está?

—Muy bien. Jubilado. ¿Te gustaría acompañarme un día a verle? Creo le haría mucha ilusión.

—Me encantaría. Apunta mi teléfono: 696

—Y dime, ¿qué tal te ha tratado la vida?

—Como esperaba.

—¿Como esperabas?

—Sí... porque aquel último día que compartimos en la playa, en el verano del 83, vi el rayo verde y supe que estaría bien. Y deseé que tú también lo estuvieras.

—Muchas gracias, lo he estado. He estado bien.

—Por nuestra amistad, levaté mi copa.

—Por nuestra amistad, brindó él con su café.

Y entonces, volvió la luz.

Cartas a un cielo estrellado

Sabrina Cabaña

Cartas a un cielo estrellado

Sabrina Cabaña

Soy hija de las estrellas porque, si pienso en las estrellas, pienso en mi padre.

Y si pienso en mi padre, pienso en eso, que soy hija. También soy hija de los detalles, porque me constituyen. A veces me obsesionan. Si pudiera tener una buena cámara de fotos, de esas grandes y profesionales, le pondría una lente microscópica, que me permitiera ver el mundo pequeño que se esconde entre los límites del gran mundo. Desde pequeña amo esos detalles, los detalles me enseñaron a conversar, principalmente con mi papá.

Papá era un hombre serio, era alto, delgado, de mirada esquiva. Nunca sostenía la mirada demasiado tiempo. Cuando intentaba buscar sus ojos, los encontraba escapando hacia otra cosa: el plato, la televisión, algún punto fijo en la pared. Era de voz rasposa, a veces sonaba enojado, incluso si no lo estaba, lo que me obligaba a mantenerme alerta para poder identificar su humor y organizar mi forma de actuar, a la espera de causar simpatía o al menos, no molestar. Pero, sobre todo, mi padre era alguien serio, al menos en las pocas horas que compartíamos en aquel departamento de la calle Santa Fe, en el centro de una pequeña ciudad que, en ese momento, me permito decir, era más un pueblucho que una ciudad.

Tenía un centro con grandes fuentes en cada esquina, un río con arena amarronada, repleto de sauces llorones a sus costados que lo cubrían de hojas verdes arrastradas por la corriente, una plaza en donde salíamos a andar en

bicicleta, sucios luego de comer helado, y un largo bulevar con palmeras en el medio, lo que para cualquier desconocedor de grandes ciudades podría catalogarse como algo *muy de ciudad*, pero no para mí. Tenía cinco años, pero ya sabía que ese recóndito lugar al cual nos habíamos tenido que mudar por el trabajo de mi padre no era una verdadera ciudad.

Llegamos una noche y nuestro departamento se parecía poco o nada a lo que conocía como hogar. Para ingresar, subíamos por una larga escalera de mármol, oscura y fría, nuestra habitación se transformaba en un escenario digno de Tetris, donde tres camas se acomodaban para dejar un diminuto espacio en el medio, para que tres niños, mis hermanos y yo, construyéramos nuestra infancia. En ese momento, todavía no desarrollábamos las características hostilidades propias de la hermandad avanzada, y eso era una buena noticia en un espacio tan reducido. No teníamos de patio más que una terraza amplia y desnuda, una terraza vacía, dos sillas y un cielo. Ahí empieza mi historia.

Si tuviera que explicar quién soy a través de un día en particular, podría remitirme a ese día. El día que abandoné Córdoba, a los cinco años, sin saber lo que era una despedida, y sin conocer todavía lo amargo de decir adiós cuando uno tiene la certeza de que jamás va a regresar, o al menos que no lo hará la versión que se va.

Mi madre dibujaba casas, y no me refiero a casas en un sentido arquitectónico, me refiero a dibujos de casas, a dibujos de casas muy lindas, casas de doble techo pintadas con una sutileza que admiraba. Su toque estaba en los detalles.

Pintaba los bordes con un color oscuro, y luego ingresaba al centro difuminando suavemente el tono hasta hacerlo casi desaparecer. Sus casas con grandes jardines, plantas y ventanas amplias eran admiradas por mi hermana y por mí, y una popular técnica para entretener a dos hijas deseosas de atención al final de los días largos.

El día de la partida, mamá dibujó algunas casas en hojas A4, y por el mediodía salimos a repartirlas. Llegamos a la casa de mis amigas, aquellas amigas que formaban parte de la rutina constante de aquella niña que fui. Al llegar a las puertas de sus casas, observamos, y después de unos minutos deslizamos

las hojas bajo la puerta. Mamá no tocó, nadie salió, dejamos la carta de despedida anunciando nuestra desaparición de sus vidas, nos subimos al auto, y partimos. Ese día aprendí algunas cosas sobre las despedidas, entre ellas, que saben mejor cuando ocurren de repente, cuando te alejas de la nada, cuando nadie te mira a los ojos en el momento de partir, cuando la huida parece un juego, cuando una parte de ti cree que habrá otra oportunidad más, aunque sepas que muchas veces no volvemos porque simplemente, no hay adonde volver.

Del viaje recuerdo poco, el nuevo hogar estaba cerca, pero yo no sabía de distancias, por lo cual el camino pareció eterno. El atardecer fue muy naranja aquella tarde de abril, y corrí carreras con el Sol, aunque por dentro deseaba que se quedara un rato más.

Las despedidas silenciosas, la nueva casa, las escaleras largas, el Tetris de camas y aquella terraza larga con dos sillas, y la noche que empezó mi vida.

Los adultos podremos decir que a los cinco años nada se pone en juego. Los padres podrán pensar que aún se encuentra en el margen de licencia. A los cinco años ¿qué sabemos del mundo, de nosotros, de cómo se compone el universo? A los cinco años no conocemos los límites del lenguaje, el frío abismo que abre una promesa al romperse, la sordera que aparece antes de hacer algo prohibido ni el valor de la valentía en tiempos de mar picado. Pero mis cinco años sonaban distinto a lo que aquellos adultos dicen de una niña. A los cinco años yo ya sabía guardar secretos, decir mentiras sin ser descubierta, y construir versiones en las cuales mi mundo se parecía más a lo que debía ser.

Era de noche, la primera noche de lo que sería el resto de mi vida, y la absoluta conciencia del cambio y el perecer me jugaban una mala pasada desde aquel entonces. Mi cama poseía una altura intermedia, ganada debido a que era la hermana del medio, lo que me ofrecía mayor margen de maniobra para escaparme del toque de queda que imponía el horario de descanso nocturno.

Disfrutaba de desvelarme porque habitar la noche me permitía acceder a beneficios inconcebibles para una hija con dos hermanos. Si mis hermanos dormían, era posible llegar a la cocina en el mismo momento en el que mis padres se sentaban a descansar de lo largo de un día en el mundo real, y qui-

zás podían brindarme ciertas licencias. Chocolate caliente, unas galletas de medianoche o tal vez, si tenía algo de suerte, tiempo.

Caminé por el nuevo pasillo, frío para ser verano, y me dirigí a la habitación de mis padres para corroborar que aún no estaban en su horario de dormir. La casa se veía luminosa y el sonido del bar del frente anulaba cualquier sensación de quietud. La sala estaba sola, desordenada, llena de cajas que contaban historias sobre una vida que no volvería. Y al final del pasillo, la puerta abierta. Aquella gran terraza, dos sillas, y mi padre.

Salí a su encuentro con la única arma que posee una niña de cinco años para obtener lo que busca, el llanto. Llegué a él con lentitud, algunas lágrimas en los ojos y el deseo de no ser devuelta a la cama por atreverme a andar afuera a tan altas horas de la noche.

Mi padre, como dije, era, sobre todo serio. De los momentos previos a nuestra mudanza a Villa María recuerdo pocas cosas. La alegría de verlo festejar un gol mientras me elevaba por los aires, la forma en la que corría a abrazarlo cuando llegaba del trabajo, y la ensalada de tomate y lechuga con mucho vinagre, un olor que, para siempre, le iba a pertenecer. Fuera de esos episodios mi padre me parecía un misterio. Un misterio admirable.

Como toda niña de cinco años peleaba secretamente por manifestaciones explícitas de su amor. Mi hermana, su primera hija, y mi hermano, su primer varón contaban con una ventaja nata, por lo cual no era raro que a esa corta edad yo ya sintiera que la desventaja estaba de mi lado y esa noche en la terraza se presentaba como una de esas pocas oportunidades para ganar posición.

Llegué a la silla que se ubicaba junto a mi padre fingiendo algo de confusión por la hora. Estaba mirando el cielo y continuó haciéndolo luego de un pequeño gesto que invitaba a sentarme a su lado. En ese momento me percaté del manto que cubría la noche. En aquel pueblo, y a pesar de encontrarnos en el centro de la ciudad, las luces eran tenues, por lo cual era posible advertir secretos plateados que el cielo de Córdoba ensombrecía.

Sobre mi cabeza un sinfín de fuegos celestes formaban figuras infinitas. Las creí dispersas, pero mirarlas con detalle durante mucho tiempo me llevaba a

otra y luego, a otra más. Pronto, el cielo dejaba de ser un conjunto de puntos para convertirse en una red infinita de caminos diminutos, caminos secretos.

Ninguna de las rutas me devolvía al punto de partida, y mientras más miraba, más profundo me adentraba.

Al principio, creí que se trataba de una ilusión, alguna de esas cosas que ocurren a una niña de cinco años que se niega a obedecer el sueño. Pero seguía mirando, y mientras más miraba, más podía entender. Cuando observaba lo suficiente, el cielo dejaba de ser un lugar y comenzaba a comportarse como una forma. Una estrella me llevaba a otra, y esa otra, a otra más pequeña, pero pronto, las distancias se volvían engañosas, como si cada punto escondiera en sí una puerta a otro infinito. Las figuras nunca terminaban de cerrarse, si insistía, se abrían tres caminos más, y esos caminos, volvían a dividirse, como raíces, creciendo en todas las direcciones o grietas de luz abriendo paso, rebeldes, sobre la noche.

Había patrones que aparecían solo cuando insistía en mirarlos, y otros que desaparecían en cuanto intentaba comprenderlos. A ratos, tenía la sensación de que el cielo estaba respirando, como una especie de expansión silenciosa que desplazaba las estrellas apenas lo suficiente para dar lugar a nuevas formas. Entonces, todo se volvía incierto, un tejido infinito que se copiaba a sí mismo, un mapa demasiado antiguo que todavía no sabía leer. Pero mi papá tenía ese mapa, y esa noche comenzó a compartirme sus secretos.

—Al cielo hay que darle su tiempo, pequeña. Nadie entrega algo valioso sin primero saber que estará en buenas manos —dijo.

—El primer paso para entender lo que se esconde, sin caer en sus trampas. Al cielo se lo llama *Bóveda Celeste*, y como a toda bóveda, solo se ingresa cuando conoces la combinación. ¿Ves aquellas tres estrellas juntas? No están juntas porque quieren, están juntas porque aprendieron que así brillan más fuerte.

—Cada estrella pensó en explorar el universo por su cuenta alguna vez —me dijo—. Hay quienes se aventuraron primeras, salieron a navegar por el vasto infinito, querían saber si era cierto que no tenía fin. Explorar era su única

meta, querían conocer todo, la cercanía con otras estrellas las encandilaba, se sentían asfixiadas por el solo tintineo cercano de una estrella fugaz.

—Las estrellas viajeras se fueron lejos, y estoy hablando de muy lejos, de tan lejos como puedas imaginar, y después, aún más.

—La soledad también es fría, pequeña —me dijo—. Y resulta, que todos estamos hechos de oscuridad. Inclusive las estrellas. Cuando esa oscuridad se siente poderosa, crece, crece tanto que empieza a absorber todo a su alrededor. La soledad es el terreno de agujeros negros capaces de doblar el universo completo. Doblar, como si el espacio mismo cediera, como si el cielo, ese que parece firme, en realidad fuera blando y pudiera hundirse.

—Hay lugares —dijo mi padre mientras miraba hacia arriba— donde la luz queda cautiva.

—¿Cautiva? Nadie puede atrapar la luz —repliqué.

—Se puede cuando está sola, en un punto tan, pero tan lleno de todo, que no deja espacio para nada.

Miré al cielo buscando el lugar donde las estrellas quedaban cautivas, pero no encontré nada.

—¿Y las otras estrellas, las que se quedaron?

—Se unieron. Búscalas.

—¿Y si alguna se pierde?

—Puede seguir el mapa.

El cielo de la noche se volvió nuestro secreto.

Cada noche esperaba verlo llegar, miraba desde lejos sus detalles. Me había aprendido de manera rutinaria cada paso que daba desde que atravesaba la puerta al llegar del trabajo. Sus detalles. La tarde cayendo, sus ojos cansa-

dos, la bolsa con el *tupper* que mamá le preparaba cada noche, sus pocas palabras.

Mirarlo realizar su ritual de regreso, intentando descubrir si esa noche sería posible ver las estrellas juntos.

Quisiera decir que tus historias me hicieron quién soy. Quisiera contar que fuiste vos quien me marcó aquella noche, en aquellas sillas, que todo lo que soy te lo debo a vos. Quisiera tener más memorias para honrarte y poder contarlas en cada espacio donde hoy faltas.

Quisiera contarte que ya entendí por qué la soledad abre agujeros negros, que los secretos importantes no se andan regalando y cuántas veces he mirado al cielo intentando encontrar el recoveco donde muere la luz. Que ya sé que no es cierto que la bóveda celeste se llama así por lo que decías, que ahora sé que por qué, cuando me dijiste que las estrellas son más fuertes juntas, señalaste el Cinturón de Orión.

¿Sabías que algún día necesitaría ese mapa? Quizás sabías que algún día yo también me iba a ir lejos, quizás sabías que la oscuridad me iba a rodear, quizás sabías, o quizás solo intento regresar a ti por medio de lo único que me queda, las historias que nos contamos para sobrevivir.

Antes de que te vayas, antes de que el cuerpo expulse tu magia hacia el universo, quisiera decirte que aprendí de tus historias bajo el cielo estrellado, que no importa cuán caótico se vea algo, si insisto, si me quedo mirando, puedo ordenarlo.

Hay ausencias que te dejan irreconocible, y entonces, solo nos quedan los detalles, un pasillo, dos sillas, tu voz gruesa, una mirada esquiva y el mapa que nos dejan las estrellas. De un cielo que siempre nos estuvo mirando.

La verdad, el terreno que siempre aflora

Devamma Miró Ledesma

La verdad, el terreno que siempre aflora

Devamma Miró Ledesma

Todo empezó el 14 de febrero, a las 06:42 de la mañana, cuando el operario de mantenimiento del Parque Eólico de La Unión patrullaba un sector y notó algo extraño en el fondo del barranco. Primero pensó que se trataba de un maniquí —el color pálido, el ángulo improbable de las extremidades— pero algo no cuadraba. Al acercarse, la realidad lo detuvo en seco: un cuerpo humano, boca abajo, con la ropa desgarrada. El operario no tocó nada, sino que retrocedió con el estómago revuelto y llamó al 112.

A las 07:30 ya estaba allí la inspectora Marisa Linares, jefa de la Unidad de Análisis Geoespacial de la Policía Científica. A diferencia de la mayoría de los policías, que se movían entre papeleo, interrogatorios y patrullas, Marisa tenía unas capacidades que le hacían destacar. Era una topógrafa forense. Nada más llegar al escenario, la inspectora echó un vistazo al entorno. A su lado, un agente de policía señaló la pared rocosa.

—Podría haberse despeñado —dijo.

Marisa negó sin siquiera mirarlo.

—La inclinación del talud es de 68 grados. Si hubiese caído desde arriba, su cuerpo estaría mucho más abajo. Y habríamos visto lesiones compatibles con impacto frontal. —Miró el cadáver—. No las veo.

El agente tragó saliva.

—Entonces... ¿lo tiraron?

Marisa tampoco respondió. Había algo extraño en la zanja. Demasiado recta. Demasiado... deliberada.

—Esto no es un accidente —dijo por fin—. Es una escena construida.

El cadáver pertenecía a Artur Sandoval, 46 años, ingeniero topógrafo independiente. Había trabajado para ayuntamientos, constructoras, cooperativas agrarias y empresas de energías renovables. Profesional impecable. Casado. Sin antecedentes. Sin enemigos. Al menos, aparentemente.

La autopsia reveló dos cosas inquietantes: había muerto 36 horas antes del hallazgo y la causa era un traumatismo craneoencefálico producto de un golpe con un objeto contundente, no una caída. Marisa repasó el maletín de trabajo de Artur, encontrado en su coche estacionado a dos kilómetros del barranco. Dentro había: un equipo GNSS RTK de alta precisión, una libreta de campo con croquis, un dron fotogramétrico y baterías para el dron. Pero algo no cuadraba en el dron. Carecía de tarjeta SD. Marisa sintió el primer nudo en el estómago. Alguien se había llevado justamente «lo que el dron vio».

La última llamada en el móvil de Artur provenía de una mujer: Elisa Beaumont, ingeniera ambiental de la empresa energética que operaba los aerogeneradores de la zona. Cuando Marisa la entrevistó, Elisa estaba nerviosa, con manos que no dejaban de entrelazarse.

—Yo... solo le pedí un levantamiento fotogramétrico —dijo—. Para actualizar el inventario de escorrentías y cunetas. Nada más.

—¿Por qué él y no otro topógrafo? —preguntó Marisa.

Elisa dudó.

—Porque Artur ya conocía la zona. Y porque era discreto.

Marisa frunció el ceño.

—¿Discreto?

Otra vacilación.

—Hay zonas del parque eólico donde... bueno... preferimos no publicitar ciertos desniveles. Hubo una erosión fuerte tras las lluvias.

Marisa anotó. Sabía reconocer una media verdad.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Ayer... bueno, antes de ayer ya. Lo vi brevemente en la oficina técnica. Le entregué una carpeta con planos viejos del parque.

—¿Planos viejos?

Elisa asintió.

—Del año en que se construyó todo, 2009. Por si los necesitaba para comparar curvas de nivel antiguas con las actuales.

—¿Le mencionó algún problema? ¿Algo extraño?

Elisa negó. Luego dudó.

—Solo... —respiró hondo—. Dijo que si encontraba lo que creía que encontraría, me llamaría esa misma tarde.

—¿Y lo hizo?

—No —dijo Elisa, bajando la vista—. No supe más.

Marisa la observó largo rato. La mujer temblaba.

—Necesitaría el nombre y fotografías de todas las personas que trabajan en este parque —dijo Marisa— y también de las personas que han trabajado aquí en los últimos 10 años —añadió, fruto de una corazonada.

Marisa pasó las horas siguientes revisando la lista con los nombres y fotografías de todo el personal del parque. También revisó el dron de la víctima. La memoria principal estaba vacía. Sin embargo, los drones siempre conservan un registro interno de telemetría. Y allí estaba. Vuelo 58: duración, 18 minutos; altura media, 65 metros; área cubierta, 0,8 km². Marisa reconstruyó el vuelo con el *software* de la unidad. En pantalla apareció la malla del vuelo: un recorrido rectangular, metódico, siguiendo patrones fotogramétricos estándar. Pero las imágenes no estaban.

Faltaba la tarjeta SD.

Aun así, podía ver algo más importante. Podía ver dónde Artur sí fotografió. Y había un punto extraño. Una zona en el mapa donde el dron había descendido súbitamente a 20 metros de altura, haciendo un giro brusco antes de recuperar su curso. Como si Artur hubiese querido fotografiar con detalle algún elemento dudoso.

Marisa hizo zoom en la zona.

—Aquí estabas buscando algo —murmuró.

Usó el MDT de la zona para recrear la superficie bajo ese punto. Apareció una hondonada, oculta entre dos laderas. Una zona que no aparecía en los mapas oficiales de 2009. Ni en los de 2011. Ni en los de 2015. De hecho... solo aparecía a partir de 2018.

—¿Cómo diablos se genera una depresión así de grande sin registros oficiales? —se preguntó. La respuesta era obvia: alguien la hizo a propósito.

La hondonada coincidía con el área técnica del aerogenerador n° 12.

—Esto huele a manipulación del terreno —dijo Marisa.

Con una orden judicial en mano y dos agentes de medio ambiente, se dirigió al aerogenerador.

La hondonada no era evidente desde lejos. El terreno estaba parcialmente cubierto por matorral y piedras. Marisa desplegó un escáner terrestre LiDAR. Las nubes de puntos revelaron lo invisible. Los matorrales estaban dispuestos de forma artificial.

Bajo ellos, el terreno presentaba una superficie cóncava, con taludes erosionados pero simétricos. Un corte, un vaciado, una zanja que había sido rellena.

Uno de los agentes la miró, perplejo.

—¿Cree usted que... enterraron algo?

Marisa asintió.

—Y creo que Artur lo descubrió.

Elisa fue convocada de nuevo. Esta vez no estaba nerviosa, más bien, estaba aterrizada.

—Elisa —dijo Marisa—. Encontramos un área manipulada artificialmente bajo el aerogenerador nº 12. El terreno fue modificado entre 2016 y 2018. ¿Por qué?

—Yo... no puedo. Firmé un acuerdo de confidencialidad.

—Elisa, esto es un homicidio. ¿Quiere que pensemos que está involucrada?

La ingeniera la miró, ojos muy abiertos.

—No, no. Yo no... —respiró hondo— Mire... en 2017 hubo un accidente en el parque. El aerogenerador nº 12 tuvo una falla estructural. Una de las palas cayó. No hubo víctimas. Pero sí... un compromiso.

Marisa entrecerró los ojos.

—¿Compromiso?

—Un vertido. Pequeño. Muy pequeño. En teoría insignificante. Un aceite hidráulico industrial. Lo absorbimos. Lo recogimos. Pero...

—¿Pero?

Elisa tragó saliva.

—El terreno tenía una grieta profunda. Y el aceite se filtró más de lo esperado. La empresa decidió taparla. Rellenarla. Y hacer como si no hubiese existido.

Marisa procesó la información.

—¿Artur descubrió la grieta?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Y usted lo sabía?

Elisa bajó la cabeza.

—Lo sospechaba. Pero si él demostraba que había contaminación, la empresa habría sido sancionada. Y yo... habría sido despedida.

Marisa se mantuvo fría.

—¿Temía que él lo revelara?

Elisa lloró.

—Pero yo no lo maté. ¡Se lo juro! ¡No lo maté!

La inspectora la dejó terminar.

Y cuando Elisa parecía vaciarse, preguntó:

—¿Quién más sabía de la grieta?

Elisa se quedó inmóvil.

—El jefe de mantenimiento. Miguel Sáenz.

Miguel Sáenz tenía 58 años, barba gris y una forma de mirar que incomodaba a todos. Cuando Marisa lo citó, vino sin abogado. Sin miedo, o, al menos, fingiendo no tenerlo.

—Señor Sáenz, le estoy investigando por encubrimiento de accidente ambiental y posible relación con el homicidio de Artur Sandoval —dijo Marisa.

Miguel no parpadeó.

—No tengo nada que ver.

—¿Conocía a la víctima?

—Lo conocía. Buen topógrafo. Callado. Preciso. No era de líos.

—Pero cree que sí se metió en uno —dijo Marisa.

Miguel la miró, interesado.

—Ese hombre vino a preguntar por la hondonada del aerogenerador. Le dije que hablase con la empresa.

—¿Qué hizo él?

—Fue a echar un vistazo de todos modos. Ya sabe cómo son los topógrafos.

Marisa inclinó la cabeza.

—Tengo registros del dron de Artur. Sobrevoló la zona. Y usted estaba allí ese día.

Miguel endureció la mandíbula.

—Estaba trabajando. Mantenimiento rutinario.

—¿Y la tarjeta SD del dron? ¿La tiene usted?

—No.

Marisa se acercó, suavemente.

—Miguel. Si alguien descubrió la grieta, la contaminación previa... la empresa hubiera perdido contratos millonarios. Tenía usted mucho que perder, su puesto de trabajo, por ejemplo.

Miguel respiró hondo. Sus ojos se humedecieron.

—No sé nada de eso. Solo sé que Artur no merecía morir.

—Entonces dígame quién lo mató.

Miguel apretó los dientes.

—No puedo.

—¿Por miedo?

—Por lealtad.

—¿A quién?

Miguel la miró con tristeza profunda.

—A alguien que ya no puede defenderse.

Marisa se centró en la búsqueda de la tarjeta SD. Ordenó buscarla en el coche de Artur, en su casa, en su despacho. Nada. Hasta que encontraron una funda vacía en su chaleco de trabajo. Una funda en cuyo interior había rastros de polvo de basalto.

Inmediatamente, Marisa consultó la geología de la zona y observó que la zona con basalto más cercana pertenecía a un pequeño volcán fósil situado a 400 metros del aerogenerador n° 12. Marisa fue allí al amanecer, sola. Lo que encontró la dejó helada. En el suelo, parcialmente enterrada entre piedras negras, estaba la tarjeta SD. Pero no estaba sola. Junto a ella, una huella de bota reciente, demasiado reciente.

Tuvieron que mandar la tarjeta SD a recuperación de datos. Alguien había intentado borrarlo todo. Pero no del todo. Los técnicos pudieron rescatar 76 imágenes. Marisa las revisó una por una.

- Imágenes 1–15: Vista general del perímetro del parque eólico. Nada extraño.
- Imágenes 16–30: Taludes erosionados. Grietas superficiales.
- Imágenes 31–45: La hondonada bajo el aerogenerador n° 12.
- Imágenes 46–47: Zonas con depresiones circulares.
- Imagen 48: Un objeto metálico parcialmente enterrado.
- Imagen 49: Una sombra humana junto al objeto.
- Imagen 50: La misma sombra moviéndose hacia la cámara.
- Imagen 51: Fotografía borrosa.
- Imagen 52: Fotografía completamente negra.
- Imágenes 53–76: No recuperables.

Marisa retrocedió. La sombra humana era grande. Muy grande. Los análisis indicaron que la persona medía entre 1,88 y 1,95. Miguel Sáenz medía 1,68. Por primera vez, un nombre apareció claro en la mente de Marisa. El director de obra de 2009 y supervisor de mantenimiento hasta 2021. Aurelio Carenas, que medía 1,92 metros y había dejado la empresa el año anterior.

Aurelio Carenas vivía ahora en una casa rural aislada. No había denunciado ninguna desaparición. No trabajaba. No quería contacto con nadie. Pero cuando la inspectora Marisa llegó, él no se sorprendió.

—Sabía que un día vendríais.

—¿Por qué lo sabía? —preguntó Marisa.

—Porque enterré un secreto. Y los secretos no descansan mucho tiempo.

—¿Mató usted a Artur Sandoval?

Aurelio negó despacio.

—No lo maté. Pero provoqué todo lo que lo mató.

—Explíquese.

El hombre se apoyó en la mesa, derrotado.

—En 2017 la grieta del aerogenerador se abrió de golpe. Hubo un vertido mayor del que se dijo. Mucho mayor. Mi equipo y yo rellenamos la grieta. Cemento, roca triturada, tierra. Sellamos todo. Nadie debía saberlo.

—¿Por qué no?

—Porque había una estructura bajo el terreno.

Marisa sintió un escalofrío.

—¿Una estructura?

—Un depósito viejo. Muy viejo. De la época minera de los años setenta. Un depósito ilegal para almacenar químicos. Enterrado y olvidado. Cuando cayó la pala del aerogenerador, rompió una de las cámaras internas.

—¿Y se filtró al suelo?

—Sí. Y si alguien lo descubría... la empresa era responsable. Yo era responsable. Podían llevarme a juicio.

—¿Qué hizo?

—Ordené rellenar el hueco, sin hacer ruido.

Marisa lo fijó con la mirada.

—Artur encontró el depósito.

Aurelio asintió triste.

—Supongo que sí.

—¿Y se enfrentó a él?

—Sí. Lo encontré junto al depósito. Había hecho fotos. Le dije que no sabía lo que estaba haciendo, que aquello no debía salir a la luz.

—¿Lo amenazó?

—No. Le pedí que me diera la tarjeta. Él se negó. Dijo que iría al SEPRONA. Le rogué que me escuchara.

—¿Y qué pasó?

Aurelio miró al suelo.

—Alguien más llegó. No lo vi venir. Escuché un golpe. Vi a Artur caer. Me giré. Y allí estaba...

Marisa contuvo la respiración.

—¿Quién?

Aurelio cerró los ojos.

—Miguel Sáenz. Con una barra metálica en la mano.

Miguel. Siempre Miguel. Silencioso. Leal. Protector. Marisa volvió para interrogarlo, esta vez con Aurelio como testigo. Miguel no tardó en derrumbarse.

—Yo no quería... —susurró—. Solo quería proteger a Aurelio. Él no habría soportado un juicio. Ya estaba enfermo. La grieta... el vertido... todo había sido culpa mía también.

—¿Lo golpeó? —preguntó Marisa.

—Solo quería asustarlo. Juro que solo eso. Pero Artur perdió el equilibrio. Cayó sobre una roca. Sangraba mucho. Aurelio gritó. Yo... me paralicé.

Aurelio lloraba en silencio.

Miguel continuó:

—Lo arrastré lejos, al barranco. Para simular una caída. Me llevé la tarjeta. Quería destruirla, pero... no pude. La tiré en el volcán, pensando que nadie la encontraría.

Marisa respiró hondo. Todo encajaba. Un secreto industrial enterrado. Un topógrafo honesto. Dos hombres que no supieron soportar sus propias culpas.

El caso quedó cerrado: homicidio preterintencional, encubrimiento y delito ambiental. Aurelio confesó todo. Miguel también. Elisa fue exonerada.

La inspectora Marisa hizo una última cosa antes de cerrar el expediente. Usó las imágenes rescatadas para generar un ortomosaico final, una reconstrucción fotogramétrica de la última misión de Artur. La imprimió en papel satinado y la colgó en su oficina. En la esquina inferior derecha, donde el sol del amanecer iluminaba la hondonada y el vertido oculto Marisa escribió con rotulador: «La verdad es un terreno que siempre acaba aflorando».

El extraordinario suceso astronómico de Pablo García

Ignacio Urtiaga

El extraordinario suceso astronómico de Pablo García

Ignacio Urutiaga

Pablo García nació para ser un personaje secundario en algunas de las historias con las que habitualmente ocupó el subconsciente de ciertas personas, más o menos imaginativas, cuando su mente no está cien por cien activa. Un nombre propio de inexistente hipocorístico y de naturaleza común que se hace idóneo para dibujar a un joven reflexivo y racional que asiste como invitado a una comida o cena donde el verdadero protagonista defiende ideas retrógradas, como el terraplanismo; o se muestra escéptico con la llegada del hombre a la Luna o, qué sé yo, sobre el calentamiento global. Todas estas líneas argumentales son inducidas fácilmente si se acaba de visualizar un noticiario televisivo. En esos supuestos Pablo García ocupa el quinto lugar en una mesa larga en la que se produce una apasionada conversación en la que interviene con un par de frases pacificadoras de cierta importancia en instantes de transición.

Y así habría sucedido en el relato que estaba previsto que ocupara la duermela de vuestras apacibles siestas si no hubiera sido porque Pablo, al desplazarse hacia el restaurante donde se desarrollaba la acción, sintió una pequeña molestia que le hizo volverse a casa, dejándome irremediablemente con una silla vacía y, lo que es peor, sin una historia que contar.

Pero, en mi suerte de narrador omnisciente y, en este caso, de especialidad científica y de papel casi onírico, no he querido dejar un vacío en vuestras mentes durante este relajante periodo en el que os encontráis, y he salido a dar una vuelta para echar un vistazo a lo que le ha sucedido a mi personaje.



Pablo llegó a su portal mucho más tranquilo. Tras el dolor en el ojo y la proliferación de destellos en la retina, que le habían obligado a bajar del autobús y descartar acercarse a la comida que tenía prevista, no había notado más síntomas que le hicieran pensar que podía tratarse de algo grave. Durante el camino de regreso todo había vuelto a la normalidad y la conclusión parecía clara, no tenía de qué preocuparse. Además, y como compensación no con-fesable, se había librado de aguantar a sus familiares durante toda la tarde.

Subió, optimista, las escaleras hasta el segundo piso y entró en su apartamento dispuesto a dejarse caer sobre la cheslón y cerrar un rato los ojos para descansar la vista.

Despertó casi hora y media después y, como tantas veces sucede cuando uno se queda dormido de forma imprevista, tardó en ubicarse un poco. Acto seguido, caminó arrastrando los pies hasta el baño. Abrió el grifo, se inclinó sobre el lavabo para lavarse un poco la cara y, al incorporarse, lo vio.

Claramente, en su ojo izquierdo.

Primero rascó con su uña en el espejo pensando que era una pequeña mota que no había limpiado bien. Pero no. Quizá era una pequeña herida, fruto del dolor que sintió en el autobús. Una de esas laceraciones en el globo ocular que no van a más, aunque suelen ser molestas. Tampoco. Igual se le había metido algo en el ojo.

Parpadeó varias veces, pero aquella marca seguía allí.

En el borde del iris, sin llegar a la parte blanca, había aparecido una pequeña sombra de color oscuro, como una muesca, como la mordida de un ratón diminuto.

No dolía, no molestaba. En realidad, apenas se veía.

Pensó en llamar a su madre, pero recurrió a la nunca recomendable consulta en internet. Tras descartar las pesimistas primeras respuestas, quedó complacido al comprobar que existen lunares y pecas también en los ojos.



El día siguiente se anunció inundando sus sábanas de rayos de sol. En los primeros días de agosto los amaneceres acostumbraban a colarse en su habitación. En algún sitio había leído que, en su recorrido, la Tierra hacía que la presencia del Sol coincidiera un par de veces al año en el mismo punto, y recordó que, a principios de mayo, también se despertaba con aquel potente beso de luz.

Había dormido bien, pero seguía teniendo cierta inquietud, así que se acercó al espejo del armario para analizar la evolución de su extraña dolencia. La sombra seguía allí. En el mismo lugar. ¿O se había desplazado? ¿Acaso había crecido?

No era lo que se dice una persona aprensiva. Volvió a mirar. Igual no, o puede que sí.

A media mañana decidió salir a dar una vuelta. Se percibía en el ambiente una reconfortante combinación vacacional: buena temperatura, verano, horario matinal, capital de interior. Como si hubieran llenado las calles de gente que normalmente no estaría allí. Niños jugando en horario escolar. Madres y padres persiguiéndoles por calles peatonales en lugar de ocupar sus puestos de trabajo. Jubilados buscando la sombra en vez del sol. Todo ello entremezclado con la sensación de ausencia de los que se fueron a la costa al empezar el mes, y el agradable ambiente que provoca el escaso tráfico y la ausencia de ruido en la ciudad.

Absorto en ese tipo de reflexiones se hallaba Pablo cuando vio su reflejo en un escaparate paseando junto a él. Se paró y aprovechó el brillo del cristal para observar su cara. Pegó la nariz a su imagen, y se centró en su iris.

—Puedes pasar a verlas dentro—. La chica que se dirigía a él estaba a apenas un par de metros, apoyada en la puerta del comercio. Mascaba chicle. Era

morena y llevaba el pelo recogido en una trenza que le llegaba casi al costado. Lo miraba, curiosa, con grandes ojos de ardilla, de color castaño. Debía de tener su misma edad.

Vestía una bata turquesa con un logotipo bordado en el pecho.

Pablo no reaccionó. Entre la claridad del mediodía y lo inesperado de la situación le dio la sensación de estar ante una aparición.

—Pues eso —continuó la joven—, que sé que, a estas horas, cuesta ver las gafas en el escaparate. Es culpa del sol. ¿Te interesa alguna en particular?

—Eh... no, simplemente estaba haciendo una comprobación. En mi ojo... —aclaró, señalándolo.

La muchacha desplegó una sonrisa de cuarto creciente y se acercó, concentrando la mirada...

—Déjame ver...

De repente, nuestro protagonista, vio cómo su interlocutora invadía su espacio y, a escasos diez centímetros, entrecerraba los ojos a la altura de los suyos, escudriñando en su interior.

—Oye, pues sí. Tienes algo raro. En el iris. Pasa dentro.

Y tan pronto como acabó la frase, se dio la vuelta y entró en la tienda. Pablo quedó un instante petrificado pero, sin saber cómo, aceleró de repente y se vio arrastrado al interior tras los pasos de la chica.

—Siéntate aquí —dijo la chica mostrando un sillón, particularmente rodeado de diversos aparatos.

Cuando se sentó, Pablo tomó consciencia de dónde se hallaba. La muchacha se percató por la expresión que dibujó el rostro del joven.

— Trabajo aquí, en verano. La óptica es de mis tíos. Yo soy de Barcelona, y me queda un año para acabar la carrera. Pero no te preocupes, estoy súper-preparada —una sonrisa acompañó la afirmación y alimentó la pausa—. Desde hace poco firmamos un acuerdo con una franquicia francesa y hacemos fotos de los iris. Con la luz indirecta que se aplica queda muy bonito casi cualquier ojo.

Encendió las luces y acercó una especie de cámara acoplada a un brazo mecánico...

—Aunque he de decir que a ti no te hace falta ningún realce... —ahora ya reía abiertamente. Se colocó un poco la coleta y añadió:

—Me llamo Diana.

—Pablo —respondió con voz entre apocada y sorprendida nuestro personaje.

Diana hizo dos o tres fotos y comprobaron en el ordenador que, en efecto, la mancha seguía allí y, lejos de desaparecer, parecía ir ocupando más espacio con el paso del tiempo.

—¿Desde cuándo lo tienes? —preguntó ella.

—Desde ayer. Había quedado a comer y me dio una especie de pinchazo mientras iba en el autobús.

—¿Qué autobús? —se interesó ella.

—El dos.

—Curioso, precisamente el mismo que cojo yo.



A media tarde, Pablo aún no había logrado quitársela de la cabeza. La personalidad deslumbrante de aquella chica le había hecho olvidar su afección ocular. Su principal objetivo entonces era encontrar la ocasión para volver a

verla. Una vez analizadas las fotos habían estado charlando un buen rato junto al mostrador. Hasta que empezaron a entrar clientes y pensó que lo mejor era marcharse a casa. No sin antes recibir un «hazme una visita cuando quieras» —¿había guiñado el ojo?—, a modo de despedida. Así que, en esos momentos, su mente era una sucesión de crujidos y sonidos mecánicos valorando cuándo era el mejor momento para cumplir con el deseo de Diana. Una sonrisa bobalicona acompañaba sus elucubraciones así que decidió que era el mejor momento para ir... al médico.



—¿Y qué te han dicho?

En efecto, acercarse aquella misma tarde habría sido dejar demasiado claro su interés, y su impaciencia, con lo que, hasta la mañana del día siguiente, Pablo no se había decidido a repetir la visita.

—Estuve en urgencias. Como no me dolía me comentaron que lo mantuviera en observación. Tengo cita con el oftalmólogo la semana que viene. No es algo habitual, pero tampoco le han dado mucha importancia.

—Pues yo he estado investigando. Ven conmigo.

Cogió una pequeña linterna de un cajón y, sin avisar, usó sus dedos a modo de pinza para separar los párpados del ojo de Pablo y, acercando la luz, afirmó categóricamente:

—No crece, se desplaza.

A Pablo aquella sentencia, quizá amplificada por la proximidad entre ambos cuerpos, le pareció a la altura del «Cogito, ergo sum» de René Descartes.

—Le estuve dando vueltas durante toda la tarde —así que ella también se acordó de él— y tengo una teoría que igual te parece descabellada —cambió de tono para añadir—, que conste que no he tomado nada raro, aún no ha anochecido —sonrió como solo pueden hacerlo los ángeles—. Creo que en

tus ojos se está reproduciendo un eclipse. ¿Habrás oído hablar de él? ¿Al menos del de mañana, ¿no?

Pablo asintió, expectante. Era ciudadano del mundo, claro.

Diana se acercó al mostrador y cogió unas gafas de cartón, parecidas a las que regalan en el cine cuando vas a ver una película en 3D pero, en lugar de láminas de plástico de color, estas montaban un filtro oscuro diferente. Señaló el esquema que estaba impreso en la montura.

—Los eclipses se producen cuando un cuerpo celeste, como la Luna, se interpone en la trayectoria de la luz de una estrella, en este caso el Sol, y proyecta su sombra sobre un planeta, la Tierra. Pues creo sinceramente que entre tú y la luz que te hace ver, se ha interpuesto algo. Y tenemos que averiguar qué. Póntelas —le ofreció las gafas—, ¿qué ves?

—¿Nada?

—Vaya, había imaginado que estuvieras adquiriendo una especie de superpoder que te hiciera ver en la oscuridad. ¿Y sigues viendo a pesar de que la sombra ha crecido?

—Perfectamente. Por cierto, te queda mejor el pelo así.

Diana no esperaba el golpe y se ruborizó un instante. Aun así, reaccionó con rapidez.

—Lo sé. Te has ganado unas gafas gratis y... ¿mi agradable compañía para ver el eclipse?



La gente se acumulaba en el cerro de San Juanillo esperando el acontecimiento.

Era el 12 de agosto de 2026 y, como habían advertido una y otra vez los medios durante el último año, a la caída de la tarde llegaba un acontecimiento

astronómico que llevaba ciento catorce años sin darse en España. Unos miraban con impaciencia su reloj, otros esperaban pacientes, sentados en la ladera, con las gafas puestas. El murmullo general paró de repente. Se produjo un cambio de luz y las sombras empezaron a verse más nítidas, como si algún especialista en programas de tratamiento de imagen estuviera mejorando el detalle de sus bordes.

Luego, cientos de personas se sincronizaron señalando el cielo. El espectáculo había comenzado.

Diana y Pablo, sentados en un saliente rocoso, observaban a través del filtro negro como el sol se convertía en un queso luminoso gigante al que alguien no hubiera podido evitar dar un bocado.

—Es increíble —dijo Diana—. Dos cuerpos que viajan a velocidades distintas y a distancias siderales y coinciden exactamente en un punto en el que nos encontramos nosotros, insignificantes, para que podamos verlos. Una alineación perfecta.

—Sí, claro —respondió Pablo, asintiendo—. Como si hubieran quedado, después de tanto tiempo, para una cita.

Diana lo miró de soslayo.

— Exactamente. Lo curioso es que debería haber un eclipse de Sol cada veintiocho días, que es lo que la Luna tarda en dar una vuelta completa, pero el ángulo y la distancia de la órbita lunar, hace que ocurra en contadas ocasiones.

Tras unos segundos observando en silencio la joven se quitó las gafas.

—Hay que descansar un poco, Pablo. No conviene exponer las retinas tanto tiempo seguido, aun con gafas adecuadas.

Pablo se quitó las gafas y apartó la mirada. Ella volvió a fijarse en él.

—Tu ojo.

—¿Qué pasa?

La sombra había crecido en el iris. Ahora ocupaba casi la mitad del círculo verde.

—¿Sigue sin dolerte? —preguntó señalando al ojo—. Ahora mismo es clavado al Sol. Como si fuera un reflejo de él. Como en esas opciones de proyección sobre papel que han estado explicando en la tele para ver el eclipse sin mirar al Sol.

La mancha se fue desplazando en perfecta sincronía con la Luna. Diana siguió hablando con él, contándole alguna que otra vivencia personal y, sobre todo, quitando hierro a la afección; y Pablo se fue autoconvenciendo de que aquello desaparecería a la vez que el eclipse.

De pronto el cielo cambió de color. Los pájaros, en silencio, iniciaron un vuelo en bandadas desacompañadas. Bajó la temperatura. Apenas se veía el Sol, que ahora mostraba pequeños puntos brillantes resplandecientes alrededor de la Luna.

—Son las perlas de Baily —gritó alguien.

—Ya llega —afirmó un anciano a unos metros de ellos.

Sus manos se entrelazaron de forma autónoma, sin que ellos se dieran cuenta.

Y entonces entraron en una penumbra profunda que cubrió de negro todas las formas a su alrededor, como si un gigante hubiera extendido una muselina negra del tamaño de una ciudad sobre aquella zona.

Pablo notó que todo su iris estaba ocupado por la sombra. No lo podía ver, pero lo sentía. Ahora lo tenía claro. Se disiparía al terminar el eclipse solar.

A su lado Diana susurraba:

—Estoy aquí.

Y en un momento, tras la fase de totalidad, Pablo llegó a pensar que otros labios habían rozado los suyos.

La segunda parte del eclipse transcurrió como si alguien hubiera apretado el botón de rebobinar de un proyector de vídeo. La Luna fue apartándose, dejando el protagonismo al astro rey, esbozando un baile de luz y sombra que dibujaba un yin yang inmenso. Los pájaros regresaban desconcertados. El rumor de la gente, que había permanecido en silencio, cobraba intensidad.

Cuando terminó, Diana y Pablo se encontraban asombrados. Sus ojos brillaban de forma especial, conteniendo la emoción.

—¿Se ha ido? —preguntó Pablo al quitarse las gafas, intentando no parecer intranquilo.

—¿La mancha?

Diana se acercó a él y lo observó fijamente.

—No, aún no. Se ha movido, pero...

Pablo quedó un poco desilusionado. No pudo añadir nada. Diana se dio cuenta de lo que le pasaba por la cabeza.

—Pero es muy bonito —añadió—. Es como si guardaras dentro de ti el eclipse que acabamos de contemplar. Fíjate en toda esa gente, mirando las fotos de sus móviles... A mí me basta con mirarte a ti.

Añadió un pequeño beso en la comisura de los labios a la terapia. Lo cogió de la mano y abandonaron, junto a cientos de personas, el lugar. Caminaron hasta el centro de la ciudad sin apenas mediar palabra. Al llegar a la altura de la óptica, Diana se puso seria y, recogiendo las manos de Pablo con las suyas, preguntó:

—¿Vendrás mañana a verme?

Y, tras un silencio, añadió:

—Es mi último día.



Que el día 13 fuera el de la despedida parecía elegido con cierta sorna por algún dios agorero desde su poltrona en el Olimpo. Pero se dio la circunstancia de desarrollarse con cierta benevolencia. Diana dejó que su tía ocupara su turno en la óptica y pasó todo el día con Pablo. Pasearon por las calles antiguas y la zona comercial. Comieron en una pequeña taberna a los pies de la catedral y disfrutaron de una larga sobremesa que sirvió para que aquellos hilos que los habían unido tomaran la consistencia de un tejido en punto inglés. Casi con la noche pidiendo permiso para ocupar el cielo límpido de Palencia, se despidieron en el mismo lugar donde se conocieron.

Diana le habló con el tono más serio que Pablo había percibido en cualquiera de las conversaciones de los últimos días.

— Puedes llamarme cuando lo necesites. Y mándame mensajes al móvil con cualquier cosa que se te ocurra. Estoy intrigada por saber qué te dicen el lunes que viene en la consulta. En realidad, quiero conocer qué pasa al final con ese eclipse, con esa alineación perfecta que solo pasa una vez en décadas... No te olvides de mí.

— No te preocupes, serás la primera en saberlo. Eres como la Luna, y espero que te mantengas en mi cielo, aunque no pueda verte.

Ninguno dijo adiós, pero lo sellaron con un beso.

Pablo volvió a casa con el ritmo que lleva alguien que no quiere llegar a su destino, aprovechando la ruta para recordar. Al pasar por los viejos multicines encontró, donde se ponía la cartelera, una superficie de cristal a modo de espejo. Acercó su cara todo lo posible y se concentró en su ojo. La mancha había desaparecido.

Sonrió para sus adentros, alzó las cejas, y siguió su camino pensando en que quizás, hacía unos días, en aquel autobús...



Aquí me di cuenta de que Pablo había dejado de ser un personaje secundario en mis historias para protagonizar una de las más hermosas que había ingeniado.

Tendría que buscarle sustituto, claro, el personaje había crecido lo suficiente como para dejar de ser un secundario, eclipsando a otros con los que compartía historia.

Pero eso era lo de menos. Hasta yo quedé intrigado por lo que le sucedería después. Como adelanto, y sin que sirva de precedente, ya que un narrador de historias no puede ir tirando por la borda lo que se puede convertir en un relato apasionante con el que amenizar una siesta, diré que el 2 de agosto de 2027 hubo otro eclipse total, aunque fue parcial en su zona. Y sí, lo vieron juntos. Y también, lo vieron pasar sobre su ojo izquierdo pero, como podéis imaginar, esta vez la marca no se llegó a borrar del todo.

El error perfecto

Chus Comellas

El error perfecto

Chus Comellas

El vértice no parecía alterado.

Clara, técnica del Instituto Geográfico Nacional, lo miró desde antes de acercarse, como si el hormigón pudiera delatarse a distancia. La placa seguía incrustada, los números grabados intactos, la base limpia de golpes recientes.

El monte alrededor tampoco ofrecía explicación: tierra oscura, agujas de pino, la pista deshecha por la lluvia vieja.

Montó el equipo y esperó.

La primera lectura le pareció normal.

La segunda le molestó.

La tercera le quitó el aire: la desviación era exactamente la misma.

No era grande. Era limpia.

—¿Cobertura? —preguntó Mauro, con la voz de quien todavía confía en lo simple.

Clara negó.

Los fallos bailan. Se corrigen solos, se contradicen, piden paciencia. Esto no pedía nada. Esto afirmaba.

Repitió. Confirmó. Anotó.

La cifra volvió a aparecer con la misma insistencia.

0,0017.

Un número insignificante para cualquiera. Un roce. Una mota. Algo que ni se ve.

Pero repetido con esa exactitud... ya no era un error.

Era una firma.

Clara rodeó el vértice despacio. No encontró huellas evidentes, ni tierra removida, ni grietas. Si alguien lo había tocado, lo había hecho con cuidado.

Demasiado cuidado para ser vandalismo. Demasiado fino para ser casualidad.

Guardó el cuaderno sin comentar nada.

—¿Siguiente punto? —dijo Mauro, intentando devolverle al día su rutina.

—Sí.

En el segundo vértice, Clara ya no sintió sorpresa. Sintió anticipación, como quien llega tarde a una cita que no pidió.

Montó, esperó, midió.

La cifra salió a la primera.

La misma.

0,0017.

Mauro dejó el silencio crecer.

—Eso... no pasa.

Clara sacó el plano y marcó ambos puntos con un círculo. Los unió con una línea fina, más por necesidad que por lógica. Dos puntos no decían nada todavía. Pero dos puntos iguales ya no eran una anomalía.

Eran una decisión.

Alguien había decidido desplazar el mundo un milímetro y dejarlo perfectamente colocado en su nueva mentira.

El tercer vértice estaba a nueve kilómetros, en una loma más baja, sin árboles que protegieran del viento. Desde allí se veía el valle extendido como una superficie quieta.

Clara no habló durante el trayecto.

Cuando llegaron, no sintió curiosidad. Sintió confirmación.

Montó. Esperó. Miró el horizonte.

La lectura apareció.

No necesitó repetirla para saberlo.

0,0017.

Esta vez no anotó de inmediato. Se quedó mirando el número como si pudiera romperse bajo presión.

Tres puntos.

Misma desviación.

No era vandalismo.

No era error acumulado.

No era azar: era mano.

Alguien estaba desplazando los vértices con una precisión quirúrgica.

—Esto ya no es cosa del terreno —dijo Mauro, en voz baja.

Clara guardó el equipo y sacó el plano grande, el de campaña completa.

Extendió el papel sobre el capó del coche. Marcó el tercer punto.

Tres círculos rojos.

Los unió con una línea.

Luego trazó otra entre el primero y el tercero.

El dibujo no era perfecto, pero tampoco era caótico. Había una intención geométrica que todavía no comprendía.

Se apartó un paso para verlo mejor.

El centro no estaba en ninguno de los vértices.

Estaba en medio.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Mauro.

Clara no respondió.

Trazó dos líneas más, cruzadas. Calculó el punto medio aproximado.

El lápiz se detuvo sobre una zona del mapa sin relieve destacado. Sin nombre en grande. Solo una referencia menor, casi borrada por el uso.

Un lugar que no destacaba por nada.

—Ahí —murmuró.

—¿Qué hay ahí?

Clara volvió a mirar el mapa.

Nada.

Y eso era lo inquietante.

Porque si alguien se había tomado la molestia de mover el mundo tres veces con la misma precisión, no era para dibujar una figura sin propósito.

Era para proteger —o alterar— lo que estaba en el centro.

Y el centro no tenía nombre.

El camino hasta el punto central no estaba señalizado. No había senda clara, solo un tramo de tierra endurecida que parecía usarse lo justo para no desaparecer.

Clara dejó el coche donde el terreno empezaba a cerrarse y caminó los últimos metros sola. Mauro se quedó atrás, fingiendo revisar el equipo.

El valle, visto desde arriba, parecía plano. Desde dentro, en cambio, tenía pequeñas ondulaciones, matorrales bajos, restos de muros antiguos que apenas se sostenían. Nada que llamara la atención. Nada que justificara una geometría tan precisa.

Se detuvo cuando el dispositivo marcó la posición aproximada que había calculado sobre el mapa.

No había vértice allí.

No debía haberlo.

Solo tierra.

El viento movía la hierba seca en ráfagas cortas. El lugar no tenía nada especial.

Ni belleza. Ni ruina. Ni marca evidente.

Y, sin embargo.

Clara dio unos pasos más, despacio, como si temiera activar algo invisible.

Observó el suelo con atención.

Fue entonces cuando lo vio.

No era una excavación. No era una cruz. No era un rastro evidente.

Era una ligera alteración en la tierra, casi nivelada, como si alguien hubiera removido la superficie y luego la hubiera peinado con cuidado. Un gesto mínimo, reciente, contenido.

Se agachó.

La tierra estaba más suelta en un tramo rectangular, apenas perceptible si no se sabía mirar. Ninguna señal oficial. Ningún indicio claro.

Pero no era natural.

Clara pasó los dedos por encima sin hundirlos. La superficie cedió levemente.

Sintió un golpe seco en el estómago. No por lo que veía, sino por lo que comprendía: alguien no había movido los vértices para desorientar un mapa.

Había creado una zona de duda.

Una franja alrededor de ese punto.

Como si necesitara que el sistema no pudiera cerrarlo del todo.

Se incorporó lentamente.

El valle seguía igual. El viento, igual. El mundo, aparentemente estable.

Pero en medio de esa normalidad había una decisión enterrada con precisión milimétrica.

Clara miró el dispositivo.

Si corregía los vértices, el centro quedaría determinado con exactitud oficial.

Sin holgura.

Sin ambigüedad.

Y lo que estuviera allí pasaría de posibilidad a dato.

Detrás, Mauro la llamó.

—¿Hay algo?

Clara tardó en responder.

—No —dijo finalmente.

Y supo que acababa de mentir por primera vez.

Clara no dijo nada durante el regreso.

Esa noche no abrió el expediente al llegar a casa. Se duchó primero. Se sirvió agua. Se sentó en la mesa sin encender la televisión.

Luego abrió el portátil.

Introdujo las coordenadas centrales en el buscador interno del CNIG. No esperaba encontrar nada concreto. Solo necesitaba comprobar que no estaba imaginando conexiones.

El sistema tardó unos segundos en responder.

Aparecieron referencias catastrales.

Historial de campañas.

Un informe de incidencia menor archivado hacía años.

Y, debajo, una línea más reciente.

Registro asociado a expediente externo.

Clara hizo clic.

El documento no tenía fotografías en la primera página. Solo datos fríos. Fecha. Hora. Punto aproximado. Última señal registrada.

Bajó un poco más.

«Última coordenada conocida».

Clara sintió cómo la habitación se estrechaba.

Siguió leyendo.

Desaparecida.

Mujer. Treinta y dos años.

Búsqueda activa durante tres meses.

Localización indeterminada.

La coordenada registrada coincidía con el centro que había trazado sobre el mapa. No con precisión absoluta, sino con un margen aceptado.

Clara apoyó la espalda en la silla.

Si los vértices permanecían desplazados, esa tolerancia seguiría existiendo. La localización nunca podría fijarse con la precisión suficiente como para clausurar el informe.

Si corregía los puntos, el sistema recalcularía.

El centro quedaría definido.

El expediente podría actualizarse.

No necesitó leer más para entenderlo.

El error no protegía un cuerpo.

Protegía la posibilidad.

Clara cerró el archivo sin imprimir nada. Se quedó mirando su reflejo oscuro en la pantalla.

En algún momento, alguien había entendido lo mismo que ella estaba entendiendo ahora.

Y había decidido intervenir.

Clara volvió al documento como quien vuelve a una herida para comprobar que sigue ahí. Releyó la coordenada, la fecha, las palabras frías.

Localización indeterminada.

El sistema no estaba hecho para la esperanza. Estaba hecho para resolver. Para cerrar.

Abrió el manual interno, no el que se enseña en cursos, sino el que se consulta cuando algo no encaja: procedimientos, tolerancias, umbrales. Buscó sin prisa, con esa calma que solo aparece cuando una idea ya ha tomado forma y solo falta confirmarla.

Precisión suficiente.

Precisión absoluta.

Validación.

Cierre de incidencia.

Encontró la frase en un apartado que parecía escrito para no ser leído: «Se considerará la coordenada fijada cuando la desviación estimada sea inferior al umbral establecido en el procedimiento».

Clara bajó hasta el valor.

No era una cifra solemne. Ni redonda. Ni memorable. Era la clase de número que existe únicamente para que alguien pueda marcar una casilla.

Comprendió entonces por qué el error era tan limpio. Por qué no era 0,002. Por qué no era 0,001.

0,0017 no era un margen cualquiera. Era el mínimo desvío que mantenía la coordenada fuera de «fijada». El borde exacto entre lo que el sistema acepta como definitivo y lo que se ve obligado a dejar abierto.

Sintió una punzada de respeto, casi de asco, ante la elegancia del gesto. No era sabotaje. Era ingeniería moral.

Alguien había probado números hasta encontrar el que no levantaba alarmas, el que no estropeaba mapas, el que no hacía saltar auditorías... y, aun así, impedía el cierre.

De pronto, lo que había en el valle ya no era solo tierra alisada con cuidado. Era una operación diseñada para convivir dentro del sistema sin ser expulsada por él. Un error que imitaba la normalidad con una precisión implacable.

Y lo peor: comprendió que, si ella quería, podía corregirlo de forma impecable.

Podía dejarlo por debajo del umbral y hacer que todo encajara.

Bastaba con ser exacta.

Clara abrió el correo de trabajo, escribió dos palabras en un borrador y no lo envió.

Incidencia resuelta.

Lo borró.

Fuera, la noche seguía igual. Pero el número ya no era un misterio. Era un arma.

Clara volvió al valle al día siguiente.

No avisó a Mauro.

Llegó temprano, antes de que el calor levantara el polvo del camino. Esta vez no caminó con cautela. Fue directa al punto central, como quien regresa a una conversación pendiente.

No tuvo que buscar mucho.

Había una furgoneta blanca estacionada a unos metros, mal colocada, como si quien la hubiera dejado no pensara quedarse demasiado tiempo.

El hombre estaba de espaldas, arrodillado sobre la tierra. No cavaba. Solo pasaba las manos por la superficie, alisándola con una atención casi metódica.

Clara no sintió miedo. Sintió confirmación.

—Sabía que volverías —dijo él sin girarse.

La voz no era joven ni vieja. Sonaba controlada, como si se hubiera dicho esa frase más de una vez.

Al incorporarse, se limpió las manos en el pantalón con un gesto brusco, impaciente, y evitó mirar el punto exacto donde había estado arrodillado.

—Has movido los vértices —respondió Clara.

No era una pregunta.

—Los he ajustado.

—Eso es moverlos.

Él apretó la mandíbula. Miró alrededor, no para orientarse, sino para asegurarse de que estaban solos.

—Cuando el punto es exacto, se cierra.

No añadió nada más.

Clara entendió que no lo haría.

—No sabes qué hay ahí —dijo ella.

—No necesito saberlo.

—No es por ella —añadió, como si le molestara tener que precisar—. Es por lo que hace el sistema cuando decide que ya es tarde.

Silencio.

—Si lo corriges —continuó—, la cifra deja de ser discutible. Y cuando deja de serlo, alguien firma sin volver la vista atrás.

Clara sintió que las palabras caían con la misma precisión que el número en la pantalla.

—¿Trabajaste para el Instituto? —preguntó.

Él no respondió directamente.

—Los márgenes existen por algo.

No había desafío en su tono. Tampoco súplica.

Solo una decisión ya tomada.

Clara miró el suelo entre ambos.

La tierra estaba lisa, casi respetuosa.

—Esto no es tuyo —dijo.

—Tampoco es tuyo.

Y ahí estaba la verdad incómoda.

El sistema no pertenecía a nadie. Pero sus consecuencias sí.

Clara dio un paso atrás.

—Si te denuncio, perderás.

Él asintió.

—Si lo corriges, también.

No hubo más palabras.

Cuando Clara regresó al coche, no miró atrás.

Sabía que no necesitaba hacerlo.

Clara llevó el equipo sola.

No por orgullo, sino por higiene: no quería testigos cerca de la cifra. Había decisiones que se contaminaban con miradas ajenas.

En la loma, el viento era más duro que el día anterior. Le golpeaba la cara con ráfagas cortas, como si el valle intentara expulsarla. Montó el equipo sin prisa.

Niveló. Esperó.

Miró el horizonte mientras los satélites hacían su trabajo invisible.

En la pantalla apareció la primera lectura.

Estaba dentro de la tolerancia.

Clara respiró.

Hizo una segunda.

Más estable.

Una tercera.

La cifra se asentó con una claridad insultante, como si el mundo, al fin, ofreciera su verdad sin resistencia.

Si aceptaba ese número, el punto quedaba fijado.

No «aproximado».

No «probable».

Fijado.

Clara sacó el cuaderno.

Recordó la línea del expediente:

localización

indeterminada.

Recordó cómo sonaba, sin sangre, sin cuerpo, sin historia: una frase capaz de sostener meses de búsqueda y, a la vez, de vaciarlos.

Miró hacia el valle.

Nada había cambiado.

Eso era lo peor.

Porque lo que iba a cambiar no era el terreno.

Era el papel.

Clara pensó en el hombre de la furgoneta. En su forma de alisar la tierra como quien borra una huella para que otra pueda mantenerse.

Pensó en lo fácil que sería hacerlo bien.

Entregar la precisión.

Restaurar la geometría.

Dejar el país recto.

Pensó también en lo fácil que era cerrar un caso cuando el sistema podía apoyarse en un dato definitivo.

Clara apoyó el bolígrafo sobre la cifra.

El dedo índice le tembló una sola vez. No por miedo, sino por la violencia mínima de la elección.

Cambió un dígito.

No lo suficiente como para que nadie lo notara a simple vista.

No lo suficiente como para que los mapas dejaran de funcionar.

Lo suficiente para que el punto siguiera siendo discutible.

0,0018.

Lo escribió con letra firme.

Guardó el cuaderno. Apagó el equipo.

En ese gesto no hubo heroísmo. Solo una forma de resistencia tan pequeña como el margen que acababa de salvar.

Cuando bajó hacia el coche, el viento pareció aflojar, como si el valle aceptara el trato.

El informe lo envió esa tarde.

Asunto neutro. Adjuntos correctos. Procedimiento impecable.

En el campo de observaciones escribió: *«Desviación mínima. Verificación realizada. Precisión suficiente»*.

No era mentira.

Era peor: era verdad con margen.

Clara cerró el portátil y se quedó un momento inmóvil, esperando sentir algo que se pareciera a la culpa.

No llegó.

Lo único que llegó fue la imagen del número original, limpio, repetido, exacto como una respiración: 0,0017.

Un error perfecto.

Un país milimétricamente torcido.

Y, en algún lugar del sistema, una casilla que seguiría sin marcarse.

El sistema tolera márgenes. Clara decidió vivir dentro de uno.

El hombre de las escalas

Rodrigo Javier Barraza Peñaloza

El hombre de las escalas

Rodrigo Javier Barraza Peñaloza

El suelo lo golpeó con una violencia seca. Se aferró a la escalera para no caer y pensó, sin saber de dónde salía la cifra: 8,7 Richter. No la había leído ni oído. Era apenas el reflejo de una mente entrenada para medir magnitudes, incluso cuando lo que ocurría la desbordaba. Y pensó también, con esa ironía miserable que regala el miedo, que había pasado veinte años explicando la escala de Richter y que, llegado el caso, estaba confiando más en una escala de aluminio atornillada a una muralla que en todo el lenguaje sísmico que llevaba encima.

La zona de contacto entre la placa de Nazca y la Sudamericana se parecía a ciertos odios antiguos: dos voluntades empujándose en silencio durante siglos, una hacia el este y la otra resistiendo con la masa entera de un continente. No era un combate visible. Quedaba enterrado bajo el océano, donde la placa oceánica terminaba hundiéndose en la mítica Fosa de Atacama bajo la otra, no por mansedumbre, sino por imposición. Antes del descenso venía el atasco. El largo engaño inmóvil. Entretanto, las placas seguían presionando y la roca acumulaba energía con una paciencia mineral, como si el planeta supiera esperar el momento exacto para demostrar su poder.

Álvaro Vega había llegado al norte de Chile por una ruta menos noble que la esperable. En su juventud imaginó congresos, equipos de prestigio, proyectos internacionales, una carrera dibujada con la limpieza de los buenos mapas. Lo que obtuvo fue otra cosa: una serie de malas decisiones, discretas al principio, luego persistentes, que terminaron empujándolo hacia el borde de

su propia vida con la misma lógica opaca con que se abren las grietas cuando nadie quiere verlas.

Había sido bueno. Lo bastante para publicar, para hablar en congresos con la serenidad de quien convierte la incertidumbre en oficio, para parecer más sólido de lo que era. En Madrid trabajó años en geodinámica, tectónica y peligro sísmico. Sabía leer catálogos, discutir sobre acoplamiento interplaca, hablar de lagunas sísmicas con ese aplomo que, en la ciencia como en ciertas mesas, a veces vale más que la verdad. También sabía arruinar lo demás con meridiana precisión. Un matrimonio roto por infidelidades de una vulgaridad ofensiva. Una deuda ridícula. Una pelea perfectamente evitable con un director de proyecto.

Alcohol en la cantidad exacta para no admitir nada y perder, de todos modos, lo importante. Cuando aceptó el contrato en Chile, no eligió: cayó. Pero cayó con esa elegancia verbal que todavía confundía con carácter.

Tenía una cicatriz fina, casi blanca, en la comisura de la ceja izquierda. Al principio apenas se notaba. Después uno entendía que ordenaba la cara entera. Le daba una dureza involuntaria, como si alguien hubiese corregido en seco un rostro demasiado seguro de sí mismo. Bajo esa línea, la mirada era clara y fatigada; las manos, largas, seguían moviéndose con precisión de laboratorio incluso cuando el resto de él empezaba a descomponerse; y, cuando callaba más de la cuenta, se le marcaba en el cuello una pulsación rápida, incongruente con el tono controlado que usaba para hablar. La consultora que lo contrató necesitaba exactamente eso: un geofísico con currículum suficiente para firmar informes sobre riesgo sísmico y geotécnico en una franja costera del norte, donde coincidían instalaciones portuarias, proyectos mineros y pequeñas localidades que a la empresa solo le interesaban cuando interferían con una línea de trazado. Álvaro aceptó por dinero, por fuga, por vanidad. Creyó que en un país sísmico su oficio volvería a tener peso. Lo primero que descubrió fue que en Chile la geofísica no impresionaba a nadie.

La dueña de la pensión donde se hospedaba se lo preguntó al segundo día mientras secaba vasos.

—¿Y usted a qué se dedica?

—Soy geofísico.

La mujer alzó las cejas apenas.

—Ah. De los que estudian los temblores.

—Entre otras cosas.

—Entonces aquí no le va a faltar tema.

Siguió secando vasos. Era una mujer de hombros anchos y modales secos, con una forma de atender que mezclaba cordialidad e indiferencia. Álvaro se quedó de pie un segundo más, como si esperara que la frase tuviera una continuación admirativa. No la tuvo.

Aquello lo irritó más de lo razonable. En España su oficio todavía podía envolverlo una cierta luz técnica, una seriedad abstracta que protegía bien a los especialistas mediocres y mejor a los soberbios. En Chile era poco más que una redundancia. Los taxistas hablaban del terremoto de 2010 sin solemnidad.

Los maestros de obra levantaban muros de albañilería reforzada no porque supieran nombrar las tensiones que los recorrían, sino porque así habían aprendido y porque la Tierra les había enseñado, una y otra vez, que era esa la forma en que un muro debía plantarse para resistir. Una tarde, en una caleta al sur de Mejillones, intentó explicarle a un pescador la diferencia entre maremoto y tsunami. El hombre lo escuchó con una paciencia educada y luego dijo:

—Mire. Póngale el nombre que quiera. Si el mar se recoge raro, uno sube el cerro.

La frase le quedó atravesada durante horas. Lo humillaba por exacta. Él llevaba el vocabulario; el otro, la jerarquía del conocimiento.

El trabajo lo obligó a recorrer terrazas marinas, laderas de material suelto, explanadas donde se proyectaban obras con nombres optimistas y presupuestos obscenos, caletas pegadas a la costa como si estuvieran ahí por obstinación y no por diseño. Revisaba informes mal hechos, corregía modelaciones

apuradas, discutía con ingenieros que no querían certezas —porque no existían—, sino números presentables. Por las noches bebía solo en la pieza de la pensión, con el computador abierto sobre artículos que conocía de memoria: grandes rupturas de subducción, segmentación del margen chileno, recurrencias, paleosismología. Había algo litúrgico en esa rutina. No estudiaba de verdad. Se administraba la ilusión de seguir siendo el hombre que había perdido.

La semana del terremoto lo enviaron con urgencia a revisar unas mediciones defectuosas en una pequeña localidad costera donde la empresa planeaba ampliar infraestructura. El informe preliminar mostraba inconsistencias menores en las referencias y un problema de emplazamiento en unos equipos.

Nada grave. Nada que no pudiera esperar. Pero alguien en Santiago decidió que debía resolverse de inmediato. Esa decisión, tan innecesaria como tantas otras en la vida de Álvaro, lo condujo a estar exactamente donde no debía.

Viajó en camioneta con un técnico local, Benjamín, un chileno joven que conducía con una calma casi insultante por caminos que parecían hechos para poner a prueba la suspensión del vehículo. Benjamín hablaba poco. Tenía la cara de quien parece distraído, aunque no se le escapaba nada, y una voz baja que sonaba perezosa hasta que decía algo útil. Durante el trayecto cruzaron quebradas secas, filos de cerro amarillos, franjas donde el desierto parecía haber llegado hasta el mar solo para vigilarlo.

—¿Aquí tiembla mucho? —preguntó Álvaro, más para quebrar el silencio que por verdadero interés.

—En todos lados —dijo Benjamín, sin dejar de mirar el camino.

—Sí, pero aquí, en esta zona.

—A veces más. A veces menos.

—¿Y la gente se preocupa?

Benjamín sonrió apenas.

—Mire. Si es chico, nadie pesca. Si es más o menos, se comenta. Si es grande, se sube al cerro.

No lo dijo con orgullo ni con épica. Lo dijo como quien enumera las partes de una herramienta. Álvaro miró por la ventanilla y no respondió. La frase lo incomodó precisamente porque no intentaba impresionarlo, pero daba la medida exacta de lo que las fuerzas tectónicas habían hecho con la gente del lugar: la habían modelado a su entera voluntad.

Llegaron cerca del mediodía. La localidad era Caleta Ensenada. Cuando Álvaro la vio, pensó en un decorado abandonado de ciencia ficción. La bahía tenía una perfección hostil: una media luna de agua quieta al pie de farallones estratificados, como si alguien hubiera cortado el desierto con un cuchillo y dejado a la vista sus capas antiguas. La roca clara devolvía una luz sin piedad, el mar guardaba una calma demasiado lisa y las montañas del fondo levantaban un horizonte seco, descarnado, casi de otro mundo. No costaba imaginar que, de un momento a otro, asomara en la arena alguna ruina imposible o el resto de la Estatua de la Libertad enterrada por siglos de sal y viento.

Había botes vencidos, techumbres bajas, galpones de madera cansada, casas que parecían sostenerse unas a otras por solidaridad estructural. El aire traía sal, combustible, pescado viejo, metal calentado por el sol. Perros echados a la sombra. Niños corriendo entre neumáticos. Mujeres hablando desde puertas abiertas. Todo daba una impresión extraña: fragilidad absoluta y adaptación perfecta a esa fragilidad.

El equipo que debían revisar estaba instalado en una cota baja, junto a una explanada señalada con hitos y estacas para el proyecto. Benjamín bajó herramientas. Álvaro abrió el maletín y comenzó a comprobar datos con una concentración minuciosa que, en realidad, le servía de refugio. Durante horas discutieron referencias, nivelaciones, márgenes de error, la clase de discrepancias pequeñas que sostienen discusiones largas entre gente mal pagada.

A media tarde sintieron un temblor menor. Fue una vibración oblicua, breve, casi un roce. Una mujer que pasaba con una bolsa tocó la pared hasta que terminó. Dos hombres levantaron la vista hacia los cables. Un perro abrió un ojo y volvió a dormirse. Un niño siguió corriendo. Nadie interrumpió el día.

Álvaro, en cambio, alzó la cabeza.

—¿Lo notó?

—Sí —dijo Benjamín, sin dejar de ajustar una pieza.

—Fue largo para lo chico que fue.

—Puede ser.

—Podría venir de más afuera.

Benjamín cerró la caja de herramientas y lo miró con una paciencia sin ironía.

—Don Álvaro, si uno se pone a pensar cada temblor, no hace ninguna pega.

No había burla. Había algo peor: una pedagogía involuntaria. Álvaro sintió esa mezcla de irritación y vergüenza que ya empezaba a resultarle familiar.

Había dedicado años a estudiar uno de los márgenes de subducción más activos del planeta y, sin embargo, frente a la gente que vivía allí, seguía pareciendo un extranjero demasiado atento a lo que para otros era apenas el modo normal del suelo.

No alcanzaron a terminar antes de que cayera la tarde. La camioneta, además, presentó un problema menor, de esos que aconsejan no tentar la noche en caminos malos. Benjamín propuso quedarse y salir al amanecer.

Álvaro aceptó sin discutir. Estaba cansado, arrastraba el mal dormir de los últimos días y no le molestaba postergar unas horas el regreso. Esa decisión pequeña, tomada con pereza elegante, fue la última de la cadena.

Los alojaron en una casa donde arrendaban piezas a trabajadores eventuales. La dueña era una mujer flaca, de movimientos rápidos y cara severa, que hablaba como si estuviera retando incluso cuando ayudaba. Les sirvió una comida simple, acomodó dos camas estrechas en una habitación compartida

y les indicó dónde quedaba el baño sin añadir una palabra innecesaria. Sin embargo, antes de irse, dejó una manta extra a los pies de la cama de Álvaro. Brusca y cuidadosa. De esas personas que jamás se permitirían parecer tier-nas.

Afuera, el pueblo se fue apagando con lentitud. Álvaro salió a fumar. El cie-lo del norte tenía esa claridad excesiva que, de tan limpia, dejaba de ser her-mosa y se volvía una forma de exposición. El mar, al fondo, respiraba con una calma densa, animal. Pensó en su exmujer, como a veces pensaba cuando el cansancio le aflojaba la soberbia. Pensó también —sin querer, o fingiendo que sin querer— en un artículo reciente sobre segmentos de alto acoplamiento en esa porción del margen. Recordó un mapa. Una mancha roja frente a la costa. Una probabilidad formulada con la elegancia cobarde de los *papers*.

Después se rió de sí mismo, expulsó humo y aplastó el cigarro con la punta del zapato. No iba a convertir cada noche frente al Pacífico en el prólogo de una catástrofe.

Durmió mal, pero eso ya no tenía nada de excepcional.

A la mañana siguiente, el terremoto llegó sin ceremonia.

No hubo perros anunciándolo, ni pájaros desordenando el cielo, ni presen-timientos literarios que después pudieran aprovecharse en un relato.

Hubo, primero, un golpe seco desde abajo. No un balanceo: un golpe. La taza sobre la mesa tintineó una sola vez. Benjamín, que estaba agachado ama-rrándose los zapatos, alzó la cabeza. Afuera alguien dijo algo que no se alcan-zó a entender. Álvaro, por costumbre profesional, alcanzó a registrar una idea fugaz: componente vertical marcada.

Después vino lo demás.

La casa dejó de parecer una casa. Las paredes crujieron con un sonido hú-medo, como madera vieja desgarrándose por dentro. El piso se desplazó con una amplitud obscena. Álvaro intentó ponerse de pie y el cuerpo se le fue de costado antes de obedecerle; se golpeó el hombro en el marco de la puerta,

alcanzó a sostenerse en una silla, perdió la silla, dio dos pasos falsos y entonces entendió —no como conclusión intelectual, sino con la violencia instantánea con que el cuerpo resuelve lo que la mente demora— que el temblor de la tarde anterior no había sido simple ruido de fondo, que la frase de Benjamín venía ahora a cerrarse como una trampa, y que esto, esta duración imposible, este suelo que ya no se dejaba habitar, no pertenecía a la familia de los sismos que se comentan y continúan. La habitación se le fue hacia un lado.

Después hacia el otro. Después abajo. Tuvo que abrazarse a la escalera de acceso interior para no salir despedido. Y ahí, aferrado como un animal torpe, ya no pensó nada más: supo.

Benjamín logró abrir la puerta y salir casi arrastrándose.

—¡Si sigue así, arriba! —gritó—. ¡Arriba al tiro!

Eso terminó de encajar lo que faltaba. No la teoría. La dirección.

La calle entera era movimiento. No solo las casas; también el aire parecía sacudido, lleno de polvo, de alambres vibrando, de voces partidas por el ruido.

Una muralla se desfondó hacia adentro. Un poste golpeó los cables con un tableteo metálico. Un bote varado avanzó unos centímetros sobre la arena, como si una mano enterrada lo hubiese empujado desde abajo. La sacudida seguía, lateral ahora, brutal, interminable. No era solo intensidad. Era persistencia. Ese detalle, más que ningún otro, lo atravesó con una claridad glacial.

No calculó magnitud. No se dijo Nazca ni Sudamericana ni ruptura interplaca. No hizo ninguna de las cosas inteligentes que durante años imaginó que haría un geofísico enfrentado a la prueba final de su disciplina. Apenas entendió dos hechos desnudos: aquello era gigantesco y, si el mar obedecía la lógica de siempre, tenían muy poco tiempo.

La gente salía de las casas con una urgencia que no necesitaba dramatismo. Un hombre cargaba a una niña todavía adormecida, como si la hubiera arrancado de la cama entera. Una mujer menuda, la misma que la noche ante-

rrior había hablado a gritos, llevaba ahora a tres niños con una eficacia casi militar y no levantaba la voz ni una sola vez. La dueña flaca y severa empujó a dos ancianos calle arriba y, sin dejar de apurarlos, se volvió a recoger una radio envuelta en un paño. Un muchacho que hasta entonces solo parecía bueno para reírse de todo corría nombrando a los vecinos y verificando quién faltaba. Benjamín, siempre lánguido en apariencia, se movía ahora con una precisión rápida, cortante, como si hubiese esperado ese instante durante años sin saberlo.

Nadie aguardó instrucciones. Nadie consultó el teléfono. Nadie hizo preguntas inútiles. El pueblo entero emprendió la subida con la seriedad de lo aprendido demasiadas veces.

Álvaro fue con ellos, aunque durante los primeros metros sintió que no subía por decisión propia, sino empujado por la corriente humana.

Ayudó a levantarse a una señora que cayó al tropezar con un neumático.

Recogió una mochila sin saber de quién era y la cargó cuesta arriba. Se volvió a buscar a Benjamín y lo vio sacar por el brazo a una muchacha que quería devolverse por unos papeles.

—¡Después ve esa cuestión! —le gritó, sin rabia, casi sin voz.

La sacudida principal empezó a ceder, pero no de golpe: se fue deshinchando en una cola larga que dejaba al cuerpo dudando de su propio eje vertical. Subieron por un sendero de tierra suelta, entre rocas mordidas por la sal, matorrales duros y escaleras improvisadas con tablones. Algunos iban en silencio. Otros hablaban demasiado rápido. Una niña lloraba con una furia seca, más ofendida que asustada. Álvaro sintió la respiración áspera en la garganta, las piernas torpes, la humillación exacta de estar teniendo, en medio de la emergencia, una lección demasiado personal.

Cuando alcanzaron una altura razonable y miraron hacia abajo, el mar seguía allí.

Por un instante pareció incluso más tranquilo.

Entonces alguien, a su lado, dijo apenas:

—Mírelo.

La línea de costa empezó a deformarse. No con violencia, todavía. Con algo peor: con decisión. El agua se retiró, dejando al descubierto una extensión irregular de fondo oscuro, piedras, fierros, peces relumbrando al sol, embarcaciones inclinadas sobre costillas de arena húmeda.

Álvaro sintió una humillación distinta de todas las anteriores. Había pasado años enseñando a otros a reconocer condiciones compatibles con tsunamis.

Viéndolo ahora con sus propios ojos, comprendió que buena parte del conocimiento científico no era más que una traducción tardía de lo que el cuerpo, el oficio o el miedo ya sabían.

La primera ola no tuvo nada de sublime. No era un muro azul perfecto ni una imagen apta para la propaganda del horror. Era una masa sucia, cargada de espuma, madera, planchas, bidones, redes, pedazos de techo. Entró por donde minutos antes había calle, reventó contra las primeras estructuras, levantó botes, arrancó cercos, giró una camioneta con una facilidad insultante.

La segunda avanzó más adentro. La tercera encontró menos resistencia y se internó por la caleta como si conociera el camino de memoria.

Nadie alrededor de Álvaro dijo nada grandioso. Una mujer rezó muy bajo, casi con vergüenza. Un niño preguntó por su perro. Un hombre de gorra, mirando cómo desaparecía una bodega, murmuró:

—Era buena esa bodega.

La frase, de tan seca, le pareció a Álvaro más verdadera que cualquier estimación preliminar de daños.

Pasaron horas arriba. Réplicas fuertes. Sol de plomo. Después, un frío que empezó en las piedras y subió por los tobillos. La radio iba y venía entre interferencias, nombres de localidades, reportes fragmentarios, voces oficiales

empeñadas en sonar bajo control. El país comenzaba a narrarse a sí mismo lo ocurrido, pero todavía no sabía cuánto le faltaba por contar.

Álvaro se sentó sobre una roca desde la que se veía una costa irreconocible. A su lado, Benjamín repartía agua. La mujer flaca de la casa, la misma que parecía incapaz de la dulzura, partía galletas para los niños. Un pescador viejo bajó dos veces por mantas para quienes estaban peor abrigados. La generosidad allí no tenía nada de sentimental: se parecía al trabajo.

El mismo pescador que días antes lo había corregido sin querer se sentó cerca.

—Usted era el que estudiaba estas cosas, ¿no?

Álvaro tardó un segundo antes de asentir.

—Sí.

El viejo miró hacia el borde de la costa devastada.

—Bueno. Ahora las conoce de cerca.

No había ironía. Y precisamente por eso, la frase le cayó encima con todo su peso.

Esa noche, bajo un cielo vasto y cruelmente limpio, con la franja del pueblo convertida en una oscuridad torcida junto al mar, Álvaro entendió algo que no podía redactarse en un *paper* ni defenderse en un congreso. Durante años había tratado la Tierra como un problema elegante y los terremotos como una combinación admirable de energía, duración y deformación. Incluso su propia ruina la había contado así: no como el resultado banal de su soberbia, su cobardía y sus decisiones, sino como una secuencia compleja, casi distinguida, de accidentes. Allí, entre personas que no temían a los terremotos porque jamás se habían permitido despreciarlos, comprendió que el conocimiento empieza cuando la distancia se rompe.

Al amanecer bajaron con cuidado hacia lo que quedaba del pueblo. Había barro donde antes hubo calle, restos de embarcaciones incrustados en muros, muebles abiertos como animales destripados, ropa colgando de cables torcidos, charcos salados donde flotaban juguetes, botellas, un zapato sin pareja. Álvaro se ofreció a ayudar en el levantamiento de daños. Tomó una libreta, un GPS, una huincha, lo que encontró. Midió marcas de agua, ubicó puntos, estimó arrastres, escuchó relatos, tomó nota de horas dudosas y trayectorias improbables. Ya no para vestir de precisión el lenguaje de una empresa ni para producir un informe impecable que nadie leería entero. Lo hizo porque, por primera vez en años, cada dato tenía peso humano antes que valor técnico.

Mucho después, cuando la señal empezó a ir y venir y las radios repitieron cifras con ese tono que convierte las catástrofes en noticia universal, alguien dijo por fin:

—Ocho coma siete.

Nadie añadió nada. No hacía falta.

Álvaro levantó la vista hacia la costa quebrada. La cifra quedó suspendida en el aire un instante, útil y exacta, pero insuficiente. No explicaba el bote incrustado en una pared a dos calles del mar. No explicaba una taza intacta sobre una mesa cubierta de barro. No explicaba la serenidad feroz con que esa gente, que nunca se creyó por encima de la tierra, ya empezaba a recoger tablas, a contar ausentes, a ordenar el día.

Anotó una última cota en la libreta. Luego guardó el lápiz y siguió caminando.

Por primera vez en mucho tiempo no se sintió un hombre observando la catástrofe desde afuera. Se sintió apenas eso: un hombre que había llegado tarde a casi todo, pero no del todo tarde para aprender a estar en el mundo.

El día que cambiaron las coordenadas

Manuel Losada

El día que cambiaron las coordenadas

Manuel Losada

La anomalía apareció un martes a las nueve y doce de la mañana mientras revisaba el ajuste semanal del marco regional. No fue una alarma automática ni un mensaje emergente. Fue una ligera desviación en una gráfica que conocía casi de memoria. La componente Este de una estación situada en el noroeste mostraba una deriva sostenida. No era un salto brusco ni un valor aislado. Era una inclinación leve que se prolongaba día tras día.

Amplió la ventana temporal. Nueve días. Cuatro milímetros acumulados.

Cuatro milímetros son invisibles en la vida cotidiana. En su trabajo no lo eran. Cada coordenada publicada por el Instituto Geográfico Nacional descansaba sobre la coherencia de miles de observaciones. Si un punto comenzaba a desplazarse sin causa aparente, la red entera debía examinarse con cuidado.

Revisó parámetros básicos. Calidad de señal estable. Sin interrupciones eléctricas. Sin reinicios del receptor. Los indicadores de trayectorias reflejadas se mantenían dentro de lo habitual. Consultó el registro meteorológico. Lluvias frecuentes, pero no extraordinarias.

Comparó con estaciones próximas. Una de ellas mostraba una variación menor en la misma dirección. La correlación era débil pero suficiente para descartar una incidencia puramente instrumental.

Generó una solución independiente con diferente estrategia de filtrado. El resultado confirmaba la tendencia.

Se levantó y caminó hasta la mesa de procesamiento.

—¿Puedes revisar esta serie sin sesgo previo? —preguntó sin añadir contexto.

Su compañera cargó los datos y observó la gráfica en silencio.

—No parece ruido —dijo al cabo de un minuto—. ¿Has comprobado la estabilidad del pilar?

—Inspección física hace tres meses. Sin fisuras.

—Entonces puede ser deformación real.

Esa posibilidad no provocó dramatismo. Provocó concentración.

En la reunión técnica proyectó la gráfica en la pantalla. El responsable de área observó la línea con gesto neutro.

—Está dentro de tolerancia —señaló—. De momento.

—La coherencia espacial me preocupa —respondió—. No es un valor aislado.

—¿Actividad sísmica reciente?

—Nada relevante en los boletines.

—Solicita apoyo a Teledetección. Que hagan interferometría radar. Si hay deformación superficial el InSAR la verá.

La decisión fue prudente. Ningún sistema de referencia se modifica por intuición. Se modifica por evidencia acumulada.

Aquella tarde visitó a su padre en el hospital. El diagnóstico de deterioro cognitivo había dejado de ser una palabra técnica para convertirse en rutina. El hombre miraba el techo con atención abstracta.

—¿Qué día es hoy? —preguntó sin girar la cabeza.

—Martes.

—¿Seguro?

Asintió.

El silencio se instaló entre ambos.

—Si cambias un punto todo se mueve —murmuró su padre de pronto.

No sabía si hablaba del calendario o de algo más profundo.

De regreso a casa repasó mentalmente el ajuste. Un marco de referencia como ETRS89 se sostiene sobre estaciones consideradas estables respecto a la placa euroasiática. Si una de ellas experimenta deformación local, debe excluirse o corregirse. La estabilidad no es una cualidad permanente. Es una hipótesis que se verifica cada semana.

Al día siguiente recibió el primer análisis interferométrico. El patrón preliminar mostraba una señal débil alineada con la dirección observada por GNSS. Se extendía por una ladera donde había funcionado una cantera décadas atrás.

La convergencia de técnicas cambió el tono de la discusión.

—Si esto continúa tendremos que replantear el ajuste regional —advirtió el responsable.

—La magnitud es pequeña.

—Hoy es pequeña.

La diferencia entre prudencia y pasividad es el tiempo.

Redactó un informe preliminar recomendando vigilancia intensiva. No hablaba de riesgo inmediato. Hablaba de evolución potencial y coherencia entre observaciones independientes.

Firmó el documento con la sensación de que aquel gesto administrativo tenía más peso del que aparentaba.

El movimiento siguió.

Cada nueva solución diaria añadía fracciones de milímetro. La pendiente de la gráfica ya no podía interpretarse como una fluctuación aleatoria.

Teledetección refinó el análisis con nuevas escenas. Tras corregir efectos atmosféricos la deformación superficial resultaba más clara. No era un colapso. Era un deslizamiento lento compatible con inestabilidad progresiva.

En la siguiente reunión nadie mencionó márgenes.

—Hay que informar a la administración autonómica —concluyó el jefe de área—. Sin alarmismo, pero con claridad técnica.

El informe oficial describía desplazamiento horizontal acumulado coherente con deformación detectada por radar. Recomendaba inspección del talud y seguimiento continuo.

Al enviarlo comprendió que el trabajo geodésico rara vez produce titulares. Produce decisiones anticipadas.

Esa noche apenas durmió.

No por miedo sino por responsabilidad. Un punto que se mueve puede alterar proyectos de obra pública, cálculos topográficos, replanteos de infraestructura. Los milímetros importan cuando se encadenan.

A la mañana siguiente la gráfica mostraba un nuevo incremento.

La tendencia ya no era sutil.

Y todavía nadie fuera del ámbito técnico lo sabía.

El viernes llegaron respuestas desde la administración autonómica con un tono cortés y una pregunta que no era técnica.

—¿De verdad es necesario actuar con esto? —dijo por teléfono un ingeniero de carreteras—. Me piden que valore un corte preventivo y aquí no hay grietas visibles.

Él respiró antes de contestar. Si daba un discurso largo sonaría a defensa personal. Si era demasiado breve sonaría a capricho.

—No pido un corte inmediato —dijo—. Pido una inspección del talud y una revisión de drenajes. Tenemos coherencia GNSS e InSAR y la tendencia sigue.

—Cuatro milímetros.

—Cuatro milímetros medidos con continuidad. El problema no es el valor de hoy. Es la pendiente y su persistencia.

Hubo un silencio al otro lado.

—Vale. Mandaré a alguien. Pero necesito un documento que pueda adjuntar.

Se lo envió en menos de una hora con una página adicional donde explicaba de forma clara la diferencia entre un desplazamiento local y uno regional. Añadió la localización exacta y un mapa de contexto con curvas de nivel y trazado de la carretera. Evitó términos que pudieran interpretarse como alarmistas. No escribió riesgo inminente. Escribió posible evolución desfavorable si se saturaba el terreno.

Ese mismo día el coordinador del área le llamó a su despacho. El hombre tenía el don de parecer tranquilo incluso cuando algo lo inquietaba.

—Lo estás manejando bien —dijo—. Pero necesito que entiendas el perímetro. Si esto llega a un órgano externo como una alerta mal formulada, perderemos credibilidad.

—Lo entiendo.

—Lo entiendes porque te importa. A otros les importa cuando les cae encima.

Le señaló una carpeta con informes antiguos.

—Hace años hubo un caso parecido. Se insistió demasiado pronto y resultó ser un problema de instalación. La estación estaba anclada sobre un relleno. Se corrigió y no pasó nada. Desde entonces la palabra deformación genera alergia.

—Aquí tenemos doble evidencia.

—Lo sé. Por eso no te freno. Solo te pido precisión. Cada adjetivo cuenta.

Salió del despacho con la sensación de caminar sobre una línea fina. No quería ser el técnico que exagera y tampoco quería ser el técnico que mira hacia otro lado.

En casa abrió las series temporales completas del último año. Buscó señales previas. Vio pequeñas oscilaciones estacionales y nada que anticipara la pendiente actual. Eso era coherente con un inicio reciente del proceso.

Al día siguiente visitó la estación afectada con un compañero del equipo de mantenimiento. El pilar estaba en un claro junto a una pista forestal. La antena blanca miraba al cielo con una serenidad casi ofensiva. Nada en el entorno gritaba peligro. El paisaje parecía estable. El suelo bajo sus botas parecía firme.

Comprobaron el armario de equipos. Todo correcto. Revisaron anclajes y nivelación. No encontraron fisuras. Tomaron fotografías de referencia. Midieron el entorno inmediato buscando señales de talud activo. A unos metros se

apreciaba un escalón leve en el terreno. Podía ser antiguo y podía ser reciente. Lo registraron.

—Si esto se mueve será por debajo —dijo su compañero—. Nada que el ojo vea con facilidad.

De vuelta a la oficina descargaron los datos de la inspección y añadieron la documentación al expediente. Cada foto y cada nota eran una pieza para sostener decisiones futuras.

El lunes una nueva escena radar reforzó el patrón. La deformación superficial se extendía a lo largo de la ladera con una coherencia que ya no permitía dudas razonables. La atmósfera ya no explicaba todo. El ruido había cedido espacio a una señal. El desplazamiento GNSS seguía el mismo rumbo.

Convocaron una reunión con Teledetección y con personal de sistemas. La mesa se llenó de mapas y gráficas. Nadie alzó la voz. La tensión era de otra clase. Era una tensión de responsabilidad compartida.

—Tenemos que decidir qué hacemos con la estación —dijo el coordinador—. Si la dejamos en el ajuste del marco regional contaminamos el conjunto. Si la sacamos debemos documentarlo y comunicarlo.

—Sacarla implica recalcular coordenadas en el sector —dijo alguien de cartografía—. Habrá usuarios que noten cambios en trabajos de precisión.

—El cambio será milimétrico.

—Para ellos, milimétrico es relevante.

Él escuchó y tomó notas. Sabía que la discusión no era solo técnica. Era institucional. Cambiar coordenadas oficiales implica asumir públicamente que el territorio no es un tablero fijo. La gente acepta que llueva y que haga sol. Le cuesta aceptar que un punto del mapa tenga vida.

—Propongo una exclusión temporal —dijo—. La mantenemos monitorizada y recalculamos el ajuste regional sin su contribución. Si la deformación se

estabiliza la reintroducimos con un modelo local. Si progresa la mantenemos fuera y reforzamos la red con estaciones cercanas.

El coordinador asintió.

—Eso suena razonable. Necesito un informe con trazabilidad completa.

Durante dos días trabajó con precisión casi obsesiva. Revisó filtros. Comparó estrategias de procesamiento. Incluyó análisis de residuos. Explicó la diferencia entre ETRS89 y WGS84 sin convertirlo en manual. Añadió una nota sobre velocidades esperadas de la placa y por qué el patrón observado no encajaba con ese comportamiento regional. Incluyó el mapa interferométrico con un lenguaje prudente. No escribió certeza absoluta. Escribió alta probabilidad.

Firmó el informe un jueves por la tarde. Al hacerlo sintió un leve vértigo. No era miedo a equivocarse. Era el peso de saber que su firma activaría cambios reales.

Esa noche volvió al hospital. Su padre estaba despierto. Parecía más lúcido. Tenía la mirada fija en las manos como si evaluara su propia piel.

—Hoy he cambiado las coordenadas —dijo él sin explicar.

El hombre levantó la vista.

—¿Eso se puede?

—A veces hay que hacerlo. Si el punto se mueve y seguimos fingiendo que no entonces el error se reparte.

Su padre frunció el ceño.

—Antes era más sencillo. Ponías la mira y ya.

—Antes también había errores. Solo que tardaban más en notarse.

El hombre sonrió con una ternura breve.

—Tú siempre buscabas la precisión. Te enfadabas cuando el lápiz no estaba afilado.

Él recordó esa escena con una punzada. En su infancia el lápiz era el mundo. Ahora era el mundo el que se desafinaba.

Al salir del hospital recibió un mensaje del ingeniero de carreteras. Dos líneas. Sin saludo.

«Hemos visto pequeñas grietas en el arcén. Se va a cortar un carril de forma preventiva. Necesitamos confirmación de evolución».

Leyó el mensaje dos veces. Por primera vez el problema había pasado del papel al asfalto. No era un desastre y tampoco era un fantasma. Era un proceso físico que empezaba a tocar decisiones públicas.

Al día siguiente llovió con fuerza. La previsión anunciaba varios días de precipitaciones. En la pantalla la serie GNSS marcó un aumento ligeramente mayor. Pequeño y constante. Como si el suelo aprovechara el agua para deslizarse un poco más.

El coordinador le llamó.

—Prepárate. Si el talud responde a la lluvia puede haber un evento visible. Necesitamos estar listos para explicar y para actuar. Sin dramatizar y sin ocultar.

Colgó y miró la gráfica. La línea seguía inclinándose con paciencia. No había un instante exacto en el que uno pudiera decir ahora empieza el problema. El problema ya estaba en marcha. Solo faltaba que el mundo exterior lo notara.

El aviso llegó de madrugada. No fue una llamada dramática ni una sirena. Fue un mensaje breve en el grupo técnico: «Deslizamiento parcial en talud de la cantera. Carretera cerrada. Sin heridos». Lo leyó a las seis y veinte mientras

el café aún no había terminado de caer en la taza. Durante unos segundos no sintió alivio ni miedo. Sintió confirmación.

En la oficina el ambiente era más denso que de costumbre. Las imágenes tomadas por la brigada mostraban un tramo de ladera desplazado varios metros en superficie. No era un derrumbe masivo, pero sí suficiente para arrastrar tierra y fragmentos de roca hacia la calzada. Las grietas longitudinales que el ingeniero había mencionado el día anterior se habían abierto un poco más.

—La magnitud superficial no es grande —dijo alguien de Teledetección mientras ampliaba la ortofoto más reciente— pero la coherencia con nuestras series es evidente.

—Eso nos coloca en una posición delicada —añadió el coordinador—. Hemos anticipado el movimiento, pero ahora debemos decidir el siguiente paso. ¿Exclusión definitiva o modelo de corrección local?

La cuestión no era teórica. Si la estación permanecía dentro del ajuste regional el desplazamiento seguiría contaminando la solución. Si se excluía de forma permanente el marco perdería redundancia en esa zona. Además, la actualización debía comunicarse con claridad a usuarios que empleaban esas coordenadas para proyectos de precisión.

Él abrió la solución recalculada sin la estación. Las diferencias respecto a la versión anterior eran pequeñas pero consistentes. Milímetros en horizontal que se distribuían de forma homogénea. La red absorbía el impacto. Esa era su fortaleza.

—La solución sin la estación es estable —dijo—. Las residuales se reducen y el ajuste converge mejor. Mantenerla dentro no tiene sentido mientras exista deformación activa.

—Entonces formalizamos la exclusión —concluyó el coordinador—. Y emitimos una nota técnica hoy mismo.

Redactaron el documento con lenguaje preciso. «Tras la confirmación de una deformación local coherente detectada mediante GNSS e interferometría

radar, se procede a la exclusión temporal de la estación afectada del ajuste del marco regional. Se recalculan coordenadas oficiales en el sector conforme a criterios de estabilidad». Cada palabra fue revisada. No había espacio para ambigüedades.

Al enviarlo sintió que el proceso cambiaba de fase. Hasta ese momento todo había sido análisis interno y comunicación preventiva. Ahora se producía una modificación formal del sistema de referencia en esa zona.

Los teléfonos comenzaron a sonar. Empresas de topografía querían saber si debían actualizar sus bases. Una ingeniería que trabajaba en un proyecto cercano preguntó si el cambio afectaba a replanteos ya realizados. Respondió con paciencia y claridad. El desplazamiento era local. La actualización garantizaba coherencia futura. Los trabajos existentes podían mantenerse si habían empleado las coordenadas vigentes en su momento. La trazabilidad era la clave.

A media mañana el ingeniero de carreteras llamó de nuevo.

—El corte preventivo ha evitado problemas —dijo—. El deslizamiento ha sido menor de lo esperado pero suficiente para justificar la decisión. Gracias por la insistencia.

No respondió con euforia. Solo con un «para eso estamos».

En el hospital, su padre estaba más silencioso que otros días. Observaba el techo como si buscara un punto fijo. Se sentó a su lado y le habló del talud sin detalles técnicos.

—El suelo se movió un poco más —dijo—. Hemos cambiado el punto para que el mapa siga siendo correcto.

El hombre giró la cabeza despacio.

—¿Y ahora está bien?

—Ahora sabemos dónde está cada cosa.

Su padre asintió con lentitud.

—Eso es importante.

Aquella tarde regresó a la oficina para revisar la nueva solución del marco regional. La red funcionaba con estabilidad renovada. Las residuales mostraban coherencia. El sistema absorbía la exclusión sin tensión. Ese era el propósito de una red bien diseñada: resistir la pérdida temporal de un nodo sin perder integridad.

Sin embargo, no todo estaba resuelto. La deformación podía continuar. El equipo decidió mantener monitorización intensiva y evaluar semanalmente la evolución. Se planteó la posibilidad de instalar una estación adicional en terreno geológicamente estable cercano para reforzar la cobertura.

Durante los días siguientes la lluvia disminuyó. Las series GNSS mostraron una reducción en la pendiente de desplazamiento. El talud parecía haber liberado parte de la tensión acumulada. No había certeza de estabilización definitiva pero sí indicios de ralentización.

En una reunión posterior el coordinador habló de lecciones aprendidas.

—Lo que ha ocurrido no es excepcional —dijo—. El territorio es dinámico. Lo excepcional sería ignorarlo. Nuestra responsabilidad es detectar variaciones antes de que generen consecuencias mayores.

Él escuchó y recordó el vértice de su infancia. Aquella estructura de hormigón no era inmóvil porque la roca lo fuese para siempre. Era inmóvil porque alguien verificaba periódicamente su estabilidad.

Esa noche al llegar a casa abrió las gráficas una vez más. Miró la línea que durante semanas había descendido con constancia. Ahora parecía aplanarse. No sabía si aquello era un final o una pausa. En geodesia casi nunca existen finales absolutos. Solo estados provisionales mejor ajustados que los anteriores.

Recibió un mensaje de su hermana. «Hoy ha preguntado por el monte». Sonrió. No preguntó cuál. No hacía falta. Algunos recuerdos resisten más que otros.

Cerró el ordenador y pensó que el trabajo no había sido evitar un desastre, sino impedir que un error se propagara. El cambio de coordenadas no había modificado la Tierra. Había modificado la forma de describirla con honestidad.

La actualización se publicó un lunes a primera hora, sin ceremonia ni titulares. En el servidor interno quedó registrada la nueva solución del marco regional con su número de versión y su fecha. En la Infraestructura de Datos Espaciales las capas afectadas incorporaron metadatos revisados donde se explicaba la modificación. Para la mayoría de usuarios el cambio pasó desapercibido. Para quienes trabajaban con precisión centimétrica supuso una notificación más que archivaron junto a otras.

Lo relevante no fue la magnitud del ajuste, sino el proceso que lo sostuvo. Durante semanas la red había estado diciendo algo en voz baja. Un desplazamiento pequeño, pero coherente. Una pendiente que no encajaba con la estabilidad esperada. La diferencia entre advertencia y anécdota había sido la insistencia en verificar.

La estación excluida continuó transmitiendo datos. Ya no participaba en el núcleo estable, pero su serie seguía siendo útil para comprender la evolución del talud. Las soluciones mostraban que tras el deslizamiento visible la velocidad de deformación disminuía de forma notable. El terreno había cedido lo suficiente para aliviar parte de la tensión acumulada. No era garantía de quietud futura, pero sí indicio de equilibrio temporal.

El equipo decidió mantener vigilancia reforzada durante varios meses. Se instaló un inclinómetro en la ladera y se programaron vuelos adicionales para generar modelos digitales de elevación comparativos. La coordinación entre geodesia y teledetección se volvió más fluida. Lo que al principio había sido una anomalía aislada se transformó en un caso de estudio interno.

En una sesión técnica abierta el coordinador expuso la secuencia completa ante personal de otras áreas. Mostró la primera gráfica donde apenas se

apreciaba la inclinación inicial. Explicó la convergencia entre GNSS e interferometría radar. Describió la decisión de exclusión y el impacto milimétrico en el marco regional. No utilizó palabras grandilocuentes. Habló de metodología y responsabilidad.

Al terminar la presentación varios compañeros se acercaron para comentar detalles. Uno de ellos, veterano en cartografía clásica, dijo algo que quedó resonando.

—Antes tardábamos años en notar un cambio así. Ahora lo vemos en días. No es que el terreno se mueva más. Es que lo escuchamos mejor.

Esa frase condensaba la evolución de la disciplina. El territorio siempre había sido dinámico. Lo que cambiaba era la capacidad de medir con continuidad y precisión.

En el hospital la situación era distinta. La memoria de su padre ya no avanzaba en línea recta, sino que se fragmentaba en escenas aisladas. Algunos días recordaba con nitidez la subida al monte y el vértice blanco. Otros días confundía nombres y fechas. Aquella tarde parecía más sereno.

—¿Sigues trabajando con puntos? —preguntó de pronto.

—Sí.

—¿Y no se cansan?

Sonrió.

—Se cansan si nadie los revisa.

El hombre asintió con gesto lento.

—Entonces revisálos.

La conversación fue breve pero suficiente. No necesitaba explicaciones técnicas. Bastaba la idea de cuidado constante.

Al salir del hospital caminó unos minutos antes de subir al coche. Pensó en la diferencia entre fijar y acompañar. Durante años había concebido su trabajo como una tarea de estabilidad. Ahora entendía que era más exacto hablar de ajuste continuo. El marco de referencia no es una declaración de inmovilidad sino una fotografía actualizada de relaciones espaciales.

Semanas después la administración autonómica reabrió la carretera tras reforzar el talud y mejorar el drenaje. El informe final citaba la detección temprana como elemento clave para planificar la intervención sin urgencia extrema. No aparecieron nombres propios. No era necesario. La red había funcionado.

En la oficina, revisó por última vez la serie completa de la estación afectada desde el inicio del episodio. La pendiente inicial se destacaba ahora como un gesto claro dentro de una secuencia mayor. Si alguien analizaba esos datos dentro de diez años podría reconstruir el proceso con exactitud.

Guardó la gráfica en el repositorio interno junto con una nota técnica que resumía la experiencia. Añadió una reflexión personal en el apartado de conclusiones internas sin tono literario ni sentimental.

«La estabilidad de un sistema de referencia depende menos de la inmovilidad de sus nodos que de la capacidad para detectar variaciones coherentes y actuar con proporcionalidad».

No era una frase pensada para publicar. Era una constatación.

El invierno dio paso a la primavera. La estación excluida mostró durante varias semanas un comportamiento casi plano. Se planteó su posible reintroducción futura si se confirmaba la estabilización total con modelo local corregido. Nada se decidió con prisa. En geodesia la precipitación es enemiga de la precisión.

Una tarde de abril recibió una llamada de su hermana.

—Hoy ha pedido que le enseñe el monte —dijo—. No sabe exactamente cuál, pero insiste en subir.

Dudó un instante y luego aceptó. El fin de semana condujeron despacio hasta la pista forestal. El ascenso fue lento y cuidadoso. Su padre apoyaba el peso en el bastón con pasos cortos, pero firmes.

Al llegar a la cima, el vértice seguía allí. Blanco. Discreto. Igual y distinto a la vez. El viento soplabla sin obstáculos como cuando era niño.

El hombre se acercó al prisma y apoyó la mano sobre el hormigón.

—Esto no se mueve —dijo con convicción.

Él miró el horizonte antes de responder.

—Se mueve muy despacio.

Su padre frunció el ceño como si evaluara esa posibilidad.

—Entonces hay que medirlo.

Asintió.

—Eso hacemos.

Permanecieron unos minutos en silencio. Desde aquella altura el paisaje parecía estable e inmutable. Sin embargo, bajo la superficie la corteza continuaba deformándose milímetros cada año. La diferencia era que ahora había instrumentos capaces de registrarlo con continuidad.

Mientras descendían pensó que el verdadero valor de un punto de referencia no es su inmovilidad absoluta sino la confianza que genera cuando se comprueba de forma sistemática. La red no promete quietud eterna. Promete honestidad en la medición.

El día que cambiaron las coordenadas no fue el día del deslizamiento visible ni el de la nota técnica publicada. Fue el día en que decidió que ignorar una pendiente leve habría sido más cómodo, pero menos fiel a la evidencia. Ese fue el instante decisivo, aunque nadie fuera consciente.

De regreso a la oficina revisó una vez más el ajuste semanal. Las residuales encajaban con precisión. La solución regional mostraba coherencia renovada. Cerró el informe con una línea sobria que no pretendía impresionar a nadie.

«Solución estable conforme a datos observacionales actuales».

Apagó la pantalla y pensó que su trabajo nunca había consistido en fijar el mundo, sino en describirlo con la mayor exactitud posible mientras cambia. Los puntos pueden desplazarse. Las laderas pueden ceder. Incluso la memoria puede fragmentarse. Lo que permanece es la responsabilidad de medir y actualizar cuando los datos lo exigen.

Mientras exista alguien dispuesto a escuchar la Tierra antes de que grite, el mapa seguirá siendo una promesa cumplida.

Compartimos contigo los relatos seleccionados en la última edición de nuestro Concurso de Narrativa Breve IGN 2026.

Recorrer las páginas de cada relato te resultará sorprendente y divertido.

- «La aguja muerta», de Jorge J. Codina.
- «Las estrellas nuevas», de Santiago Inuca Chicaiza.
- «El cartógrafo de los suspiros», de Pedro Adalid.
- «Pálpitos en el barranco», de Edgar Antonio Osorio Carrasquel.
- «La contadora de estrellas», de Irene Aguado Álvarez-Palencia.
- «El meridiano enterrado», de José Luis Gavira García.
- «Los vértices de su vida», de Esther García.
- «Cartas a un cielo estrellado», de Sabrina Cabaña.
- «La verdad, el terreno que siempre aflora», de Devamma Miró Ledesma.
- «El extraordinario suceso astronómico de Pablo García», de Ignacio Urtiaga.
- «El error perfecto», de Chus Comellas.
- «El hombre de las escalas», de Rodrigo Javier Barraza Peñaloza.
- «El día que cambiaron las coordenadas», de Manuel Losada.

**Dirección General del
Instituto Geográfico Nacional**

General Ibáñez de Ibero, 3
28003 - MADRID (España)
www.ign.es